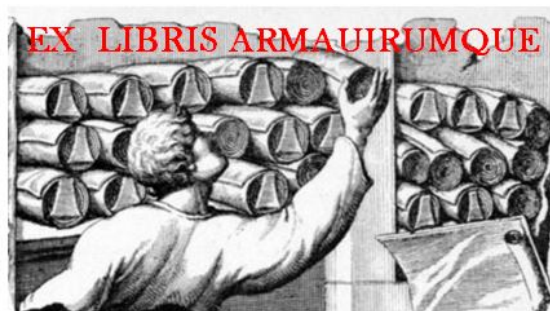
Marco Tulio
Cicerón
La amistad

Introducción, traducción y notas
de José Guillén Cabañero

CLÁSICOS
DE LA CULTURA

EDITORIAL TROTTA





Título original: *De amicitia*

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: trotta@infornet.es
http://www.trotta.es

La edición de esta obra ha sido revisada por
Fidel Argudo Sánchez

ISBN: 84-8164-571-0
Depósito Legal: M-50.838-2002

Impresión
Gráficas Laxes, S.L.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

El afortunado que tiene un buen amigo es un hombre rico, porque tiene un verdadero tesoro. Y tesoros hay pocos.

En toda la Sagrada Escritura se destaca una pareja de amigos: David y Jonatán[1]. «Jonatán hizo pacto con David, pues lo amaba como a su alma, y quitándose el manto que llevaba, se lo puso a David, así como sus armas militares, su espada, su arco y su cinturón»[2]. Y David, por su parte, llora así a Jonatán, muerto luchando en el campo de batalla: «Angustiado estoy por ti, ioh Jonatán, hermano mío! Me eras carísimo. Y tu amor era para mí dulcísimo. Más que el amor de las mujeres»[3].

Entre todos los poetas de la antigüedad crearon tres parejas cuya amistad ejemplar se revelaba en alguna escena de la vida. Tales son:

Teseo y Piritoo. Teseo defendió a su amigo[4] hasta las puertas del infierno contra el Can Cerbero y contra Plutón, liberándolo luego Hércules, que lo restituyó al reino de los vivos[5].

Aquiles y Patroclo. Aquiles apreciaba tanto a Patroclo que hasta le dejaba sus armas para que luchara con ellas. Muerto Patroclo a manos de Héctor, Aquiles juró vengarlo dando muerte a Héctor, como hizo en realidad[6]. Sus restos mortales fueron colocados juntos en una urna de oro[7].

1. Vulg., *1 Sam.*, 18, 1.
2. *Ibid.*, 3-4.
3. Vulg., *2 Sam.*, 1, 26.
4. Hyg., *Fab.*, 79; 257.
5. Cf. Ov., *Met.*, 8, 303; 405; 12, 229; *Ponto,* 2, 6, 26; Hor., *Od.*, 3, 4, 79; Mart., 10, 11.
6. Hyg., *Fab.*, 97; Hom., *Il.*, 1, 337-346; 18,18-35; 202-238; 323-352; 19, 314-338.
7. Hom., *Od.*, 24, 72.

Orestes y Pílades. Condenado Orestes a muerte por el rey Toas del Quersoneso, sin conocerlo personalmente, se empeñó Pílades en morir por él, cosa que Orestes no consentía de ninguna forma[8].

Otro par nobilísimo de amigos son *Niso y Euríalo*, presentados por Virgilio en la *Eneida*[9]. Y ya entre los tipos históricos, recuerda Cicerón a los pitagóricos *Damón y Pitias* (o *Fintias*), que vivieron en Siracusa hacia el 350 a. C. Condenado a muerte el uno de ellos por Dionisio, tirano de Siracusa, pidió unos días para despedirse de su familia, quedando el amigo en su lugar. El empeño de morir el uno por el otro ablandó la crueldad del tirano y les rogó que lo admitieran como tercer amigo[10].

Otra nueva pareja nos presenta Cicerón en las personas de Escipión Emiliano y Cayo Lelio, que nos refiere en este libro. En boca de Lelio pone Cicerón todas sus investigaciones, sus experiencias y sobre todo la ternura de su corazón, exponiendo de esta forma todo lo que él pensaba sobre la amistad para amortiguar los odios y las inquinas que pululaban por Roma en los días que siguieron a la muerte de César.

Yo deseo que este libro de Cicerón, traducido para nuestros tiempos, no se quede en los centros de estudios, sino que salte a la calle, entre en las casas, se lea como un manual de los buenos amigos, y lleve la felicidad a muchos corazones que hoy se ven solos y abandonados por no haber logrado encontrar un buen amigo con quien comunicar sus penas y participar de sus gozos y de sus alegrías.

No hay tesoro mayor que la amistad. Hagamos por vivirla. Con ello no solamente tendremos una vida feliz, sino que sentiremos el gozo de saber llevar la felicidad a otros corazones.

José Guillén Cabañero

8. *Fin.*, 1, 65; 2, 79; 5, 63; Mart., 6, 11, 9; 10, 11; Aug., *Conf.*, 4, 6, 11. Plauto recreó este tema en *Los cautivos* (*Captiui*), la más apreciada moralmente de sus comedias por la nobleza de sentimientos que pone en escena.

Nota bene. Para evitar repeticiones innecesarias, en las citas de Cicerón (y sólo en ellas) se consignará únicamente la obra, sin mención del autor; así: *Fin.*, 1, 65, en vez de Cic., *Fin.*, 1, 65.

9. Verg., *Aen.*, 9, 176-505.

10. *Tusc.*, 5, 63; *Off.*, 3, 45; Val. Max., 4, 7, *ext.*, 1. Tan famosa llegó a ser esta pareja, que san Jerónimo, comentando al profeta Miqueas (Vulg., *Mich.*, 7, 5: «No os fiéis de los amigos»), se siente obligado a puntualizar que la frase bíblica no se refiere a amigos como estos dos pitagóricos (Hier., *Mich.*, 2, 1219A). Cf. *etiam*, G. Freyburger, «De *l'amicitia* païenne aux vertus chrétiennes: Damon et Phintias», en G. Freyburger y L. Pernot (eds.), *Du héros païen au saint chrétien*, Institut d'Études Augustiniennes, Paris, 1997, pp. 87-93.

INTRODUCCIÓN

1. *Ambiente de Roma*

Grande era en un principio el consentimiento de todos los ciudadanos de Roma, unidos en un solo ideal de mantener su ciudad en contra de los enemigos exteriores. Roma en aquellas circunstancias se mantenía firme y echaba los fundamentos consistentes de su futura grandeza.

Pero vinieron las ambiciones políticas, el encumbramiento de unos y la sumisión de otros, y rota la igualdad ciudadana, se quebró la amistad común. Hubo un momento en que Camilo pensó que había aunado los ánimos de todos los romanos y selló aquel pacto de amistad erigiendo el templo de la Concordia del senado y del pueblo romano[1].

La filosofía entra tarde y perezosamente en aquel pueblo de agricultores, pero cuando por fin pudo oírse, venía ya tan relajada, que más que vínculo de unión fue causa del enfriamiento del amor de los padres, de la piedad de los hijos, de la benevolencia de los superiores y de la veneración respetuosa de los familiares. De las doctrinas socráticas no se aprendía a conocerse uno a sí mismo, sino a distinguir las individualidades y los elementos disgregantes entre las personas. Cuando los cirenaicos hablaban de la unión y relaciones amistosas de las personas establecían como causa y fundamento de la amistad el sacar el mayor bien posible de los demás y conseguir la felicidad a costa de los otros. Para los epicúreos la amistad era la

1. Cf. mi *Vrbs Roma*, vol. II, pp. 64-65.

gran solución de la vida cómoda y placentera, el gran medio de tener resueltos los problemas, de conseguir la ayuda en los peligros y el alivio en las necesidades. Los estoicos, en cuya doctrina podía esperarse una enseñanza recta sobre la amistad fundamentándola en la bondad, en la sabiduría y en la virtud, situaban al hombre sabio, al bueno y al virtuoso a una altura inaccesible, por lo cual prácticamente la amistad quedaba entre las ideas etéreas de Platón[2].

Políticamente, sobre todo a partir de los tribunados de los Gracos, hubo en Roma tal división de los ánimos que nada se consiguió ni siquiera con dos guerras civiles. Lo que Mario perdonó lo arrebató Sila y viceversa, dejando en los campos de la patria la semilla de los odios, de los rencores y de las venganzas que explotarían de nuevo en la guerra de César contra el senado y Pompeyo. Bien se esforzaba Cicerón en educar socialmente al pueblo en todos sus tratados filosóficos, de las *Disputaciones tusculanas,* de los *Límites de los bienes y de los males,* aplicando incluso motivos sobrenaturales en la *Naturaleza de los dioses* y el *De la adivinación,* y demostrando cómo podía ser grande el Estado romano en el tratado *Sobre la República,* y cómo debía gobernarse ese Estado en los cinco libros *Sobre las leyes*[3]. Todo inútil. La coalición de los antiguos triunviros César y Pompeyo podía con todo y se lanzaban desbocados a dividir y a acabar con los ciudadanos, a los que debían unir y dignificar. Los esfuerzos políticos de Cicerón para mantenerlos en concordia y en paz, con las miras puestas en la unión y en el bien del pueblo, fueron baldíos de nuevo. De ello resultó lo que él temía: la tierra cubierta de cadáveres a lo largo y a lo ancho del Imperio, un dictador perpetuo y otra siembra de odios, de proscripciones, de servidumbre y de muerte.

Hubo un momento en que él confió en establecer la paz y la concordia entre todos los ciudadanos después de tantos años de odios. Fue después de la muerte de César. En su primera *Filípica,* discurso dirigido a los cónsules Marco Antonio y Dolabela, les mostraba el camino y los medios de la unidad y de la paz. Al mismo tiempo que proponía en el senado este ideal de unión de todos en la amistad y en la paz, fundamentada en el amor a la patria, escribía

2. J. Guillén Cabañero, «La sabiduría y el sabio en Cicerón»: *Helmantica* 44 (1993), pp. 413-434.

3. Según dice T. de Brito («A vocação filosófica de Cícero»: *Romanitas* 6 [1965], pp. 90-101), la filosofía ocupa una parte muy importante en el pensamiento y en la vida de Cicerón, y si bien su ideal de filósofo es menos elevado que el de Sócrates, no por ello ha tenido menos influencia sobre la cultura occidental. Sus principios se acomodan mejor al mundo moderno, esencialmente pragmático.

para el pueblo este librito, *La amistad*. El bien de la patria, la felicidad de los ciudadanos romanos había que establecerla sobre los principios de la amistad, que es la unión de los pensamientos, de los ideales, de gustos y de quereres, todo ello sostenido radicalmente por la virtud y la sabiduría.

2. *Fuentes de* La amistad

Para documentarse teóricamente sobre el tema se serviría de los capítulos 8 y 9 de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, del tratado *Sobre la amistad* de Teofrasto, hoy perdido, y de Crisipo[4]. Pero prácticamente tenía ante sus ojos el modelo de la amistad entre dos romanos ilustres, que precisamente por su amistad contribuyeron tan directa y espléndidamente al engrandecimiento de la patria. El tratado de la amistad es el fruto de una meditación sincera del alma práctica y buena de Cicerón ante los principios de los griegos y los ejemplos romanos, que buscaba calmar las iras, hacer deponer los enconos, evitar las venganzas crueles y hacer viable una convivencia pacífica del pueblo, que tanta necesidad tenía de concordia y de paz.

3. *Tiempo y ocasión de la obra*

La escribió en parte de la primavera y el verano del año 44 a. C., muy poco después de la muerte de César y cosa de año y medio antes de la suya propia; entre el *Cato Maior*[5] y el *De officiis*[6]. Por la disposi-

4. Gell., 1, 3, 10. Según R. Bodéüs («L'amour naturel du genre humain chez Cicéron»: LEC 42 [1974], pp. 500-557), Cicerón se inspira en Panecio más que en Teofrasto en los capítulos que tratan del fundamento de la amistad, cap. XVIII-XXIV. Pero también tiene otras fuentes, según prueba A. Swoboda, «*De fontibus Graecis significationis amicitiae apud Ciceronem*»: SPhP 7 (1988), pp. 75-90.

5. Cf. *Am.*, 4, donde se habla del *Cato Maior* como de una obra ya publicada (término *post quem*) en el momento de redactar este prólogo del *De amicitia*.

6. Cf. *Off.*, 2, 31, donde la obra que ahora se cita como ya acabada (término *ante quem*) es el *Laelius de amicitia*, que, por tanto, debió de componerse entre finales de marzo y primeros de junio, como muy tarde, dado que a mediados de junio Cicerón está ocupado en la redacción del *De gloria* (cf. *Att.*, 15, 21, 2; del 21 de junio), tratado que ya tenía a punto de terminar el 3 de julio (*Att.*, 15, 27, 2), que ya le ha enviado a Ático antes del 11 de julio (*Att.*, 16, 2, 6) y que le vuelve a enviar corregido, porque se había equivocado de prólogo, antes del 24 de ese mismo julio (*Att.*, 16, 6, 4). Pudiera ser, no obstante, que si no la obra entera, algún pasaje del *De amicitia* se hubiera escrito o corregido durante el siguiente mes de agosto; pero no más tarde, pues septiembre lo pasa Cicerón en medio de la intranquilidad provocada por los acontecimientos que dan lugar a las dos primeras *Filípicas* y en octubre lo ve-

ción y tratamiento de la materia, *La amistad (Laelius de amicitia)* y *La ancianidad (Cato Maior de senectute)* son dos obras gemelas[7].

La escena del diálogo está situada cronológicamente en el año 129, unos pocos días después de la muerte de Escipión Emiliano; en casa de Lelio, a donde van a visitarlo y a hablar con él sus yernos Cayo Fanio y Mucio Escévola.

La ocasión inicial fue una conversación que sobre la amistad entre Escipión y Lelio había tenido Quinto Mucio Escévola, *el Augur*, con un grupito de amigos entre los que se encontraba Cicerón siendo muy joven. Él la confía a la memoria y ahora, sirviéndose de este pretexto, expone a su manera la doctrina sobre la amistad[8].

4. *Interlocutores*

Al igual que en el resto de sus escritos filosóficos, también en este de *La amistad* se dirige Cicerón a sus contemporáneos con intención didáctica. Por eso mismo, también aquí pone de interlocutores a unos personajes en los que puedan mirarse como ejemplo sus jóvenes contemporáneos, en cuya formación está pensando[9]. Estos interlocutores son:

QUINTO MUCIO ESCÉVOLA, *EL AUGUR*. Fue tribuno de la plebe el 123 a. C. Del 121 al 120 gobernó la provincia de Asia como pretor. A su vuelta se ve acusado por Tito Albucio, de quien se había burlado en Atenas, donde estaba de pretor, saludándolo en griego. Se defendió él mismo y quedó absuelto[10]. Es cónsul en el 117 con Lucio Cecilio Metelo, *el Diademado*. Nombrado augur antes del año

mos ya totalmente embebido hasta el cabo de año en la redacción del *De officiis*. Cf. *Off.*, 3, 1; *Att.*, 14, 13, 6; 16, 11, 4. Cf. *etiam* mi *Héroe de la libertad*, vol. II, pp. 330 s., 341 s.

7. En *De senectute* Catón expone la teoría de la ancianidad ante dos jóvenes, Escipión y Lelio. En *De amicitia* es Lelio quien explica a sus jóvenes yernos Escévola y Fanio lo que él y su gran amigo Escipión pensaban sobre la amistad. Ambos libros están dedicados a su buen amigo Pomponio Ático, ya anciano, y van destinados a ilustrar al pueblo romano para hacer más llevadera y feliz la vida de aquellos años aciagos de Roma. Cf. A. Michel, «Le Caton et le *Laelius*. Originalité philosophique et expérience personnelle dans deux traités cicéroniens»: VL 85 (1982), pp. 12-18.

8. *Am.*, 3. Sobre las características de la conversación o diálogo filosófico, cf. C. Lévy, «La conversation à Rome à la fin de la République. Des pratiques sans théorie?»: *Rhetorica* 11 (1993), pp. 399-414.

9. Para más detalles, cf. M. Plezia, «*De uiris consularibus philosophantibus*»: *Meander* 44 (1989), pp. 119-126.

10. Lucil., lib. II, frg. 8; *Brut.*, 102; *De or.*, 2, 281; 3, 17.

129, todavía aparece como tal en la guerra mársica o social (años 90-88) y ha pasado a la historia como *el Augur* por antonomasia, para distinguirlo de su sobrino homónimo, *el Pontífice,* cónsul el 95.

Aunque muy anciano y débil de salud, apenas rayaba el alba abría su puerta para que fuera a verlo quien quisiera. Era el primero en llegar a la curia. Resistió a Sila, que se empeñaba en que hablara contra Mario. Esto sucedía en el año 88, por consiguiente vivió por lo menos hasta ese año[11].

Celebrado por su profundo conocimiento del derecho[12], en filosofía, aunque de muchacho oyó a Carnéades en Roma (años 155-154), se inclinó por el estoicismo en general y por Panecio en particular[13]. Su casa era como una oficina del saber por las gentes que iban a consultarle sus problemas[14].

Apenas Cicerón tomó la toga viril, su padre lo confió a las atenciones de Escévola, y el joven estudiante trató de asimilar todas las enseñanzas de este gran maestro mientras vivió[15].

Escévola estaba casado con Lelia Mayor, la hija mayor de Cayo Lelio, y vivió en buena intimidad con su suegro, de quien se gozaba hablando después con sus oyentes[16]. Y él a su vez fue suegro de Lucio Licinio Craso, el orador coprotagonista del *De oratore*, que estaba casado con Mucia, la menor de las hijas del *Augur*, y que hablaba de su suegro con tanto entusiasmo como éste lo hacía del suyo[17].

C. FANIO ESTRABÓN. Luchó a las órdenes de Escipión Emiliano en la tercera guerra púnica, y fue el primero que subió a las murallas de Cartago acompañando a Tiberio Graco (año 146) y partici-

11. *Phil.*, 8, 31; Val. Max., 3, 8, 5: «Había propuesto Sila en el senado declarar a Mario enemigo de la patria. Nadie osaba contradecir al dictador. Cuando se pidió el voto a Escévola, no quiso hablar contra Mario. Sila lo insultó violentamente y lo amenazó de muerte, pero Escévola le respondió: "Aunque lances contra mí todas las cohortes que tienes apostadas en torno a la curia; aunque me amenaces con la muerte, no conseguirás en tu vida que, por conservar esta poca sangre vieja que riega mi cuerpo, yo juzgue enemigo a Mario, por quien Roma e Italia han sido conservadas contra potentes enemigos extraños"».

12. *De or.*, 1, 24.

13. *De or.*, 1, 43; 45; 75; 3, 68.

14. *De or.*, 1, 200; *Phil.*, 8, 31; *Balbo*, 45; Val. Max., 8, 12, 1.

15. *Am.*, 1; *Brut.*, 306; *Leg.*, 1, 13; *Fam.*, 1, 9, 26. Sobre esta etapa de la vida de Cicerón, véase mi *Héroe de la libertad*, vol. I, p. 34, y también A. Grilli, «L'educazione in Cicerone»: RIL 130 (1996), pp. 353-364; Íd., «Cicerone nell' età della toga virile»: PP 52 (1997), pp. 161-176.

16. *Am.*, 1.

17. *De or.*, 3, 68.

pando de su gloria[18]. En el año 142 lucha en Hispania, también heroicamente, bajo las órdenes del cónsul Quinto Fabio Máximo Serviliano[19]. Fue luego tribuno de la plebe, defendiendo causas elocuentemente y ejerciendo su tribunado según las orientaciones de Escipión Emiliano[20].

Pretor por los años 129-125. Cónsul en el 122 con Cneo Domicio Ahenobarbo[21]. Escribió unos *Annales* por lo menos en ocho libros[22], de los que Cicerón dice que están escritos sólo discretamente, y que Bruto redujo a compendio[23].

En este diálogo Fanio conserva una cierta aspereza que le era natural de carácter y además refleja un poco el disgusto que sentía contra su suegro porque, a pesar de ser él mayor, lo posponía a Escévola. Dice Cicerón:

> Cayo Fanio, hijo de Marcos, yerno de Cayo Lelio, un tanto duro por su carácter y por su modo de hablar. Éste, por consejo de su suegro, a quien no quería mucho porque no lo había propuesto para el colegio de los augures, habiendo preferido sobre él al otro yerno, Quinto Escévola, que era más joven, pero Lelio, excusándose ante él, le dijo que no había preferido al yerno más joven, sino a su hija mayor... Éste, pues, siguiendo el consejo de Lelio, oyó las lecciones del filósofo Panecio. Toda su facultad oratoria puede juzgarse por la historia que escribió, no carente de buen gusto, ni demasiado ruda, ni en un estilo perfecto[24].

CAYO LELIO, *EL SABIO*. La amistad de Lelio con Escipión venía ya de familia. El padre de Lelio, Cayo Lelio también, luchó como jefe de la caballería del ala izquierda —Masinisa llevaba el ala derecha— en la batalla de Zama (año 202), bajo las órdenes del primer *Africano*[25].

18. Plut., *Ti. Grac.*, 4. Cicerón duda al identificar a este Fanio (cf. *Att.*, 16, 13a, 2; *Brut.*, 99-101), pues efectivamente hay dos personajes distintos con el mismo nombre: los dos se llaman Cayo, pero uno, el yerno de Lelio y cónsul el 122, es «*M. f.*» («hijo de Marco»), mientras que el otro, seguramente el escritor de historias, es «C. *f.*» («hijo de Cayo»). La atribución a uno u otro de los diferentes hechos y datos de que tenemos noticia ha sido motivo de larga controversia entre los eruditos. Y lo sigue siendo.
19. App., *Hisp.*, 6, 67.
20. *Brut.*, 100.
21. *Brut.*, 99: «*Consul cum Domitio fuit*». Cf. *etiam*, *ibid.*, 81 ss.; *De or.*, 3, 183.
22. Sall., *Hist.*, frg. 1, 3, D.
23. *Brut.*, 101.
24. *Brut.*, 101. Cf. *De or.*, 2, 281.
25. Polyb., 15, 9, 8; Liv., 30, 33, 2.

De origen itálico, obtuvo la ciudadanía por sus servicios a Roma. Escipión lo nombró prefecto de la armada en Hispania en el 210[26], en cuya jefatura mereció una corona de oro y treinta bueyes de galardón[27]. Fue enviado a Roma con una multitud de cautivos como testimonio de las gestas de Escipión en Hispania delante del senado[28]. A su vuelta a Hispania[29], con las mismas naves, casi sin desembarcar, fue enviado al África[30], en donde vence a Sifax y a otros enemigos[31]. Cuestor en el 202[32]. Edil de la plebe en el 195. Luego propretor en Sicilia. Y al fin cónsul en el 190 con Lucio Cornelio Escipión *el Asiático*. Fue llamado también *Sapiens,* «el Sabio», como luego su hijo, que es nuestro personaje.

Éste, nacido hacia el 190, fue discípulo de los estoicos Diógenes y Panecio[33]. Entregado al estudio de la oratoria[34], llegó a ser, y se le pudo poner como ejemplo, «hombre diligente, ingenioso, sabio, el primero entre los ciudadanos»[35]. Por la elegancia de su estilo se creyó en algún tiempo que era el autor de las comedias de Terencio, a quien honró con su amistad[36]. Tribuno de la plebe en el 151, aunque no es seguro.

Acompañó como legado a Escipión Emiliano en la guerra de Cartago (años 147-146), donde derrotó con el hijo de Masinisa a un ejército de socorro, distinguiéndose por su arrojo en la conquista del puerto militar de la ciudad[37]. Pretor en el año 145. Luchó contra Viriato y lo venció, dejándolo ya quebrantado, para que otros lo rindieran[38]. Como propretor, el año 144 acompañó en Hispania a Fabio Máximo Emiliano, hermano de sangre de Escipión Emiliano[39].

26. Liv., 26, 42, 5 ss.; 26, 48, 7.
27. Liv., 26, 48, 14.
28. Liv., 27, 7, 1-4.
29. Liv., 27, 7, 4 ss.
30. Liv., 29, 29.
31. Liv., 30, 15; Val. Max., 6, 9, *ext.*, 7.
32. Liv., 30, 33, 2.
33. *Fin.*, 2, 24; [Acro] y Porph., *Hor. Od.*, 1, 29, 13.
34. *Brut.*, 86; *De or.*, 1, 35; 58; 211; 215; 255; 2, 22; 154, etc.; Quint., *Inst.*, 12, 11, 10.
35. Cf. *Rhet. Her.*, 4, 19, 3.
36. *Att.*, 7, 3, 10.
37. *Rep.*, 2, 67; App., *Pun.*, 8, 127.
38. *Off.*, 2, 40. Cf. T. C. Brennan, «Notes on praetors in Spain in the mid-second century B.C.»: *Emerita* 63,1 (1995), pp. 47-76.
39. Liv., *Per.*, 54.

Cónsul con Quinto Servilio Cepión cinco años después de la pretura, es decir, en el 140[40], y augur, quizás desde el 141[41].

A pesar de esta dedicación a la vida política y militar al servicio de la patria, en los tiempos libres se dedicaba por entero a las letras junto con su amigo Escipión[42]. Esta afición a la filosofía y a las letras lo convierte en una figura intelectual dentro del círculo de Escipión[43]. Era algo mayor que éste[44] y por ello, aunque siempre aparecían como grandes amigos, el público consideraba a Lelio maestro del *Africano*[45].

Murió posiblemente el 128, al poco de la muerte de Escipión (año 129), cuya oración fúnebre escribió para que la pronunciase Quinto Fabio Máximo *Alobrógico*, hijo de Fabio Máximo Emiliano y, por tanto, sobrino carnal de Escipión Emiliano[46].

Cicerón admiraba tanto a Lelio que, además de hacerlo protagonista de este diálogo *De amicitia,* lo hace intervenir también como interlocutor en el *De senectute* y el *De re publica.* Incluso le hubiera gustado poder ser él para Pompeyo lo que Lelio fue para Escipión[47].

5. *Lelio y el estoicismo*

Cuando el año 155 llegaron a Roma como embajadores de Atenas los tres filósofos jefes de las tres principales escuelas (Carnéades por los académicos, Diógenes por los estoicos y Critolao por los peripatéticos)[48], Lelio y Escipión y otros amigos los escuchaban asiduamente, en sus conferencias públicas y en conversaciones privadas[49]. La austeridad de principios de la familia de Emilio Paulo, a la que Lelio estaba tan unido, le hicieron preferir a la brillante y artificiosa alegoría de los otros las ponderadas y serenas enseñanzas de Dió-

40. *Brut.*, 161; *Am.*, 96.
41. *Nat.*, 3, 5; *Phil.*, 2, 83.
42. *Am.*, 104.
43. Cf. J. E. G. Zetzel, «Cicero and the Scipionis Circle»: HSPh 76 (1972), pp. 173-180, en donde se habla de este círculo en el sentido político y cultural.
44. *Rep.*, 1, 18; *Am.*, 15.
45. *Inu.*, 1, 5; *Brut.*, 84.
46. Cf. H. Malcovati, *Oratorum Romanorum fragmenta*, vol. I, pp. 121 s.; H. Bardon, *La Littérature latine inconnue*, vol. I, pp. 65-67.
47. *Fam.*, 5, 7, 3.
48. Gell., 6, 14, 8-9; Macr., *Sat.*, 1, 5, 15; Plin., *Nat.*, 7, 112; Plut., *Cato Ma.*, 22.
49. *De or.*, 2, 155.

genes de Babilonia[50], entonces jefe de la escuela estoica y maestro de Panecio, que fue huésped de Escipión durante varios años y con quien estuvo Lelio en relación muy estrecha[51].

Todo esto hizo de Lelio uno de los hombres más distinguidos en el pensamiento romano de su época. Llamado *Sapiens* no sólo por los méritos de sus conocimientos intelectuales[52], sino también por su sentido político y jurídico, que le daban gran prestigio en el colegio de los augures, cuyos fueros defendió[53]. En torno de Escipión y de Panecio se agrupaban una serie de intelectuales romanos a los que Cicerón presenta en su *De re publica*. Todos ellos grandes amigos de Escipión y de Lelio[54]. Muy allegado a Lelio está Quinto Mucio Escévola, casado con su hija mayor[55]. Por él se ve el nexo que uniría a Cicerón con ese magnífico y fecundo período de la historia romana que tanto admiraba y tanto enalteció en sus obras. Según la costumbre romana[56], a los 16 o 17 años Cicerón había sido puesto por su padre bajo la dirección de Escévola[57], quien, no obstante su edad[58], era el oráculo del derecho. Mientras Cicerón se iba formando en jurisprudencia juntamente con su amigo Ático[59], se vinculaba con aquella familia que tenía fama de haber conservado la suma discreción y máxima elegancia en el decir que distinguieron a su padre[60].

6. *Materia del diálogo*

Estos grandes romanos van a hablar sobre la amistad. La amistad que va a presentarnos Cicerón como el mayor don que nos ha dado el cielo después de la sabiduría[61]. Porque si la vida es un mar tem-

50. *Off.*, 3, 51; Gell., 6, 14, 10.
51. *Rep.*, 1, 34; *Fin.*, 2, 24; 4, 23.
52. *Am.*, 7. Cf. *Fin.*, 2, 8.
53. *Brut.*, 85; 101; *Am.*, 96; *Nat.*, 3, 5.
54. Quinto Elio Tuberón (*Rep.*, 1, 14); Cayo Lelio y sus dos yernos, Fanio y Escévola (*Rep.*, 1, 18); Lucio Furio Filo, Manio Manilio, Rutilio Rufo, Espurio Mummio (Cf. *Att.*, 4, 16, 2).
55. *Brut.*, 101.
56. Tac., *Dial.*, 34.
57. *Am.*, 1; *Brut.*, 306.
58. Nacido después del 174, año del consulado de su padre, por el año 90 (pues Cicerón había nacido el 106) debía de tener unos 80 años. Cf. *Att.*, 4, 16, 3.
59. *Leg.*, 1, 13; Plut., *Cic.*, 5.
60. *Brut.*, 211; *De or.*, 3, 45. Toda esta cultura de Lelio, trasmitida a sus dos hijas, la aspiraba Cicerón oyéndolas hablar a ellas, la segunda casada con Cayo Fanio (*Brut.*, 101).
61. *Am.*, 20; 47.

pestuoso, la amistad es el puerto tranquilo a donde no llegan las olas; si la vida es un valle de lágrimas, la amistad es el paño del consuelo; si la vida es una peregrinación, la amistad ofrece la compañía del camino, el báculo del apoyo, la sombra y el refrigerio contra los ardores del sol, el viático de nuestras jornadas. Si la vida es una flor, la amistad es el aroma; si es una grata corriente de agua, la amistad es el dulce murmullo. Si alguien quitara la amistad de la vida, apagaría la luz del sol y dejaría nuestro mundo envuelto en la oscuridad y en un hielo glacial[62].

La amistad, que es la unión de dos o pocos más, formando un mismo querer, una idéntica aspiración, un modo de pensar y de sentir, un solo corazón y una sola alma fundida en el crisol de la virtud. Porque donde reina la amistad no caben las pasiones torpes, ni los vicios latentes, ni el egoísmo, ni la vileza, ni la codicia, ni la ambición, ni la mala fe, ni la deslealtad, ni la infidelidad, ni la infamia.

Pero es necesario para conseguir esa amistad eterna poner mucha cautela en la elección de los que han de fundir su alma con la nuestra; los que no aman a Dios, los que no sienten piadosamente de la patria, los que no tienen los nobles sentimientos de la honestidad, los que viven para sí y no veneran a sus mayores, ni se sacrifican por sus hijos, los que no tienen verdadero amor a sus prójimos, los que desconocen el espíritu del sacrificio por los demás y no buscan el bien del prójimo, por nobles y ricos que sean, por elocuentes o sabios, por espléndidos y generosos que parezcan, no serán buenos amigos.

Precisamente porque la amistad es un tesoro, es algo raro en el mundo. Y con frecuencia, como la hipocresía es la simulación de la virtud y algunos hipócritas pueden pasar durante algún tiempo como virtuosos, la amistad puede simularse con la adulación, y fingiendo en las palabras y en los modales las malvadas intenciones que ponen lazos a los pies del amigo confiado, que se convierte en víctima de un enemigo solapado. Éstas son las ideas básicas por las que se irá desarrollando nuestro diálogo, que podemos estructurar como sigue a continuación.

7. *Contenido y estructura*

INTRODUCCIÓN: *Por qué se escribe este libro* (§§ 1-16).

Cicerón se pone en contacto con Escévola (§§ 1-3).

62. *Am.*, 47.

Ático pide a Cicerón que escriba sobre la amistad. Éste accede y pone su doctrina en boca de Lelio ante sus dos yernos, Fanio y Escévola (§§ 4-5).

Presentación de los personajes. Después de hablar de las circunstancias, sobre todo, de la muerte de Escipión, derivan su conversación hacia la amistad. Piden a Lelio que exponga lo que él sabe sobre esta virtud (§§ 6-15).

División de la obra. Fanio le propone a Lelio estos tres puntos (§ 16):

— Qué concepto tienes de la amistad.
— Qué cualidades le atribuyes.
— Qué leyes impones a la amistad.

I. PRIMERA PARTE: *Concepto de la amistad* (§§ 17-25).

1. No puede hallarse más que entre los buenos (§§ 17-18). Pero «los buenos» no en el sentido de los estoicos, sino como todos lo entendemos (§§ 18-20).
2. Definición de la amistad: radica en la virtud; pero no en «la virtud» estoica, sino en la que llamamos «honradez» (§§ 20-22). No estamos hablando de la amistad vulgar, sino de la de los sabios (§§ 22).
3. Ventajas de la amistad: su fuerza de unión; la discordia separa lo que une la amistad (§§ 23-24). Lelio da por terminado su discurso, pero sus interlocutores le ruegan que siga (§ 25).

II. SEGUNDA PARTE: *Cualidades de la amistad* (§§ 26-61).

1. Su origen: procede de la naturaleza y del amor (§§ 26-28). Surge de la naturaleza y no de la necesidad ni de la utilidad (§§ 29-32).
2. Peligros que acechan a la amistad: diversas aspiraciones y pretensiones injustas de los amigos (§§ 33-35).
3. Qué pueden pedirse y concederse los amigos lícitamente: no puede mantenerse la amistad de los que piensan contra la patria (§§ 36-43).
4. Debe buscarse el bien del amigo. Reciprocidad en la ayuda (§§ 44-45).
5. Preocupaciones que surgen en la amistad. Falsas opiniones de la amistad (§§ 44-48). Se favorece con la semejanza de costumbres (§§ 48-51). La amistad, el mayor bien, se ve excluida por la fortuna de algunos (§§ 52-55).
6. Límites de la amistad. Tres opiniones que se refutan (§§ 56-60). Cuáles son sus verdaderos límites (§ 61).

III. TERCERA PARTE: *Leyes de la amistad* (§§ 62-100).
1. Cualidades de las personas dignas de amistad (§§ 62-66).
2. Amigos antiguos y nuevos (§§ 67-68).
3. Amistad entre inferiores y superiores (§§ 69-73).
4. Consejos generales sobre la elección de amigos y forma de amarlos (§§ 74-76).
5. Las amistades vulgares: comportamiento cuando haya que disolver una amistad (§§ 76-81).
6. No hay que exigir al amigo cualidades que uno mismo no tiene (§§ 82-84).
7. Cautelas en la elección de los amigos (§§ 85-88).
8. Amonestación y corrección entre amigos (§§ 89-90).
9. El feo vicio de la adulación (§§ 91-100).

CONCLUSIÓN: *La base de la amistad es la virtud* (§§ 101-104).

Otros lo ordenan así:

A) I. §§ 17-24.
II. §§ 24-32.
III. §§ 33-100.

Así Seyffert, Philippson, K. Meister, Faltner, Steinmetz.

B) I. §§ 17-24.
II. *Qualis sit:* §§ 44-45 (del § 26 al § 44 es una añadidura fuera del plan inicial).
III. *Vltima praecepta:* §§ 56-100.

Así Büchner, para quien lo añadido es lo más romano y lo más inspirado y, si el contexto general es del 15 de marzo al 17 de mayo del 44, lo añadido es el del mes de agosto del mismo año[63].

C) Según Ricken, el monólogo de Lelio se interrumpe dos veces. En la primera (§ 26) ciertamente indica el fin de la primera parte. Luego, la interrupción del § 44 indica también el fin de otra parte. En el § 48 hay una alusión a los §§ 26-32; y el § 46 remite a los §§ 26 s. Los párrafos 33-44 se distinguen evidentemente por un mayor colorido y una emoción más viva. Sin duda es una corrección posterior en una ulterior revisión. Así piensa también Marco Bellincioni.

D) Y por fin Schäfer:
I. *Qualis sit* (§§ 26-32).
II. Falsos conceptos de la amistad (§§ 45-48).
El tratado de la segunda parte se interrumpe en el § 33,

63. Cf. *supra*, Introducción, nota 6.

pero se reemprende en los §§ 45-48a y el § 48b sigue con la exposición de la amistad fundamentada en la virtud. Nueva añadidura en los §§ 51-61, íntimamente unida a la primera.

III. *Praecepta,* §§ 62-100; pero ya había aludido a ello en los §§ 40-44.

Como se ve, pues, el plan no está maduramente concebido y bien estructurado; muy distinto del que desarrolla en *La ancianidad.*

El estilo de este diálogo, a pesar de la abundancia de la dicción, llega a tal grado de sencillez y de familiaridad que se notan hasta ciertos titubeos en las respuestas, cierta indecisión en las preguntas y hasta cierta negligencia en las cláusulas. Nos presenta un rico acervo de pensamientos delicados sobre la amistad, algunos repetidos. No tuvo Cicerón ni la tranquilidad[64] ni el tiempo necesarios para corregirlo como hizo con otros libros. Las preocupaciones políticas lo absorbían y los tiempos libres los dedicaba al gran testamento moral que pretendía dejar a su hijo en el *De officiis,* cuyo tercer libro también quedó inconcluso y sin recibir la última mano.

64. Dice I. G. Taïphakos (C. *Laeli consolatio in semet-ipsum,* Atenas, 1972) que el *De amicitia* da la impresión de ser un discurso funerario escrito bajo la influencia y el presentimiento de la muerte próxima del autor.

Por su parte, K. Heldmann [«Ciceros und die Grenzen der Freundschaft...»: *Hermes* 104 (1976), pp. 73-103] ve un estilo singular en este tratadito distinto de los otros diálogos de Cicerón, advirtiéndose en él como un ansia por componer algún conflicto existente entre la amistad y el Estado.

BIBLIOGRAFÍA[1]

1. *Ediciones principales*

Entre las innumerables ediciones de esta obra citaremos las más notables: N. MADVIG, Copenhague, 1835. R KLOTZ, Leipzig, 1835. F. RAMORINO, Milán, 1895. TH. SCHICHE, Leipzig, ²1894. CH. E. BENNET, Boston, 1897. C. M. MEISSNER - P. WESSNER, Leipzig, ³1914. K. SIMBECK, Leipzig, 1917, reedición fotomecánica en 1997. L. LAURAND, París, ⁴1961. H. HOMMEL-K. MEISTER, Heidelberg, ⁴1955. V. D'AGOSTINO, Turín, ³1969. P. FEDELI, Leipzig, 1971. R. COMBÈS, París, 1971. I. G. TAÏPHAKOS, Atenas, 1974. J. G. F. POWELL, Warminster, 1990. P. VILLALBA VARNEDA, Barcelona, 1999.

2. *Estudios, comentarios y traducciones*[2]

ALEXANDER, W. H., «*De amicitia* VII, 23»: CB 24 (1947), pp. 15 ss.

ASTIN, A. E., *Scipio Aemilianus,* Oxford, 1967.

BELLINCIONI, M., *Struttura e pensiero del* Laelius *Ciceroniano,* Antichità Classica e Cristiana, Brescia, 1970.

BLUM, I., *De compositione numerosa dialogi Ciceronis* De amicitia, Oeniponti, Innsbruck, 1913.

BODÉÜS, R., «L'amour naturel du genre humain chez Cicéron»: LEC 42 (1974), pp. 50-57.

BOELLA, U., *M. T. Cicerone: Catone Maggiore, della vecchiezza; Lelio, dell'amicizia,* texto con trad. y notas de ..., Gribaudo, Cavallermaggiore, 1991, 220 pp.

BOHNENBLUST, G., *Beiträge zum Topos περι φιλίας,* Disertación, Berna, 1905.

1. Las siglas utilizadas son las habituales en la bibliografía especializada, conforme al formato normalizado de *L'Année Philologique.*

2. Debe tenerse en cuenta que muchas de las ediciones que se acaban de citar llevan estudio introductorio y comentario y, no pocas de ellas, también traducción.

BRAXATOR, R. F., *Quid in conscribendo Ciceronis Laelio valuerint Aristotelis Ethicon Nichomacheorum de amicitia libri,* Disertación inaugural, Halle, 1871.
BRESCIA, C., «La φιλία in Epicuro»: GIF 8 (1955), pp. 314 ss.
BRUNT, P. A., «*Amicitia* in the late Roman Republic»: ACPhS 11 (1965), pp. 1-20.
BÜCHNER, K., «Der *Laelius* Ciceros»: MH 9 (1952), pp. 88-106.
BURKE, B. C., *Cicero the champion of* uirtus, Bryn Mawr College, Bryn Mawr, Pensilvania, 1986, 196 pp.
CAPPELLETTI, A. J., *Lelio. Sobre la amistad,* estudio preliminar, texto, trad. y notas de..., Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1982, 177 pp.
CARBALLUDE BLANCO, X. y LIÑEIRA REBOREDO, X. M.ª, *Cicerón. Sobre a vellez. Sobre a amizade*, introd., texto, trad. y notas de..., Col. Clásicos en galego, Galaxia, Santiago de Compostela, 1995, 217 pp.
CARCOPINO, J., *Autour des Gracques,* París, ²1967.
CHRISTIANE, T., *Cicéron: L'amitié* (Laelius, de amicitia): traducido por..., Arléa, París, 1990, 94 pp.
CIONE, C., *Il* De amicitia, Florencia, 1939.
CITRONI MARCHETTI, S., *Amicizia e potere: nelle lettere di Cicerone e nelle elegie ovidiane dall'esilio,* Università degli Studi di Firenze, Florencia, 2000, 405 pp.
COLEMAN-NOETON, P. R., «Resemblances between Cicero's *Cato Maior* and *Laelius*»: CW 41 (1947-1948), pp. 210-216.
COMBÈS, R., «Cicéron et Matius»: REL 36 (1958), pp. 176-186.
CORNELISSEN, J. J., «*Ad Ciceronis Laelium*»: Mn N. S. 16 (1988), p. 347.
COTTERI, L., «*Il concetto di amicizia nella storia della cultura europea*», en L. Cotteri (dir.), *Atti del XXII convegno internazionale di studi italo-tedeschi, Merano, 9/11 mayo 1994*, Accademia di studi italo-tedeschi, Merano, 1995, XX + 766 pp.
DAHLMANN, H., «Cicero und Matius über Freundschaft und Staat»: NJAB 1 (1938), pp. 225 ss.
DIEDERICH, N. D., «Cicero and Saint Ambrose on friendship»: CJ 43 (1948), pp. 219 ss.
DRIJEPONDT, H. L. F., «Ciceros *Laelius de amicitia*: Eine Einheit»: *Acta Classica* 6 (1963), pp. 64-80.
FALTNER, M., Marcus Tullius Cicero: *Cato der Ältere über das Alter.* Laelius *über die Freundschaft*, edición bilingüe latín-alemán de..., introd. e índices de F. Gerhard, Artemis, Múnich, 1988, 268 pp.
FEDELI, P., «Antiquiores sed deteriores. *Ricerche sulla tradizione manoscritta del* De amicitia», en J. Bibauw (ed.), *Hommages à M. Renard*, 3 vols., Col. Latomus, Bruselas, 1969, vol. I, pp. 339-349.
FEDELI, P., «Sul testo del *De amicitia* di Cicerone»: RhM 115 (1972), pp. 156-173.
FERNÁNDEZ-DAZA ÁLVAREZ, C., *Cicerón. La amistad*, edición y trad. de ..., prólogo de L. M.ª Ansón, Temas de Hoy, Madrid, 1998, LXXXVIII + 133 pp.

FLOCCHINI, N., *Lelio, l'amicizia,* introd., trad. y notas de..., Mursia, Milán, 1987, 184 pp.

FREYBURGER, G., «De l'*amicitia* païenne aux vertus chrétiennes: Damon et Phintias»: en G. Freyburger y L. Pernot (eds.), *Du héros païen au saint chrétien*, Institut d'Études Augustiniennes, París, 1997, pp. 87-93.

FÜRST, A., «Erwerben und Erhalten: ein Schema antiker Freundschaftstheorie in Ciceros *Laelius*»: *Philologus* 143/1 (1999), pp. 41-67.

GAOS, A., *Lelio. Acerca de la amistad,* trad. interlineal de..., Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Clásicos, México, 1986, 138 pp.

GARCÍA YEBRA, V., *De amicitia*, texto y notas de..., Gredos, Madrid, [5]1980, 72 pp.

GARCÍA YEBRA, V., *De amicitia,* texto, trad. literal y literaria y notas por..., Gredos, Madrid, [2]1999, 140 pp.

GARGIULO, T., «Aspetti politici della polemica antiepicurea di Cicerone in *Laelius de amicitia*»: *Elenchos* 1 (1980), pp. 292-332.

GRIFFIN, M., *«From Aristotle to Atticus: Cicero and Matius on friendship. Plato and Aristotle at Rome»*, en J. Barnes y M. Griffin (eds.), *Philosophia togata* II. *Plato and Aristotle at Rome,* Clarendon, Oxford, 1997, pp. 86-109.

GRILLI, A., «Sull'amicizia epicurea nel *Laelius*»: *Elenchos* 5 (1984), pp. 221-224.

GROENINCKX, C., *De vriedschap bij Cicero,* Tesis, Lovaina [cf. RBPh 22 (1943), p. 532].

GUILLÉN CABAÑERO, J., Vrbs Roma: *Vida y costumbres de los romanos*, Sígueme, Salamanca, 1977-2000, 4 vols.

GUILLÉN CABAÑERO, J., *Héroe de la libertad: Vida política de M. Tulio Cicerón,* Universidad Pontificia, Salamanca, 1981, 2 vols.

GUILLÉN CABAÑERO, J., «El derecho religioso en Cicerón»: *Helmantica* 29 (1978), pp. 313-352.

GUILLÉN CABAÑERO, J., «La sabiduría y el sabio en Cicerón»: *Helmantica* 44 (1993), pp. 413-434.

HELDMANN, K., «Ciceros *Laelius* und die Grenzen der Freundschaft: Zur Interdependenz von Literatur und Politik 44-43 v. Chr.»: *Hermes* 104 (1976), pp. 72-103.

HEUSCH, H., «Zum Proömium von Ciceros *Laelius*»: RhM 96 (1953), pp. 67-77.

HEYLBUT, G., *De Teophrasti libris περί φιλίας,* Disertación, Bonn, 1876.

HIRSCHFELDER, W., «Zu Ciceros *Laelius*»: ZG 22 (1868), pp. 608 ss.

HOPPE, M., *De Laelii fontibus,* Disertación, Breslau, 1912.

ITKONEN-KAILA, *De senectute, De officiis, De amicitia,* trad. al finlandés, Helsinki, 1967.

KONSTAN, D., «Friendship and the state»: *Hyperboreus* 1-2 (1994-1995), pp. 1-16.

KUKLICA, P., «Ciceros Begriff *uirtus* und dessen Interpretation»: GLO 7-8 (1975-1976), pp. 3-23.

LILLO REDONET, F., «Elementos consolatorios en los proemios de obras retóricas y filosóficas de Cicerón (*De oratore*, *Brutus*, *De amicitia*)»: *Helmantica* 48 (1997), pp. 341-364.

MAC NAMARA, M. A., *Friendship in Saint Augustine,* Studia Friburgensia, N. S. XX, Friburgo de Suiza, 1958, XIX + 231 pp.

MEISSNER, C., «Zu Ciceros *Laelius*»: JKPh 135 (1887), pp. 545 ss.

MICHEL, A., «Le Caton et le *Laelius*. Originalité philosophique et expérience personnelle dans deux traités cicéroniens»: VL 85 (1982), pp. 12-18.

MUGURUZA, M., *Lelio sobre la amistad*, introd. y trad. de..., *Perficit* 1969 II, 2.ª Serie, pp. 93-123.

MÜLLER, C. F. W., «Zu Ciceros *Laelius*»: ZG 33 (1879), pp. 14 ss.

MURRAY, R. J., «Cicero and the Gracchi»: TAPhA 97 (1966), pp. 291-298.

NEUHAUSEN, K. A., *Laelius,* introd. y comentario de..., Winter, Heidelberg, Fascículo 1: *Introducción,* 1981, 80 pp.

NEUHAUSEN, K. A., *Ídem:* Fascículo 2, *ibid.,* 1985, pp. 81-160.

NEUHAUSEN, K. A., *Ídem:* Fascículo 3, *ibid.,* 1992, pp. 161-240.

OSÓRIO, J. A., «Duarte de Resende, tradutor do *De amicitia* de Cícero (1531)»: *Humanitas* 47/2 (1995), pp. 721-738.

PANICO, G., *«Caton et Lélius chez Cicéron. Sagesse grecque ou sagesse romaine?»*, en J. B. Caron, M. Fortin y G. Maloney (dirs.), *Mélanges Lebel*, Sphinx, Quebec, 1980, pp. 257-266.

PELLEGRIN, E., *«Quelques accessus au* De amicitia *de Cicéron»*, en G. Cambier (ed.), *Hommage Boutemy*, Col. Latomus, CXLV, Bruselas, 1976, pp. 274-298.

PIMENTEL ÁLVAREZ, J., *Marco Tulio Cicerón. Catón el Mayor, De la vejez; Lelio, De la amistad,* introd., trad. y notas de..., UNAM, México, 1998, CCXLIV + 81 pp. dobles.

PIZZOLATO, L. F., «L'amicizia in Sant'Agostino e il *Laelius* di Cicerone»: VChr 28 (1974), pp. 203-215.

PIZZOLATO, L. F., *La idea de la amistad en la antigüedad clásica y cristiana*, trad. del italiano por J. R. Monreal, El Aleph, Barcelona, 1996, 496 pp.

POLISENO, A., «Dalla spontaneità dell'amicizia al dovere della solidarietà. Attualità del *Laelius* di Cicerone»: *Maia* 40 (1988), pp. 263-269.

POWELL, J. G. F., *«Friendship and its problems in Greek and Roman thought»*, en D. Innes, H. Hine y Ch. Pelling (eds.), *Ethics and rhetoric [Classical essays for Donald Russell on his seventy-fifth birthday]*, OUP, Nueva York, 1995, pp. 31-45.

POWELL, J. G. F., «The manuscripts and text of Cicero's *Laelius de amicitia*»: CQ N. S. 48/2 (1998), pp. 506-518.

POZO, J. M. DEL, «Naturaleza y relación de las nociones ciceronianas de *sapiens* y *princeps*»: *Emerita* 60 (1992), pp. 241-260.

RICKEN, W., «Zur Entstehung des *Laelius de amicitia*»: *Gymnasium* 62 (1955), pp. 360-367.

ROSALIA, A. DE., *Riflessioni sul concetto ciceroniano di amicizia*, Stabilimenti Grafici Siace, Palermo, 1984, 10 pp.

RUCH, E., «Das Proömium von Ciceros *Laelius de amicitia*»: *Hermes* 78 (1943), pp. 132-162.

SABBADINI, S., *De Socratica philosophia a Cicerone in Laelio adhibita dissertatio*, Programma, Trieste, 1914.

SCHAEFER, M., «Panaitios bei Cicero und Gellius»: *Gymnasium* 62 (1955), pp. 334-353.

SCHEUERPFLUG, F., *Quaestiones Laelianae,* Disertación, Jena, 1914.

SCHLIACK, K., «Zu Ciceros *Laelius*»: JKPh 139 (1889), pp. 57 ss.

SPIELVOGEL, J., Amicitia *und* res publica: *Ciceros Maxime während der innenpolitischen Auseinandersetzungen der Jahre 59-50 v. Chr.,* Steiner, Stuttgart, 1993, VIII + 211 pp.

STEINMETZ, F. A., *Die Frendschaftslehre des Panatios nach einer Analyse von Ciceros* Laelius de amicitia, Steiner, Wiesbaden, 1967, 225 pp.

SWOBODA, A., «*De fontibus Graecis significationis amicitiae apud Ciceronem*»: SPhP 7 (1988), pp. 75-90.

TAVARES DE PINHO, S., *Cícero: A amizade,* introd., versión [al portugués] y notas de..., Universidade, Coimbra, 1993, 87 pp.

TAÏPHAKOS, I. G., *C. Laeli consolatio in semet ipsum (De Amic.*, 2, 8-4, 15), Atenas, 1972, 16 pp.

TUCHAIS, *Le vocabulaire philosophique de Cicéron dans le* De amicitia, *le* De senectute, *les fragments de l'*Hortensius *et de la Consolation,* Mémoire Diplôme Faculté des Lettres, París, 1936.

TUGA, T., *De amicitia,* trad. al turco[3], Lât-Klâs 28, Ankara, 1963.

VALENTÍ FIOL, E., *M. Tulio Cicerón. Lelio de la amistad,* introd., trad. y versión interlineal de..., Bosch, Barcelona, s. a. [1986], 261 pp.

WEISSENBORN, E., *Gedankegang und Gliederung von Ciceros* Laelius*:* Programmata Gymnasiorum, Mülhausen, 1882, pp. 3 ss.

3. Tanto esta traducción como la de Itkonen-Kaila, citada más arriba, se aducen aquí, más que por erudición, como testimonio del aprecio universal de que goza este tratadito de Cicerón, traducido, según se ve, a las más diversas lenguas.

LA AMISTAD

Capítulo I

[POR QUÉ ESCRIBE CICERÓN ESTE LIBRO[1]]

Quinto Mucio, el *Augur*[2], solía referir muchas cosas de Cayo Lelio, su suegro, con fiel y segura memoria y con gran gozo de su alma. Y siempre que hablaba de él no dudaba en llamarlo «el Sabio». En cuanto a mí, apenas tomé la toga viril[3], fui confiado por mi padre a Escévola, de forma que, en cuanto pudiera y me fuera permitido, no me apartara ni un momento del lado del anciano[4]. De esta suerte iba yo confiando a mi memoria muchos y sabios debates que él exponía, y muchas sentencias breves y oportunas que dejaba caer al hablar, y me esforzaba en ir aprendiendo de su sentido de la vida[5]. Muerto

1. Todos los títulos de los capítulos son nuestros.

2. Quinto Mucio Escévola, apodado *el Augur* para distinguirlo de su sobrino Quinto Mucio Escévola, *el Pontífice*. Fue cónsul en el año 117 a. C., gran patriota, hombre de mucha autoridad, brazo derecho del senado, incluso en su ancianidad extrema, y gran educador del pueblo en los principios del derecho. Cf., *supra*, Introducción, § 4, nn. 9-17.

3. A los 16 o 17 años. Sobre esta costumbre romana, cf., *supra*, Introducción, n. 15 y mi *Vrbs Roma*, vol. I, p. 185.

4. Esta etapa de la formación del joven se llamaba *tirocinium fori* («noviciado del foro»). En ella, si el padre no se sentía capaz de darles la formación deseada, encomendaba los hijos a un varón sabio que los fuera preparando para la vida, o para una disciplina determinada. Cf. *Vrbs Roma*, vol. I, pp. 207-208; *Héroe de la libertad*, vol. I, p. 34.

5. Así *prudentia*, «el conocimiento de lo que debe desearse o evitarse» (*Off.*, 1, 153), distinto de *sapientia*, «el conocimiento de las cosas humanas y divinas». Escévola no era un maestro que diera lecciones teóricas, sino que sus alumnos debían ir aprendiendo según las respuestas que daba a las consultas que le hacían ocasionalmente y por los comentarios que iba haciendo de los diversos temas que le proponían. Así vemos en *Brut.*, 306: «Para el estudio del derecho civil, yo estaba siempre junto a Quinto Escévola, hijo de Quinto [es decir, *el Augur*; cf. *Brut.*, 102] que, aunque no

éste, me dirigí a Escévola, *el Pontífice*[6], de quien me atrevo a decir que era el número uno de nuestros ciudadanos y el más ilustre por su ingenio y su concepto de la justicia[7]. Pero de éste ya hablaremos en otra ocasión; volvamos ahora al *Augur*.

2 Me acuerdo que hablaba con frecuencia de muchos asuntos; pero sobre todo, que una vez, estando en su casa, sentado en el hemiciclo[8], como solía, encontrándome también yo allí y, a la vez, un reducido número de habituales de la casa, vino a dar en el tema de conversación que por entonces estaba en boca de todo el mundo. Porque seguramente recordarás, Ático[9], tanto más cuanto que tenías mucho trato con Publio Sulpicio[10], qué grande era la extrañeza así como el descontento de la gente cuando, siendo éste tribuno de la plebe, llevado de un odio a muerte, rompió con Quinto Pompeyo, cónsul a la sazón, con quien había vivido en la mayor intimidad y amistad[11].

3 Así, pues, como hubiera venido a hacer mención precisamente de estos hechos, Escévola nos refirió una conversación sobre la amistad que había Lelio mantenido con él y con su otro yerno, Cayo Fanio, el hijo de Marcos[12], a los pocos días de la muerte del *Africa-*

hacía profesión de enseñar, respondiendo a quien le consultaba, instruía a los que acudían deseosos de oírlo».

6. Quinto Mucio Escévola, *el Pontífice,* cónsul en el 95 a. C. con el célebre orador Lucio Licinio Craso y pontífice máximo desde el 89. Gran jurisconsulto, espejo de moderación y de sabiduría (cf. *Nat.*, 3, 80), prefería sucumbir antes que mover un dedo contra la patria (*Att.*, 8, 3, 2). Murió el año 82, a manos de los partidarios de Mario, víctima de las discordias civiles (cf. *Brut.*, 311).

7. Cf. *Off.*, 1, 15; 3, 62.

8. Local en semicírculo, o bien dentro de la casa, o en el jardín como un cenador bajo un emparrado. O simplemente una mesa semicircular en torno a la cual se sentaban los que conversaban.

9. Se trata de Tito Pomponio, que cambió su nombre por el de Quinto Cecilio Pomponiano al ser adoptado por su tío en el año 65 y que fue llamado *Ático*, por sus largas permanencias en Atenas y sobre todo por la discreción y finura ática en que envolvió su vida. Es el gran amigo del alma para Cicerón, al que le llevaba tres años, pues había nacido en el 109, y a él le dedica Cicerón esta obrita y la que escribió sobre la ancianidad, el *Cato Maior de senectute.*

10. Publio Sulpicio Rufo, pariente de Ático, fue un acérrimo partidario de Sila; pero, elegido tribuno de la plebe en el 88, se pasó al partido de Mario. Cuando Sila volvió de Asia, Sulpicio fue proscrito y muerto. Cicerón lo elogia como orador valiente. Lo hace interlocutor muy joven en el diálogo *De oratore.* Cf. *Brut.,* 203; 226; 306 s. Cf. *etiam* Vell., 2, 18, 5; Plut., *Mar.,* 35.

11. Quinto Pompeyo Rufo, cónsul en el 88 junto con Sila. Fue asesinado en una sedición militar por instigación de Pompeyo Estrabón, mientras Sila combatía en el Oriente a Mitrídates.

12. Quinto Escévola, *el Augur*, estaba casado con la hija mayor de Lelio (*De or.,* 3, 45), llamada Lelia Mayor, y Cayo Fanio, con la hija menor, Lelia Menor (*Brut.,*

no[13]. Las ideas principales de esa exposición las grabé en mi memoria y ahora las presento en este libro a mi manera, pues introduzco a los personajes hablando entre sí, para no verme obligado a repetir continuamente *digo* y *dice* y para que parezca como si la conversación la mantuvieran personas que están aquí delante [de nosotros].

Y ya que tú[14] me has rogado muchas veces que escribiera algo sobre la amistad, me ha parecido un asunto no sólo digno de ser conocido por todos, sino también muy propio de nuestra familiaridad. Así, pues, lo he hecho muy gustosamente para ser útil a muchos, conforme a tus ruegos.

Recuerdas que en el *Catón el Mayor*[15], que en tu honor escribí sobre la ancianidad, puse de moderador del diálogo a Catón ya viejo, porque no veía persona alguna más apropiada para hablar de esa edad que la de alguien que, como él, había sido anciano durante mucho tiempo[16] y, en su misma ancianidad, había florecido sobre todos los demás. Pues igual ahora, habiendo oído decir a nuestros padres que la amistad de Cayo Lelio y de Publio Cornelio Escipión fue de lo más celebrado, la figura de Lelio me ha parecido la más idónea para disertar precisamente sobre esa gran amistad que Escévola se acordaba de haberle oído comentar. Pero, además, es que este tipo de conversaciones, cuando se avalan con la autoridad de antepasados tan gloriosos, no sé yo por qué ni cómo, parecen tener mayor gravedad. Tanto es así que yo mismo, cuando leo mi propio diálogo, a veces llego a pensar que no soy yo quien habla, sino Catón[17].

100 s.). Ambas matronas pasaban por ser las romanas que hablaban el latín con más pureza y nitidez. Cualidad que comunicaron a sus hijas, según nos dice Cicerón (*Brut.*, 211).

13. Publio Cornelio Escipión Emiliano. Así llamado por ser hijo de Paulo Emilio y haber sido adoptado por Publio Cornelio Escipión, hijo del vencedor de Aníbal en Zama y por ello apodado *el Africano*. Escipión Emiliano, vencedor de Cartago el 146, será también *Africano, el Segundo* o *el Menor*, para distinguirlo de su abuelo, que obviamente pasa a ser *el Primero* o *el Mayor.*

14. Tito Pomponio Ático, que, como destinatario del libro, es el interlocutor al que se dirige Cicerón en esta introducción.

15. Publicado en el año 44, unos meses antes que éste sobre la amistad. Cicerón tenía 62 años, Ático, 65. Como protagonista y director del diálogo intervenía Marco Porcio Catón a sus 84 años, que moriría al año siguiente. A él se agregaban Cayo Lelio y Escipión Emiliano.

16. Un romano comenzaba a ser «oficialmente» anciano *(senex)* al cumplir los 60 años. Y, puesto que Catón vivió 85 años (234-149), su ancianidad duró 25 años.

17. Incluso lo lee para conservar el humor en la ancianidad: «Tengo que leer con frecuencia mi *Catón el Mayor,* porque la ancianidad me está agriando el carácter» (*Att.*, 14, 21, 3, del 11 de mayo; el tratadito estaba ya en manos de Ático).

5 Y de la misma forma que entonces escribí sobre la ancianidad de anciano a anciano, así en este libro le escribo sobre la amistad a un amigo como su mejor amigo. Allí habló Catón, que era casi el más viejo de su tiempo y, ciertamente, el más sabio. Aquí hablará de la amistad Lelio, no ya como sabio (que por tal fue tenido), sino como hombre eminente por la gloria de su amistad. Tú, por favor, olvídate por un momento de mí e imagínate que es Lelio quien habla.

Cayo Fanio y Quinto Mucio llegan a casa de su suegro al poco de la muerte del *Africano*. Inician ellos la conversación y les responde Lelio, cuya disertación versa toda ella sobre la amistad. Seguro que al leerla te verás retratado a ti mismo.

Capítulo II

[LELIO EL SABIO Y EL SABIO CATÓN]

[illegible]: Es tal como dices, Lelio, y no ha habido un hombre mejor ni 6
más benemérito de la patria que *el Africano*[1]. Pero ahora debes pensar que todos tienen puestos los ojos en ti. Únicamente a ti te tienen por sabio y así te llaman. No hace mucho se daba también este nombre a Catón[2]. Sabemos que en tiempo de nuestros padres fue llamado sabio Lucio Acilio[3]; pero cada uno por distinto motivo: Acilio, porque se creía que era perito en jurisprudencia civil; Catón, por el gran conocimiento práctico que tenía de muchas cosas[4]. Se hablaba de muchas proposiciones suyas llenas de prudencia llevadas tanto al

1. Este comienzo *in medias res* da a entender que los interlocutores han hablado de la muerte de Escipión, de quien Lelio ha hecho un elogio muy cumplido.

2. Cuando se supone habido este diálogo hacía 20 años que había muerto Marco Porcio Catón *el Censor*, en el 149.

3. Jurisconsulto famoso que interpretó y comentó la *Ley de las XII Tablas* (cf. *Leg.*, 2, 59). Vivió en la primera mitad del siglo II, pero es difícil su identificación. En los *Digestos* se nombra a un Acilio/Atilio, pero llamándole Publio, y de él se dice que «fue el primero a quien el pueblo llamó *el Sabio*» (cf. Pomp., *Dig.*, 1, 2, 2, 38). En el año 155 un Acilio, en este caso Cayo, senador insigne y hombre dado a la filosofía y al estudio del griego, hizo de intérprete de los filósofos griegos ante el senado y, en su vejez, escribió unos anales de Roma en griego (cf. *Off.*, 3, 115). No conocemos la relación de estos Acilios entre sí ni con el más famoso de todos, Manio Acilio Glabrión, el cónsul de 191 que venció a Antíoco III en las Termópilas.

4. Cicerón (*Planc.*, 20) lo llama «el primero en toda clase de virtudes». En *Brut.*, 65 dice de él: «¡Oh qué hombre, buenos dioses! No hablo del ciudadano, ni del senador, ni del general, porque en este lugar lo considero únicamente como orador: ¿Quién mayor que él?». Y en *De or.*, 3, 135: «Nadie más fuerte que él delante del pueblo, nadie mejor senador y, lo mismo de fácil, el mejor general. En una palabra, por aquella época, en esta ciudad no se podía estudiar o aprender nada que él no lo tuviera ya no sólo investigado y sabido, sino incluso escrito». Cf. además, Liv., 39, 40; Quint., *Inst.*, 12, 11, 23.

senado como al foro, de muchas causas tratadas con firmeza, y de muchas respuestas llenas de agudeza. Por ello, en su ancianidad se le aplicaba ya casi como un apellido el sobrenombre de Sabio[5].

7 Tú, en cambio, eres sabio de otra forma, no sólo por tus cualidades naturales y por tus costumbres, sino también por tu erudición y tu doctrina. Pero sabio no en el sentido vulgar, sino en el sentido en que acostumbran a llamarlo los eruditos, como no hubo ninguno en toda Grecia[6], pues a los llamados «los Siete Sabios»[7], los que se cuestionan estas cosas con más sutileza, no los cuentan en el número de los sabios. En Atenas sabemos que hubo uno y que, por cierto, el oráculo de Apolo lo juzgó el más sabio del mundo[8]. Pero piensan que hay en ti una sabiduría tal, que consideras que todos tus bienes residen dentro de ti mismo y que todas las contingencias humanas son inferiores a la virtud[9].

Por eso mismo me preguntan, y me imagino que lo propio le sucede a Escévola, con qué ánimo llevas la muerte del *Africano*. Y tanto más cuanto que en las últimas nonas, cuando nos hemos reunido en los jardines del augur Décimo Bruto[10] para tener, como de cos-

5. Cf. *Senect.*, 5. Cf. *etiam* G. G. Majorov, «Le personnage de Caton l'Ancien dans les dialogues de Cicéron»: en B. B. Piotrovskij & *al.* (eds.), *Civilisation antique*, Nauka, Moscú, 1985, pp. 55-62.

6. *Tusc.*, 4, 5; *Off.*, 3, 16; *Brut.*, 213; Hor., *Sat.*, 2, 1, 65 y 72.

7. El número de los «sabios» se fijó en siete por ser el número perfecto; pero no hay uniformidad entre los autores al señalar sus nombres. El célebre *Ludus septem sapientum* de Ausonio (siglo IV d. C.) cita los que se indican a continuación, cada uno con una máxima característica, que no es necesariamente la más famosa de las que se le atribuyen: Tales de Mileto, («la fianza es nociva»), Quilón de Lacedemonia («piensa en el final de una larga vida»), Bías de Priene («la mayoría [de los hombres] son malos»), Pítaco de Mitilene («conoce el momento oportuno»), Periandro de Corinto («la reflexión todo lo puede»), Cleóbulo de Lindos («la medida es lo mejor») y Solón de Atenas («conócete a ti mismo»). Vivieron todos ellos entre los años 620-550 y fueron conocidos por su sabiduría de legisladores. Cf. *Tusc.*, 5, 7; *Rep.*, 1, 11; Plat., *Prot.*, 343a.

8. *Se refiere a Sócrates.* Cf. *Senect.*, 78; Plat., *Apol.*, 21a. Querefonte, discípulo de Sócrates, fue a Delfos a consultar al oráculo de Apolo si había en el mundo algún hombre más sabio que su maestro. El oráculo le respondió: «Sabio es Sófocles, más sabio Eurípides, pero el más sabio de todos es Sócrates».

9. Cicerón está pensando en Bías de Irene y una de sus célebres máximas: «Llevo conmigo todo lo mío» (*omnia mecum mea porto*). Cf. Cic., *Par.*, 8; Sen., *Ep.*, 9, 18. Por lo demás, es un principio estoico que la virtud se basta por sí misma para hacer felices a los hombres. Tesis que desarrolla Cicerón en el quinto libro de las *Tusculanas* y en la segunda *Paradoja*.

10. Es Décimo Junio Bruto, apodado *el Galaico* por su triunfo en tierras de Galicia. Cónsul en el año 138, teniendo por colega a Publio Cornelio Escipión *Násica Serapión* (cf. *infra*, § 41, n. 5). Los augures solían reunirse todos los meses el día de

tumbre, nuestra sesión de trabajo, tú no has venido, a pesar de que acostumbras a no faltar a esa cita y a cumplir puntualmente con los deberes de ese cargo en la fecha establecida.

ESCÉVOLA: Ciertamente, Cayo Lelio, me lo preguntan muchos, 8
como ha dicho Fanio. Pero yo les respondo algo de lo que me he dado cuenta: Que tú llevas con gran entereza el dolor recibido por la muerte de un gran hombre y de un íntimo amigo; pero que no has podido por menos de sentirlo y que si no, no hubiera sido propio de tu gran corazón. Y en cuanto a que no hayas estado en la reunión de nuestro colegio el día de las nonas, respondo que la causa ha sido una indisposición, no la aflicción.

LELIO: Dices muy bien, ciertamente, Escévola, y ésa es la pura verdad. Porque nunca he tenido que verme apartado por una desgracia personal de esa obligación con la que, mientras he tenido salud, siempre he procurado cumplir. Y no creo que por ninguna cosa del mundo pueda suceder que un hombre de sólidos principios se descuide en el cumplimiento del propio deber.

Tú, a tu vez, Fanio, te portas como un amigo al decir que se me 9
atribuyen elogios tales que yo ni creo merecerlos, ni los pretendo; pero en lo de Catón me parece que no juzgas rectamente. Porque o bien no ha existido sabio alguno —que, desde luego, es por lo que yo más me inclino— o, si ha habido alguno, ese sabio ha sido Catón. ¡Cómo sobrellevó, dejando aparte otras cosas, la muerte de su hijo![11]. Me acordaba de Paulo, había visto a Galo; pero éstos habían perdido a unos niños[12]; Catón, en cambio, a un hombre cabal y lleno de seguras expectativas[13].

las nonas en algún sitio fuera de la ciudad para tratar los asuntos concernientes a su colegio sacerdotal. Cf. *Diu.*, 1, 90: «Cosa que hace tiempo también vosotros solíais hacer el día de las nonas». Cf. *etiam* mi *Vrbs Roma*, vol. III, p. 403.

11. Cf. *Senect.*, 15; 68; 84; *Fam.*, 4, 6, 1; *Tusc.*, 3, 70.

12. Paulo Emilio tenía cuatro hijos varones. Los dos mayores, Quinto y Publio, fueron adoptados. El mayor, por la familia de los Fabios Máximos; el segundo, por los Escipiones. Le quedaban dos adolescentes, uno de 14 años, que murió cinco días antes de que su padre celebrara el triunfo por su victoria sobre Perseo en Pidna en 168, y el otro de 12, que murió 3 días después de haberse celebrado ese triunfo (cf. *Senect.*, 29; 61; 75; 82).

Cayo Sulpicio Galo, fue amigo de Paulo Emilio y también gran general. Cónsul en 166 con Marco Claudio Marcelo. Cicerón lo cita como autoridad en materia de astronomía (*Rep.*, 1, 21; *Senect.*, 49). Pero no sabemos nada de sus hijos.

13. Marco Porcio Catón Liciniano estaba casado con Paula Tercia, hija de Paulo Emilio, con el que luchó contra Perseo. Murió el año 152, siendo pretor electo.

10 Por tanto, ya te cuidarás de poner por delante de Catón ni siquiera a ese mismo a quien, según dices, Apolo lo juzgó el más sabio. Porque de Catón se elogian sus hechos; de Sócrates, sus palabras. En cuanto a mí, por hablar ya con vosotros dos, convenceos de esto:

Capítulo III

[LA MUERTE NO FUE UN MAL PARA ESCIPIÓN, CUYA VIDA HABÍA FLORECIDO EN VIRTUDES]

Si yo dijera que no me siento afectado por la pérdida de Escipión, vean los sabios si obraba bien en ello; pero os aseguro que mentiría. Porque sí que estoy afectado, viéndome privado de un amigo como, según pienso, no lo habrá jamás y, ciertamente, según puedo comprobar, nunca lo ha habido. Con todo, no necesito lenitivos. Yo mismo me conforto, sobre todo con el consuelo de verme libre de un error que suele angustiar a muchos por la muerte de sus amigos. Pienso que a Escipión no le ha sucedido nada malo. Me ha sucedido a mí, si es que algo malo ha sucedido. Ahora bien, el angustiarse gravemente por las desgracias propias es cosa de quien se ama a sí mismo, no al amigo[1].

Pero ¿quién podría negar que a Escipión se le ha tratado muy 11
bien en la vida? Pues a no pretender la inmortalidad, cosa que él no pensaba ni por asomo, ¿qué es lo que él no consiguió de cuanto a un mortal le es dado desear conforme a la ley divina? Él, que, apenas adolescente[2], superó con un valor increíble al altísima esperanza que, ya de niño, habían puesto en él los ciudadanos. Él, que no pidió nunca el consulado y fue nombrado cónsul dos veces: la primera, antes del tiempo legal[3]; la segunda, para él, a su tiempo, pero

1. Cf. *Brut.*, 4-5; *De or.*, 3, 8 s.; *Tusc.*, 1, 111. Cf. F. Lillo Redonet, «Elementos consolatorios en los proemios de obras retóricas y filosóficas de Cicerón (*De oratore*, *Brutus*, *De amicitia*)»: *Helmantica* 48 (997), pp. 341-364.

2. Dio muestras de su gran valor ya a los 17 años en Macedonia y a los 34, como tribuno militar, en Hispania.

3. En 147, cuando fue nombrado cónsul por primera vez para que condujera la guerra contra Cartago, Escipión tenía 38 años, siendo así que la ley *Villia annalis*

para la república, casi demasiado tarde[4]. Él, que, derrocadas las dos ciudades más enemigas de nuestro imperio[5], acabó no solamente con las guerras presentes, sino también con las futuras[6]. ¿Y qué decir de su afabilidad de su carácter, de su piedad para con su madre, de su generosidad para con sus hermanas, de su bondad para con los suyos y de su justicia para con todos?[7]. Lo sabéis muy bien. Y por otra parte, cuán querido era para la ciudad se ha demostrado claramente en la profunda aflicción con que ha celebrado sus funerales. Por tanto, ¿qué hubieran podido añadir a un hombre así algunos años más de vida?[8]. Porque, aunque la ancianidad no sea pesada, como recuerdo que decía Catón un año antes de morir, hablando con Escipión y conmigo[9], sin embargo nos roba esa lozanía en la que todavía se encontraba Escipión.

12 Por todo ello, tanto por su fortuna como por su gloria, su vida ha sido tal que nada se le podía añadir y, a su vez, la rapidez de su muerte ha hecho que no la sintiera. De una muerte de este tipo es difícil hablar; pero ya estáis viendo las sospechas de la gente[10].

exigía para esta magistratura una edad mínima de 43 años cumplidos. Y ya se consideraba un gran éxito lograr el consulado con esa edad (*anno suo, anno legitimo*), como logró, por ejemplo, el propio Cicerón.

4. Para resolver la guerra de Numancia, en el 134 se nombró a Escipión cónsul por segunda vez, con 51 años de edad. Lo que da a entender Cicerón es que, si lo hubieran nombrado antes, Numancia no hubiera sepultado tantas legiones romanas en su territorio, ni el cónsul Cayo Hostilio Mancino (año 137) se hubiera visto obligado a firmar una paz vergonzosa, que el senado no quiso ratificar.

5. Cartago, destruida en el 146, y Numancia, en el 133.

6. Según Vell., 2, 4, 3, Roma aplicó sobre Numancia la ley del lobo sobre el cordero. En nada había ofendido la ciudad celtibérica al imperio romano, pero sentía éste envidia de las virtudes de la ciudad hispana. «Así pues» —dice V. Patérculo—, «destruidas Cartago y Numancia, [Escipión Emiliano] nos vengó del miedo a la una y de las contumelias de la otra».

7. A su madre, Papiria, de quien se había divorciado Paulo Emilio, le entregó la herencia recibida de Emilia, su abuela y tía a la vez, como la mujer del *Africano Mayor*. A sus hermanas les dejó lo de su madre, que a él solo pertenecía, y a su hermano Quinto Fabio Máximo, toda la herencia de su padre, excepto la biblioteca de Perseo (cf. Polyb., 32, 12 y 14; *Par.*, 48).

8. Murió a los 56 años de edad, en el 129.

9. *Senect.*, 3.

10. Aunque Escipión estaba casado con Sempronia, hermana de los Gracos, su política era muy diversa. En el 129, tres años después de la muerte de Tiberio Graco, después de haber disuadido en el senado una ley agraria propuesta por los partidarios de los Gracos, a la noche siguiente amaneció muerto en su cama con señales manifiestas de haber sido estrangulado. Como dice Vell., 2, 4, 5: «Por la mañana fue encontrado muerto en su lecho, de forma que se advertían en su cuello ciertas señales de estrangulamiento». Pero nada se investigó sobre su muerte, sino que su cadá-

No obstante, lo que de verdad sí puedo deciros es que, entre los muchos días que Escipión tuvo llenos de gloria y de alegría, el más glorioso fue aquel en que, levantada la sesión del senado, al caer la tarde, volvió a su casa llevado por todos los senadores, por el pueblo romano, por los aliados y por los latinos, la víspera del día en que salió de esta vida. Como que, desde tan alto grado de dignidad, parece haberse incorporado a los dioses del cielo más bien que a los de debajo de tierra[11].

ver fue conducido con la cabeza velada (*ibid.*, 6). Cicerón admite la tesis del asesinato: *De or.*, 2, 170; *Mil.*, 16; *Fato*, 18; *Quint.*, 2, 3, 3. Las sospechas, como era natural, recayeron sobre Cayo Graco, Papirio Carbón y Fulvio Flaco. Hoy en día parece que la responsabilidad debe echarse sobre su esposa Sempronia y su cuñado Cayo Graco.

11. Como si dijera: «Su salida de este mundo fue una apoteosis más que una muerte». Este acompañar hasta su casa a un gran senador después de una actuación celebrada y comprometida en el senado lo vemos también en el propio Cicerón: cf. *Pis.*, 6 s., y mi *Héroe de la libertad,* vol. I, 273 s.; vol. II, 414. Se pretendía con ello, además de honrarlo, defenderlo de las iras de sus enemigos. Escipión se había opuesto con todas sus fuerzas a la ley agraria, protegiendo con ello a los aliados y a los latinos. Había defendido además a los senadores, pero había suscitado las iras de los partidarios de los Gracos, defensores de la ley agraria y del pueblo.

Capítulo IV

[LAS ALMAS NO MUEREN Y LOS QUE PRACTICAN LA VIRTUD TIENEN EXPEDITO EL CAMINO DEL CIELO]

13 Porque no soy yo de la opinión de esos que últimamente vienen diciendo[1] que las almas mueren junto con los cuerpos y que todo desaparece con la muerte[2]. Para mí vale mucho más el autorizado parecer de los antiguos, o incluso de nuestros antepasados, que concedieron a los difuntos los más sagrados derechos[3], cosa que no hubieran hecho ciertamente, si hubieran creído que a éstos no les afectaban nada esas honras[4]. O si se quiere, [vale más] la autoridad de aquellos que vivieron en esta tierra nuestra e instruyeron con sus doctrinas y sus normas de vida a la Magna Grecia[5], que ahora, desde luego, está apagada, pero que entonces resplandecía. O la de aquel a quien el oráculo de Apolo declaró ser el más sabio de los hombres, que, en este punto, no iba diciendo, como en la mayoría de los ca-

1. Aunque Lelio podía estar pensando aquí en el escepticismo de Carnéades, lo más seguro es que se refiera a los epicúreos, cuya doctrina empezaba a conocerse en Roma después de la tercera guerra púnica. Las riquezas y la tranquilidad del Estado introducían el materialismo y el ansia de disfrutes y de comodidad. Cf. T. Gargiulo, «Aspetti politici della polemica antiepicurea di Cicerone in *Laelius de amicitia*»: *Elenchos* 1 (1980), pp. 292-332; A. Grilli, «Sull' amicizia epicurea nel *Laelius*»: *Elenchos* 5 (1984), pp. 221-224.

2. *Tusc.*, 1, 19-23.

3. *Leg.*, 2, 22: «Que los derechos de los dioses Manes sean santos. Que se tenga por divinos a los hombres buenos que han muerto». Cf. *Tusc.*, 1, 27; J. Guillén Cabañero, «El derecho religioso en Cicerón»: *Helmantica* 29 (1978), pp. 313-352, especialmente pp. 348 ss.

4. *Senect.*, 82.

5. Se refiere a los pitagóricos y a su doctrina sobre la transmigración de las almas, muy extendidos, unos y otra, por la Italia meridional. Cf. *Senect.*, 78 s.

sos, ahora una cosa y luego otra, sino siempre lo mismo: que el alma humana es de origen divino, y que una vez que ha salido del cuerpo, tiene el camino abierto para volver al cielo, y que este retorno será tanto más fácil y expedito cuanto más virtuoso y más justo haya sido cada cual. Esto mismo pensaba Escipión.

Éste, por cierto, como si presintiera el futuro[6], muy pocos días an- 14
tes de su muerte, estando presentes Filo y Manilio y otros más, y habiendo acudido conmigo también tú, Escévola, estuvo disertando por espacio de tres días acerca del gobierno del Estado[7]. Casi lo último de su exposición fue lo que sobre la inmortalidad del alma decía haber oído él de boca del *Africano* en una aparición suya en pleno sueño[8]. Si esto es así, a saber, que el alma de todos los hombres buenos, al morir, sale volando con toda facilidad de estas como prisiones y ataduras del cuerpo[9], ¿quién pensamos que ha tenido más fácil que Escipión su carrera hasta los dioses? Me temo, por tanto, que el afligirse por su inesperada muerte sería más propio de un envidioso que de un amigo.

Pero si, por el contrario, es más verdadera aquella otra opinión[10], que el alma desaparece juntamente con el cuerpo y que no queda sensibilidad alguna, así como en la muerte no hay ningún bien, tampoco hay ciertamente ningún mal. Porque, una vez perdidos los sen-

6. El verbo empleado por Cicerón, *praesagire,* lo explica él mismo en *Diu.,* 1, 65: «*Sagire* significa *tener un agudo sentido*; de ahí lo de *viejas sagas,* porque pretenden que saben mucho, y lo de llamar *sagaces* a los perros. Así pues, de quien siente las cosas antes de que lleguen se dice que *presagia,* esto es, *que presiente el futuro*».

7. Alude al diálogo *De Republica* que Cicerón finge habido en el año 129 entre Escipión, que es el expositor de las ideas ciceronianas, y Lelio, Escévola *el Augur,* Lucio Furio Filo, Manio Manilio, Quinto Elio Tuberón, Publio Rutilio Rufo y otros. Cicerón lo publicó en el año 51. Cf. mi *Héroe de la libertad,* vol. II, pp. 69-127.

8. Se trata del último episodio del libro VI del *De re publica,* llamado *El sueño de Escipión* (*Somnium Scipionis*). Cf. *Héroe de la libertad,* vol. II, pp. 120-124. El *Africano Mayor,* que terminó la segunda guerra púnica venciendo a Aníbal en Zama (año 202), se aparece a su nieto por adopción, el *Africano Menor,* que terminó la tercera destruyendo Cartago (año 146).

9. Dice el *Africano Mayor* en *El sueño de Escipión* (*Rep.*, 6, 14): «La vida verdadera comienza cuando se rompen los lazos del cuerpo que nos mantienen en cautiverio; lo que tú llamas vida es, en verdad, muerte». Cf. H. Goergemanns, «Die Bedeutung der Traumeninkleingungs im *Somnium Scipionis*»: SNF 2 (1968), pp. 44-49. Este sueño se distingue del de Platón por las circunstancias y la vida de quien sueña: Er, egipcio, en Platón; Escipión, romano, en Cicerón. No es un elemento sobrenatural, sino una profesión de fe individual de Escipión. El escepticismo de Cicerón excluye toda interpretación adivinatoria. En cuanto a la tradición filosófica de los sueños, Cicerón no es tributario más que de Ennio.

10. Que se expone anteriormente; cf. *supra,* § 13. Cf. *etiam, Senect.,* 67; 74; 80; *Fam.,* 5, 16, 4; *Tusc.,* 1, 87-88.

tidos, es lo mismo que si no hubiera nacido en absoluto alguien que, sin embargo, sí que ha nacido y de cuyo nacimiento nos gozamos nosotros y nuestra ciudad exultará de alegría mientras subsista[11].

15 Por lo cual, como he dicho antes[12], claro que el destino se ha portado muy bien con él; conmigo, no tan bien, pues hubiera sido más justo que, igual que yo había entrado en la vida primero, así también saliera antes. Pero, sin embargo, disfruto tanto con el recuerdo de nuestra amistad, que me parece haber vivido con toda felicidad porque he vivido con Escipión. Con él he tenido enteramente unidos mis intereses, tanto los públicos como los privados. Con él he tenido en común tanto la paz como la guerra[13] y aquello en lo que radica la verdadera naturaleza de la amistad: la máxima compenetración en el querer, en el sentir y en el pensar[14].

Así, pues, no me deleito tanto con esa fama de sabio que hace un momento recordaba Fanio[15], máxime no respondiendo a la realidad, como con la esperanza de que el recuerdo de nuestra amistad será imperecedero. Y esto me llena de gozo más aún por aquello de que, en toda la historia, apenas gozan de renombre más de tres o cuatro parejas de amigos[16]. Me parece que puedo esperar que la posteridad reconocerá entre ellas la amistad de Escipión y Lelio.

11. Cf. *Fam.*, 5, 16, 4 (parece que del verano-otoño del 52), donde expone este mismo argumento, manifestando, además, que ha «leído y oído con muchísima frecuencia que ningún mal hay en la muerte» (*saepissime et legi et audiui nihil mali esse in morte*).

12. Cf., *supra*, § 11.

13. *De or.*, 2, 22: «Lelio iba muy gustoso a sus casas de campo con Escipión y, una vez en ellas, se comportaban como verdaderos niños, felices de escapar de la ciudad de Roma como de una cárcel. Casi no me atrevo a decirlo, tratándose de tan grandes personajes, pero no lo dudo bajo la garantía de Escévola: recogían conchas, piedrecitas pequeñas junto a su villa de Gaeta o en la playa laurentina, y no se tenían a menos de entretenerse con los juegos más pueriles». El escoliasta de Horacio, recogiéndolo sin duda del *De personis Horatianis* (*Hor. Sat.*, 2, 1, 71), dice que una vez Lucilio se quedó sorprendido al ver a Lelio encorriendo a Escipión por entre los triclinios para aporrearlo con una servilleta anudada.

14. *Off.*, 1, 56: «En quienes tienen los mismos gustos, las mismas inclinaciones, cada uno de ellos ama al otro como a sí mismo, y ocurre entonces lo que dice Pitágoras, como característica esencial de la verdadera amistad; a saber, que dos almas se fundan en una sola». Sall., *Cat.*, 20, 4: «El querer y no querer lo mismo constituye en definitiva la amistad firme», definición que copia y elogia san Agustín (*Virt.*, 1130C). Cf. Sall., *Iug.*, 31, 14; *Planc.*, 5 y, en este libro, §§ 20; 61 y 92.

15. Cf., *supra*, § 9.

16. Bien conocidos son Teseo y Piritoo, Aquiles y Patroclo, Orestes y Pílades. Cf. *Fin.*, 1, 65; 2, 79; Mart., 7, 24, donde añade otras tres parejas de hermanos. En *Off.*, 3, 45, Damón y Pitias. Plutarco nombra además a Epaminondas y Pelópidas (*Moralia*, 93 d-e = *Sobre la abundancia de amigos*, 2). Y en la sagrada Escritura, David y Jonatán (1 Sam 18, 1-4; 2 Sam 1, 17-27). Cf., *supra*, Presentación, *passim*.

FANIO: Preciso es, desde luego, que así sea, Lelio. Pero ya que has hecho mención de la amistad y puesto que estamos libres de ocupaciones, me darías mucho gusto —y espero que también a Escévola— si ahora, como sueles hacer cuando te preguntan sobre otros asuntos, nos expusieras tu pensamiento sobre la amistad, cuál crees que es su naturaleza y qué normas le pones[17]. 16

ESCÉVOLA: Pues claro que me gustará. Es más, cuando iba yo a proponerte precisamente eso, se me ha adelantado Fanio. Harías, por tanto, algo sumamente grato para ambos.

17. Aparece aquí formulada la división de la obra: 1) Qué piensa Lelio de la amistad; 2) cuál es su naturaleza; 3) qué normas la rigen. Cf., *supra*, Introducción, § 7.

Capítulo V

[ESENCIA DE LA AMISTAD, QUE SÓLO SE HALLA ENTRE LOS BUENOS. QUIÉNES SON LOS BUENOS]

17 LELIO: Pues yo lo haría con sumo gusto, si tuviera confianza en mi propia capacidad. Porque el asunto es de sumo interés y estamos, como dice Fanio, libres de ocupaciones. Pero ¿quién soy yo o cuáles son mis capacidades? La costumbre de disputar, aunque sea improvisando, sobre cualquier tema que se les proponga, es cosa de hombres doctos y singularmente de los griegos[1]. Es una operación difícil y precisa un entrenamiento no pequeño. Pienso, por todo ello, que debéis acudir a los que profesan esa técnica[2], para preguntarles todo cuanto puede disputarse sobre la amistad. Yo tan sólo puedo exhortaros a que antepongáis la amistad a todos los bienes humanos, pues no hay cosa tan conforme a la naturaleza, ni que sea tan conveniente, igual para los acontecimientos favorables que para los adversos[3].

1. Esos «doctos» son los sofistas en general. De Gorgias, que vivió hacia el 440 a. C. y fue el más famoso de ellos, dice Cicerón en *Fin.*, 2, 1: «Gorgias el leontino fue el primero de los sofistas que se atrevió a pedir en una reunión el tema de su disertación; es decir, pidió que le propusieran el asunto del que querían oírlo hablar». Cf. *De or.*, 1, 103.

2. A saber, la de improvisar una disertación sobre cualquier asunto.

3. Lelio no confía en poder exponer sistemáticamente una teoría filosófica sobre la amistad, cosa que sería propia de los griegos. Él, como buen romano pragmático, no podía más que presentar sus ideas prácticas y exhortar a sus interlocutores a la amistad, ofreciéndoles además algunos consejos oportunos y prácticos para vivir en buena amistad.

No obstante, ante todo pienso que la amistad no puede existir más que entre personas de bien[4]. Pero[5] en esto yo no soy tan tajante como los que disertan sobre estos temas con excesivas sutilezas[6]. Quizás estén en lo cierto, pero importa poco a la utilidad común, pues niegan que haya algún otro hombre de bien, como no sea el sabio. Está bien, sea así; pero es que ellos entienden una sabiduría tal, que todavía no la ha conseguido ningún hombre. Nosotros, en cambio, debemos fijarnos en lo que se da en la práctica y en la vida ordinaria, no en fantasías o en deseos[7]. Según la norma que ésos establecen, yo no me atrevería nunca a decir que hayan sido sabios Cayo Fabricio[8], Manio Curio[9], Tiberio Coruncanio[10], a quienes nuestros antepasados tenían por sabios. Por eso, guárdense para ellos su concepto de sabiduría, no ya antipático, sino incomprensible, y admitan que estos tres fueron hombres de bien. Pero ni eso siquiera harán: dirán que tal concepto no puede concederse más que al sabio. 18

4. Repite la expresión en el § 65. Leemos en el *Eclesiástico* (6, 17): «El que teme al Señor es fiel en la amistad, y como fiel lo es él, así será su amigo». En alguna parte, que no logro recordar, he leído que la amistad no puede residir en una persona mala, pues «la amistad es la unión de almas entre personas virtuosas, porque los malos tienen cómplices; los interesados, socios; los voluptuosos, compañeros de vicio; los ídolos, admiradores; los políticos, partidarios; los príncipes, cortesanos. Sólo los hombres buenos tienen amigos».

5. La partícula *neque* (y también la enclítica *—que*) puede tener valor adversativo después de una proposición negativa, como sucede aquí. Cf. mi *Gramática latina*, Sígueme, Salamanca, [6]1981, § 438, II.

6. Los estoicos, que ponen tan alto el concepto de virtud y de bondad que es inalcanzable para los hombres.

7. Cicerón no olvida nunca que la *uirtus* es la cualidad por excelencia del *uir*, de ahí su empeño por personificar el concepto moral de virtud en la *hombría* de bien de los grandes personajes de la historia de Roma. Sobre el distinto concepto de virtud en Cicerón y en Aristóteles, cf. M. L. Calboli, «Cicero and the division of virtue», en J. G. J. Abbenes, S. R. Slings y I. Sluiter (eds.), *Papers in honour of D. M. Schenkeveld*, Vrije Universiteit, Amsterdam, 1995, pp. 43-64.

8. Cayo Fabricio luchó contra los lucanos, contra los bruzos y contra Pirro (año 282). Cf. *Off.*, 3, 87; *Leg.*, 2, 58; *Senect.*, 15; 43; Liv., *Per.*, 11 y 13; Plin., *Nat.*, 34, 32.

9. Manio Curio *Dentado* triunfó sobre los samnitas y los sabinos en el año 290; sobre Pirro en 275 (Liv., 45, 38). Sometió a los pueblos rebeldes del sur de Italia (Liv., *Per.*, 11; *Senect.*, 15; 43; 55 s.).

10. Tiberio Coruncanio, de Túsculo (*Planc.*, 20), fue el primer pontífice máximo plebeyo, en el año 254 (cf. Liv., *Per.*, 18). Gran jurisconsulto, considerado como sabio (*Brut.*, 55; *De or.*, 3, 56; *Domo*, 139; *Senect.*, 15; 27; 43; Tac., *Ann.*, 11, 24). Estos antiguos romanos aquí citados no solamente fueron grandes hombres, sino también buenos amigos entre sí.

19 Hablemos, pues, como suele decirse, «a la pata la llana»[11]. Los que se comportan y viven de tal manera que se aprueba su fidelidad, su integridad, su ecuanimidad, su liberalidad[12]; que no se ve en ellos ninguna ambición, ni capricho, ni audacia; que son de una gran constancia, como lo fueron los que acabo de nombrar[13]... Pensemos que éstos, al igual que fueron reputados por hombres de bien, también deben ser llamados así, puesto que, en la medida de las posibilidades humanas, siguen a la naturaleza[14], que es la mejor guía de una vida recta.

Así, efectivamente, a mí me parece ver con claridad que es innato en nosotros el que, entre todos los seres humanos, haya algún tipo de sociedad, más estrecha, por otra parte, cuanto más próximos estemos unos de otros. En consecuencia, estamos más unidos a los conciudadanos que a los extranjeros, a los parientes que a los extraños. Con estos últimos, ciertamente, la naturaleza misma hizo nacer la amistad, pero no tiene la firmeza suficiente. Puesto que la amistad aventaja al parentesco en que entre parientes puede desaparecer el afecto; pero entre amigos, no; ya que, en desapareciendo el afecto, la amistad desaparece, pero el parentesco perma-
20 nece[15].

Cuánta sea, por otra parte, la importancia de la amistad, puede colegirse más que nada del hecho de que, de la inmensa sociedad del género humano, que la propia naturaleza congregó, la amistad es un

11. Es decir: «Dejémonos de sutilezas». El texto latino dice *pingui Minerua*, expresión utilizada para referirse a un trabajo burdo y tosco, por oposición a *tenui Minerua*, que, en el arte de hilar con la rueca y el huso, se aplica a un trabajo fino y delicado.

12. Según Cicerón (*Off.*, 2, 38), estas cuatro virtudes son las que constituyen la justicia, «única virtud por la que llamamos buenos a los hombres». Cf. *ibid.*, 1, 20.

13. *Quandoque bonus dormitat Homerus*, «De vez en cuando el bueno de Homero da una cabezada», dice el refrán (Hor., *A. P.*, 359). El período es tan largo y enredado, que hasta Cicerón pierde el hilo de la sintaxis y se queda colgado de un anacoluto que aquí, como en otras ocasiones, marcamos con unos puntos suspensivos.

14. *Senect.*, 4-5: «Si soléis admirar mi sabiduría, que ojalá fuera digna de vuestra opinión y de mi sobrenombre, soy sabio en que sigo y obedezco a la naturaleza como a la mejor guía». En eso consiste el mayor bien (*Off.*, 1, 20; *Leg.*, 1, 56).

15. «Hay amigos que sólo son para hacer compañía, pero los hay más afectos que hermanos» (Vulg., *Prou.*, 18, 24). «No dejes al amigo ni al amigo de tu padre, y no tendrás que ir a casa de tu hermano el día de la desventura. Mejor es vecino cercano que hermano lejano» (*ibid.*, 27, 10). Dice nuestro refrán: «Más vale un amigo que cien parientes». O también: «Más vale un amigo que pariente ni primo».

vínculo tan restringido y reducido a límites tan estrechos, que en ella todo el afecto se cierra entre dos o pocos más[16].

16. Entre los tratadistas antiguos es un lugar común la dificultad de mantener una verdadera amistad entre más de dos personas. A este tópico dedica Plutarco uno de sus opúsculos de las *Moralia*, Περὶ πολυφιλίας = *De amicorum multitudine*, «Sobre la abundancia de amigos» (cf. *Moralia*, 93a-97b; cf. *etiam* Arist., *EN*, 9, 10. Y, cohonestando teoría y práctica, al igual que Lelio tuvo a Escipión, el propio Cicerón, hombre de amplias relaciones sociales, no tuvo más que un verdadero amigo, al que va dedicado este libro: Tito Pomponio Ático. Por otro lado, dicen nuestros proverbios: «Amigo de todos y amigo de ninguno, todo es uno»; «Conocidos muchos, amigos pocos»; «Muchos amigos en general y uno en especial»; «Amigos, pocos y buenos». Ya aconsejaba el *Eclesiástico* (6, 6): «Si tuvieres muchos amigos, uno entre mil sea tu consejero».

Capítulo VI

[DEFINICIÓN Y EXCELENCIA DE LA AMISTAD]

La amistad, sin duda, no es ninguna otra cosa más que un común sentir en las cosas divinas y humanas, unido con una benevolencia llena de amor[1]. En verdad que no sé yo si los dioses inmortales habrán dado a los humanos alguna otra cosa mejor que ella[2], exceptuando la sabiduría[3]. Unos le anteponen las riquezas, otros la buena salud, otros el poder, otros los honores y muchos, incluso, los placeres. Esto último, evidentemente, es propio de las bestias[4] y, a su vez, todos los anteriores son bienes perecederos e inseguros, basados no tanto en nuestras decisiones cuanto en el capricho de la inconstante fortuna. En cambio, los que ponen el sumo bien en la virtud piensan desde luego muy brillantemente[5], pero esta misma

1. San Agustín copia esta definición calificándola de «rectísima y santísima» (*Acad.*, 3, 6, 13) y «la más verdadera» (*Ep.*, 258, 1). Santo Tomás de Aquino (*Sum. Theol.*, 1-2, 65, 5) la define: «La amistad es el amor de la benevolencia, fundado sobre alguna comunicación». Y el *Diccionario de la Real Academia* (= *DRAE*), (*s. v.* «amistad», § 1: «Afecto personal, puro y desinteresado, ordinariamente recíproco, que nace y se fortalece con el trato».

2. Cf. *Am.*, 47; 104. Vulg., *Eccli.*, 6, 15: «Nada vale tanto como un fiel amigo; su precio es incalculable»; *ibid.*, 25, 12: «Feliz quien halló un buen amigo». Y nuestro proverbio: «Si un amigo entre mil hallado fuere, sobre todo tesoro es de guardar».

3. La sabiduría «es la madre de todas las cosas buenas»; por tanto, también de la amistad. Cf. *Leg.*, 1, 58; *Off.*, 1, 55- 56; 58; 2, 5; *Tusc.*, 5, 7.

4. Cf. *Par.*, 14.

5. Alude a los seguidores de Platón, (neo)académicos, y de Aristóteles, peripatéticos.

virtud genera y mantiene la amistad, y sin virtud no puede haber amistad bajo ningún concepto[6].

Interpretemos, pues, la virtud según los usos corrientes de la vida 21
y de nuestro propio lenguaje, y no la midamos, como algunos doctos, por la magnificencia de las palabras[7]. Y contemos entre los hombres de bien a los que son tenidos por tales: los Paulos, los Catones, los Galos, los Escipiones, los Filos. Nuestra vida ordinaria se da por contenta con ellos. Hagamos, en cambio, caso omiso de aquellos que no se encuentran absolutamente en ninguna parte.

Así, pues, entre varones semejantes la amistad tiene ventajas tan 22
grandes que difícilmente las puedo decir. En primer lugar, ¿cómo puede haber una vida «vital», como dice Ennio[8], que no descanse en la mutua benevolencia del amigo? ¿Qué más dulce que tener con quien poder hablarlo todo como con uno mismo[9]? ¿Cómo podrían resultar agradables los frutos de la prosperidad, si no tuviéramos a alguien que pudiera disfrutar de ellos igual que nosotros mismos? Difícil sería, por otra parte, el soportar las adversidades sin uno que las sintiese aún más vivamente que nosotros. Finalmente, los demás objetivos que se pretenden son cosas adecuadas cada una casi para una sola cosa: las riquezas, para gastarlas; las influencias, para ser atendidos; los honores, para recibir elogios; los placeres, para gozarlos; la salud, para no tener ninguna dolencia y poder realizar las funciones de nuestro cuerpo. En cambio, la amistad contiene muchísimas cosas[10]: a donde quiera que nos volvamos, ahí la tenemos dispuesta a ayudarnos; de ningún lugar se excluye, nunca es intempestiva[11], nunca es molesta. Así, pues, no hacemos uso «del agua y

6. *Off.*, 1, 46: «Pienso que no debe menospreciarse al hombre que la posee [una cierta virtud] y con tanto mayor cuidado se debe cultivar el trato de una persona cuanto más brillan en ella estas suaves virtudes de la moderación, la templanza y esta misma de la que tanto se ha dicho, la justicia [...] Las virtudes que acabamos de enumerar convienen perfectamente a un hombre de bien».

7. Los estoicos, que tanto más inflaban su expresión cuanto más hueros iban de ideas.

8. Enn., *Inc.*, 17. Cicerón cita siempre muy a gusto a Quinto Ennio, el poeta nacional de Roma, precursor de Virgilio, amigo de los hombres más ilustres de su tiempo, autor de tragedias y comedias y de un gran poema épico en 12 libros, *Annales,* en que canta las gestas de Roma desde su fundación hasta su tiempo. Llegó a Roma desde su Rudias natal (Calabria) llevado por Catón en el 239. Murió en el 169, veinte años antes que el propio Catón.

9. Dicen nuestras sentencias: «Entre amigos no hay secretos»; «Entre amigos todas las cosas son de suyo comunes». Cf. Sen., *Ep.*, 3 (la carta entera).

10. Cf. *infra,* § 84.

11. Dice Plauto (*Merc.*, 287 s.): «Aunque tengo mucho trabajo, Demifo, si quie-

del fuego»[12], como dicen, con más frecuencia que de la amistad. Y no estoy hablando yo ahora de la amistad corriente y moliente, que, sin embargo, también tiene ella su encanto y su provecho. Estoy hablando de la verdadera y perfecta amistad, como fue la de esos que en tan escaso número gozan de renombre[13]. Pues la amistad lo mismo hace más espléndidas las prosperidades que, repartiendo y comunicando las adversidades, las hace más llevaderas[14].

res algo de mí, nunca estoy ocupado para atender a un amigo». La misma idea en boca de Catón, que, con ochenta y tres años cumplidos, presume: «Hasta ahora, nunca he estado ocupado para nadie que haya querido verme» (*Senect.*, 32).

12. Por un reflejo atávico de la mentalidad primitiva, el disfrute en común del agua y el fuego era para la mentalidad romana la base de la comunidad familiar, como símbolo de la satisfacción de las necesidades vitales más elementales. De ahí la fórmula legal del destierro: *Aqua et igni interdicere*, «prohibir el agua y el fuego», que equivale a «expulsar a alguien del seno del grupo».

13. Cf., *supra*, § 15, n. 16.

14. Dice san Isidoro (*Sent.*, 3, 28. 4): «La amistad, así como hace más agradables las prosperidades, así por la participación templa las adversidades y las hace más llevaderas, porque, cuando en la tribulación se une el consuelo del amigo, ni se quebranta el ánimo ni se le deja abatirse». Y la sagrada Escritura (*Prou.*, 27, 9): «El alma se endulza con los buenos consejos del amigo».

Capítulo VII

[VENTAJAS QUE TRAE CONSIGO LA AMISTAD]

Como quiera que la amistad trae consigo tantísimas y tan grandes 23
ventajas, hay una que seguramente es la mayor de todas: que hace concebir buenas esperanzas para el porvenir y no deja que desfallezca o decaiga nuestro ánimo. Así, el que contempla a un buen amigo, contempla, por así decirlo, una especie de retrato de sí mismo. Como consecuencia de ello, hasta los ausentes están presentes, hasta los necesitados tienen de sobra, hasta los débiles se sienten vigorosos y, lo que resulta más difícil de decir, hasta los muertos están vivos: tanto es el honor, el recuerdo, la añoranza que sus amigos les siguen dedicando[1]. De ahí que la muerte de aquéllos parezca afortunada, y la vida de éstos, digna de encomio. Ahora bien, si a la naturaleza se le quita el vínculo del afecto, no hay casa ni ciudad alguna que pueda mantenerse en pie; ni siquiera la agricultura subsistirá. Si no se entiende suficientemente cuánta sea la importancia de la amistad y de la concordia, puede como tocarse con la mano por los efectos de las disensiones y de las discordias. ¿Pues qué familia hay tan estable, qué ciudad tan firme, que no pueda venirse abajo hasta sus cimientos por culpa de los odios y de las discordias[2]? Por esto puede juzgarse cuánto de bueno hay en la amistad.

1. Dice Marcial (8, 28) que una buena prueba de amistad es honrar la memoria del amigo cuando ya está muerto, cuando ya ningún bien material puede esperarse de él. Y Séneca (*Ep.*, 63, 7): «Me es muy dulce y acariciador el pensamiento de mis amigos difuntos, pues los tuve como quien los tenía que perder y los perdí como si aún los tuviera conmigo». Y nuevamente Séneca (*Ep.*, 79, 17: «En nada nos afectará la opinión de nuestros sucesores, sin embargo nos honrarán y nos acompañarán aunque no lo sintamos».

2. Sall., *Iug.*, 10, 6: «Con la concordia se afianzan y crecen los Estados peque-

24 Cuentan que un ciudadano de Agrigento, docto varón[3], cantó en versos griegos, como en trance, que la amistad atrae todo lo que está firme y todo lo que se mueve en la naturaleza y en el universo entero y que la discordia lo disipa. Y esto, desde luego, cualquier mortal no sólo lo entiende, sino que lo comprueba por los hechos.

Y así, si alguna vez se ha puesto de manifiesto la abnegación de un amigo, tanto si se enfrenta al peligro en solitario como si lo comparte con el otro, ¿quién hay que no lo ensalce con las mayores alabanzas[4]? ¡Qué ovaciones por todo el graderío, recientemente, en el estreno de la tragedia de mi huésped y amigo Marco Pacuvio[5]! Cuando, al no saber el rey cuál de los dos era Orestes, Pílades le decía que Orestes era él, para que lo matara en el puesto de aquél, y Orestes por su parte persistía en afirmar que Orestes era él[6]. Pues-

ños; con la discordia se destruyen los más grandes». Según Séneca (*Ep.*, 94, 46), este pensamiento había influido mucho en Agripa, el ministro y yerno de Augusto. Y Cicerón está pensando, sin duda, en la gran tragedia de su vida, que no es otra que la guerra civil, calamidad que sus mayores no sufrieron ni una sola vez, pero de la que no puede decir lo mismo su propia generación (*Fam.*, 4, 9, 3). Hasta cinco conflictos civiles de extrema gravedad cita Cicerón como vividos por sus coetáneos en el espacio de 50 años (cf. *Phil.*, 5, 17; 8, 7 s.). Y, de haber vivido diez u once años más, como su amigo Ático, todavía hubiera visto Filipos, Perusa, Nauloco y se habría quedado a las puertas de Accio.

3. Empédocles, del siglo V a. C. En atención a sus virtudes le ofrecían el gobierno de su ciudad, pero él prefirió permanecer en la vida privada para dedicarse enteramente a la filosofía. En su poema *Sobre la naturaleza* pone los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego) y dice que, asociándose entre sí por efecto del amor (concordia) y disociándose por el odio (discordia), forman todas las cosas.

4. Hay que compartir las desgracias de los amigos (Mart., 7, 44 y 45). Dice el refranero: «Aquel es buen amigo, que te quita el ruido», es decir, que te evita los disgustos; «El amigo leal al bien y al mal se para», esto es, está dispuesto a todo por el amigo. El amigo sale al atajo de los peligros del otro para librarlo de ellos: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Vulg., *Ioh.*, 15, 13); «Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentra halla un tesoro» (*Eccli.*, 6, 14); «El que menosprecia el peligro por el amigo, es justo» (*Prov.*, 12, 26); «No me avergonzaré de defender al amigo, ni me ocultaré de él» (*Eccli.*, 22, 31); «El buen amigo lucha al lado de su amigo y embraza el escudo contra el enemigo» (*Eccli.*, 37, 5). Por eso dice otro refrán: «Más vale amigo en apuro que dinero en el puño».

5. Marco Pacuvio (220-130 a. C.) era sobrino de Ennio y gran amigo de Paulo Emilio, por cuya amistad se trasladó a Roma desde su Tarento natal y estuvo muy vinculado con el círculo de los Escipiones. Escribió sólo tragedias, entre ellas *Paulus*, una *praetexta* en la que el vencedor de Pidna quedaba revestido de la grandeza de los grandes héroes míticos. De su obra sólo tenemos fragmentos.

6. Pacuv., *Dulor.*, 163-166 Warm.; cf. *Chryses*, frg. 100 Warm., donde parece que Toas, el rey, ha podido distinguir por fin quién es Orestes: «He averiguado, según creo, cuál de los dos es Orestes». Cf. *Fin.*, 2, 79; 5, 63; Mart., 6, 11 y 18.

tos en pie, aplaudían una pura ficción escénica. ¿Qué pensamos que habrían hecho ante una acción verdadera? Fácilmente mostraba la naturaleza misma su propia fuerza, puesto que la gente, viendo en la persona de otro lo que ellos mismos no podían hacer, juzgaba que estaba bien hecho[7].

De momento, me parece que he sido capaz de deciros qué es lo 25
que pienso sobre la amistad. Si queda algo por decir —y creo que queda mucho—, preguntadlo, si os parece, a los que debaten esas cuestiones.

25. FANIO: Pero nosotros preferimos oírtelo a ti. Aunque también se lo he preguntado a ésos más de una vez y los he escuchado, no sin gusto, por cierto; pero el hilo de tu discurso tiene un algo diferente.

ESCÉVOLA: Con cuánta mayor razón lo dirías, Fanio, si hubieras estado hace unos días en los jardines de Escipión cuando el debate de la República. ¡Qué abogado tuvo la justicia frente a un discurso de Filo preparado con todo esmero[8]!

FANIO: Cosa fácil fue, desde luego, para un hombre justísimo defender la justicia.

ESCÉVOLA: Y defender la amistad, ¿qué? ¿Es que no es fácil para quien ha recibido la máxima gloria por haberla guardado con la mayor fidelidad, constancia y justicia?

7. Sobre la utilización que hace Cicerón del teatro como recurso didáctico, cf. M. Monbrun, «Cicéron et le théâtre tragique»: *Théâtre et cité [Séminaire du CRATA 1992-1994]* Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1994, pp. 73-85; A. Traglia, «Pacuvio nella critica storico-letteraria di Cicerone»: *Ciceroniana* 5 (1984), pp. 55-67.

8. En el *De republica* se le encomienda a Filo que exponga la doctrina de Carnéades contra la justicia y lo hace muy elocuentemente; pero luego Lelio lo rebate. *Rep.*, 3, 8-31 (Filo) y 42-47 (Lelio). Cf. mi *Héroe de la libertad*, vol. II, pp. 107-112.

Capítulo VIII

[ORIGEN DE LA AMISTAD]

26 LELIO: En verdad que esto es ya hacer violencia. Pues ¿qué importa con qué medios me obliguéis? Lo cierto es que me estáis obligando. Porque resistirse a los vivos deseos de los yernos, sobre todo en un asunto bueno de por sí, no sólo resulta difícil, sino que tampoco es justo.

Así, pues, pensando yo muchísimas veces sobre la amistad[1], suele parecerme que debe considerarse con toda atención si es que la amistad se busca por la natural debilidad y por la necesidad de las personas, de suerte que, prestando y recuperando servicios, cada cual reciba del otro, y a su vez le devuelva, lo que por sí mismo no podría conseguir. O si es que esto sería, por supuesto, propio de la amistad, pero su causa sería otra, anterior y más noble y más derivada de la naturaleza misma. Sin duda el amor, del que recibe su nombre la amistad[2], es el elemento principal en la conjunción de la benevolencia. Porque, evidentemente, las utilidades suelen percibirlas también quienes se tratan con simulada amistad y se respetan se-

1. Ésta es una fórmula que Cicerón emplea otras veces en los exordios de sus tratados: *Cogitanti mihi saepenumero* (*De or.*, 1, 1); *quaerenti mihi multum et diu cogitanti* (*Diu.*, 2, 1).

2. *Fin.*, 2, 78: «¿Qué lugar puede tener la amistad, o quién puede ser amigo de alguien a quien no ame por él mismo? Porque ¿qué es *amar*, de donde procede la palabra amistad, sino querer ver a uno provisto de los mayores bienes, aunque nada de ellos revierta hacia sí?». Cf. Mart., 6, 11, y Sen., *Ep.*, 9, 6: «¿Preguntas cómo podrá uno hacerse amigo de otro? [...] Dice Hecatón: "Yo te enseñaré una receta para hacerte amar, sin drogas y sin hierbas y sin encantamientos de brujas: 'Si quieres ser amado, ama'"».

gún lo exigen las circunstancias[3]. En cambio, en la amistad no hay nada fingido, ni nada simulado, sino que todo cuanto hay en ella es verdadero y voluntario[4].

Razón por la cual me parece que la amistad es más bien hija de la naturaleza que de la indigencia, y más de la aplicación del alma con cierto sentimiento de amor que del pensamiento de qué utilidades podría ella reportar. Y cuál sea la naturaleza de este afecto puede advertirse incluso en algunos animales, que durante un tiempo aman a sus hijos y son amados por ellos de tal forma que fácilmente se echa de ver el sentido que tienen del amor[5]. Esto es mucho más evidente en el ser humano. Primeramente, por ese cariño que hay entre padres e hijos, que no puede destruirse sin cometer un execrable delito. En segundo lugar, cuando surge un sentimiento semejante al amor, en caso de que hayamos encontrado a alguien con cuyas costumbres y carácter congeniamos porque nos parece ver en él cierto resplandor de la honradez y de la virtud. 27

Pues no hay cosa más digna de ser amada que la virtud, nada que más mueva a ser amado: tan cierto como que, debido a su virtud y a su honradez, amamos en cierta manera incluso a quienes no hemos visto nunca. ¿Quién hay que, al hacer memoria de Cayo Fabricio, de Manio Curio[6], no sienta un cierto cariño y benevolencia, sin haberlos visto nunca? Y, al contrario, ¿quién hay que no odie a Tarquinio *el Soberbio*[7], quién a Espurio Casio[8], a Espurio Melio[9]? Con dos 28

3. Como sucede entre los políticos, *Att.*, 1, 18, 1.

4. Como dice el refrán: «Cuanto más amigos, más claridad».

5. Cf. *Off.*, 1, 11.

6. Cayo Fabricio Luscino, cónsul en los años 282 y 278; Manio Curio *Dentado*, cónsul en los años 290, 275 y 274. Grandes personajes que cita muchas veces Cicerón como modelos de vida romana. Cf., *supra,* § 18, nn. 8 y 9.

7. El último rey de Roma (534-510), cuyo despotismo, además de granjearle el sobrenombre de *Soberbio,* provocó la caída de la monarquía e hizo de él uno de los personajes más odiosos de la historia romana y, por él, fueron no menos odiosas para los romanos palabras como «rey» (*rex*) o «reino» (*regnum*) y todas las de su familia. Cf., *infra,* § 41, n. 4. Cf. *etiam* Liv., 1, 49.

8. Espurio Casio Vecelino, cónsul en los años 502, 493 y 486. En su tercer consulado propuso una ley agraria suscitando con ella el odio de los patricios, que lo acusaron de que aspiraba a la tiranía, lo condenaron a muerte, arrojaron su cadáver al Tíber y demolieron su casa para convertir el solar en una gran plaza delante del templo de la diosa *Tellus,* la Tierra.

9. Durante una gran carestía importó trigo de Etruria con el que hizo grandes donaciones. Ídolo de la plebe, en el 440 cayó en sospechas de los patricios y fue muerto por orden del dictador Lucio Quincio Cincinato, que lo había citado ante su tribunal y Melio se negó a acudir. Fue condenado en rebeldía.

caudillos hemos tenido guerras en Italia por la soberanía universal: Pirro y Aníbal. Hacia el primero, por su honradez[10], no tenemos nuestros ánimos demasiado mal dispuestos; al segundo[11], por su crueldad, siempre lo odiará nuestro pueblo.

10. Después de la batalla de Heraclea dejó libres a los prisioneros sin rescate alguno. Cf. Enn., *Ann.,* 6, 186-93 Warm.; *Off.,* 1, 38; Serv., *Aen.,* 10, 532; 12, 709.

11. Aníbal es presentado siempre por los romanos como despiadado, cruel, falaz e impío con los dioses. Cf. Liv., 21, 4, 9; 22, 59, 14. A estos dos grandes generales los opone de nuevo Cicerón en *Off.,* 1, 38. Cf. *etiam* G. Devallet, «*Perfidia plus quam punica*: l'image des Carthaginois dans la littérature latine, de la fin de la République à l'époque des Flaviens», en *Lalies. Actes des sessions de linguistique et de littérature, 17 (Aussois, 2-7 sept. 1996)*, Presses de l'École Normale Supérieure, París, 1997, pp. 17-28.

Capítulo IX

[LA AMISTAD SURGE DE LA NATURALEZA, NO DE LA NECESIDAD]

Y si tan grande es la fuerza de la honradez que la amamos aun en aquellos a los que nunca hemos visto o, lo que es más, incluso en un enemigo, ¿qué tiene de extraño que a los hombres se les llene el alma de emoción cuando les parece descubrir la virtud y la bondad de aquellos con quienes pueden estar unidos por el trato diario? Aunque el amor se fortalece tanto por el beneficio recibido como por la percepción de un afectuoso interés y por el roce que conlleva[1]. Añadido todo esto a aquella primera emoción del corazón y del amor, es como si nos enardeciera la admirable grandeza de la benevolencia. Y si algunos piensan que ésta nace de la flaqueza[2], para tener alguien por cuyo medio poder conseguir lo que cada cual eche 29

1. Cf. la definición tomista de la amistad, *supra,* capítulo VI, n. 1, a la que puede añadirse este nuevo pensamiento del *Aquinate* (*Sum. Theol.,* 1-2, 28, 1): «La amistad verdadera mueve el deseo de ver al amigo y de gozarse con su conversación». Cf. *etiam* Sen., *Ep.,* 48, 2: «Mi interés y el tuyo es uno mismo, porque yo no sería amigo, si lo que a ti te afecta no fuera también mío. La amistad establece entre nosotros una comunidad de bienes, ninguna prosperidad ni adversidad nos afecta a uno solo de los dos, puesto que tenemos una misma vida».

2. Vuelve a rechazar el parecer de aquellos que hacen brotar la amistad de la utilidad; cf., *supra,* § 27. Aristóteles distinguía la verdadera amistad surgida de la virtud, que es muy distinta de las otras dos especies de amistad, que brotan la una de la utilidad y la otra del placer (Arist., *EN,* 8, 2), pero estas dos últimas no pueden ser durables (*ibid.,* 8, 3), aunque algunos filósofos pusieron el fundamento de la amistad en la utilidad y en el placer. Dice santo Tomás de Aquino en conformidad con Aristóteles: «Hay dos clases de amistad, según los fines, que son de tres clases: la amistad de lo honesto, de lo útil y del placer» (*Sum. Theol.,* 2-2, 23, 1) y «a la amistad útil y deleitable le falta la razón de la verdadera amistad, porque se ve arrastrada al amor de la concupiscencia» (*ibid.,* 1-2, 26, 4).

en falta, verdaderamente dejan a la amistad un origen humilde y, por así decirlo, de estirpe nada noble, al quererla hija de la falta de medios y de la indigencia. Pero en este caso, cuantas menos fuerzas creyese tener cada uno dentro de sí, tanto más apto sería para la amistad, cosa que está muy lejos de ser así.

30 Porque cuanto más confía cada cual en sí mismo, y cuanto mejor dotado está cada uno de virtud y de sabiduría, hasta el punto de no necesitar de nadie y juzgar que todas sus cosas las tiene puestas en sí mismo[3], tanto más sobresale en la búsqueda y en el cultivo de las amistades. ¿Pues qué? ¿Tenía *el Africano* necesidad de mí? Ni lo más mínimo, ¡por Hércules! Ni yo tampoco de él. Pero yo lo quise por una especie de admiración de su virtud y él, a su vez, a mí por el concepto, quizás no del todo desfavorable, que tenía sobre mi manera de ser. El trato asiduo aumentó el cariño. Pero aunque después vinieron muchas y grandes utilidades, las causas de nuestro afecto no surgieron de la esperanza de conseguirlas[4].

31 Pues igual que somos benéficos y generosos, tanto que no exigimos el agradecimiento —pues no hacemos usura con el beneficio, sino que somos propensos por naturaleza hacia la liberalidad—, así también pensamos que la amistad debemos buscarla llevados no por la esperanza de los réditos, sino porque todo su fruto reside precisamente en el amor[5].

32 Discrepan profundamente de estas ideas los que, a la manera de los brutos, todo lo refieren a los placeres[6]. Y no es de extrañar, pues no pueden alzar sus ojos a nada elevado, a nada magnífico ni divi-

3. Alusión a la célebre máxima atribuida a Bías de Pirene, uno de los Siete Sabios: «Llevo conmigo todo lo mío» (*omnia mecum porto mea*). Cf. *Par.*, 8; Sen., *Ep.*, 9, 18. Cf. *etiam, supra*, § 7, n. 9.

4. Cf., *infra,* § 51. La amistad ha de buscarse por sí misma. En la amistad ha de suceder como en el amor: los enamorados no buscan el lucro, la ambición, ni la gloria. Es el mismo amor el que enardece sus almas con la esperanza de una apreciación mutua (Sen., *Ep.,* 9, 11). «—¿Es la amistad deseable por sí misma? —Sí, incluso para el que es feliz en sí mismo. — ¿Y cómo se acerca a ella? —Como a la cosa más bella, sin que le seduzca la ganancia, ni le aterre la veleidad de la fortuna. Quita de la amistad su mayor grandeza quien la busca para las ocasiones favorables» (*ibid.,* 12). Sobre este lugar de Cicerón, cf. un comentario en Gell., 17, 5.

5. Dice Cicerón a Apio Pulcro (*Fam.,* 3, 13, 2) que de su amistad no busca más provecho que la amistad misma. Y san Ambrosio dice: «La amistad es una virtud, no una usura, porque no se consigue con dinero sino con amor [...] Mejores son muchas veces las amistades de los pobres que las de los ricos. Los ricos carecen muchas veces de amigos, y los pobres tienen muchos» (Ambr., *Off.,* 3, 133-134). Cf. *Fin.*, 2, 78.

6. Nueva crítica a los epicúreos.

no, quienes han rebajado todos sus pensamientos hasta un objeto tan bajo y tan despreciable. Por consiguiente, apartemos de verdad a éstos de nuestra conversación[7], y nosotros, por nuestra parte, pensemos que el sentimiento del amor y el cariño del afecto se producen naturalmente ante la primera señal de honradez. Los que la apetecen se arriman y se aproximan más y más para disfrutar del trato y de las cualidades de ese por el que han empezado a sentir cariño, y para equipararse en este amor y ser iguales y más propensos a servir al amigo que a servirse de él[8] y para que haya entre ellos esta generosa competencia. De este modo, no sólo se cosecharán de la amistad grandísimas utilidades, sino que su origen a partir de la naturaleza será de más peso y más verdadero que a partir de la debilidad. Porque si las amistades las consolidara la utilidad, en cambiando, ella misma las separaría[9]; pero como la naturaleza no puede cambiarse, por eso mismo las verdaderas amistades son imperecederas[10].

Pues ya estáis viendo el origen de la amistad, a menos que quizás queráis añadir a ello alguna otra cosa.

FANIO: Muy bien, Lelio, continúa; pues, como mayor en edad, en uso de mi derecho, te contesto yo por éste.

ESCÉVOLA: Bien hecho. Así que oigamos [a Lelio]. 33

7. Según *Fin.*, 2, 82, Epicuro decía «que la amistad es inseparable del placer, y que la causa por la que debemos cultivarla es porque sin ella no es posible vivir en seguridad y sin inquietud y, por tanto, sin ella no se logra pasar la vida agradablemente».

8. Sen., *Ben.*, 2, 15, 1: «El sumo de la amistad consiste en elevar al amigo hasta hacerlo igual a nosotros».

9. *Fin.*, 2, 78: «—Pero yo busco la utilidad. —Entonces la amistad durará mientras saques utilidad de ella, y si la utilidad constituye la esencia de la amistad, la utilidad la hará desaparecer».

10. Dice el proverbio: «Amistades que son ciertas, nada las puede turbar»; «El amigo ama en todo tiempo, es un hermano para el tiempo de la desventura» (Vulg., *Prou.*, 17, 17).

Capítulo X

[LA AMISTAD ESTÁ EXPUESTA A MUCHOS PELIGROS]

LELIO: Oíd, pues, ínclitos varones, lo que muy a menudo solíamos debatir entre Escipión y yo sobre la amistad[1]. Aunque, por cierto, él aseguraba que no hay cosa más difícil que conservar la amistad hasta el último momento de la vida. Porque sucede con frecuencia que o bien no les conviene a los dos una misma cosa, o bien no piensan lo mismo sobre el gobierno del Estado. Y también decía muchas veces que a la gente le cambia el carácter, en unos casos por las contrariedades de la vida y en otros por achaques de la edad. Y, por comparación con los primeros años de la vida, ponía como ejemplo de estos cambios que los niños, las más de las veces, dejan sus más grandes amores junto con la toga pretexta[2].

34 Pero que, por otra parte, aunque los prolonguen hasta la juventud, no obstante a veces se rompen por la competencia de aspirar ambos al mismo matrimonio o a cualquier otro provecho imposible de conseguir por los dos a un tiempo. Y [decía también] que aunque algunos hayan llevado más lejos su amistad, sin embargo, ésta llega en muchas ocasiones a naufragar si coinciden en el empeño por conseguir un mismo cargo. Porque, añadía, no hay peste mayor para las amistades que, entre la gran mayoría, la codicia del dinero y, entre la élite, la lucha por la consecución de un cargo o de la gloria. Y que,

1. Parece pura ficción literaria que Escipión y Lelio dedicaran sus ocios a teorizar sobre la amistad, aunque en la práctica fueran amigos entrañables.

2. La toga pretexta y la bula infantil se dejaban entre los 16 y 17 años, para tomar la toga viril, pasando así de la niñez a la mayoría de edad. Cf. *Vrbs Roma,* vol. I, pp. 185, 189, 207.

de resultas de esto, surgen con frecuencia gravísimas enemistades entre los más amigos[3].

[Decía] que también se producen grandes rompimientos, y por lo 35
común justos, cuando se solicita a los amigos lo que no es debido; como, por ejemplo, que sean servidores de una pasión libidinosa, o cooperadores de alguna injusticia. Que quienes lo rehúsan, aunque lo hacen con toda honestidad, se ven acusados de faltar a las leyes de la amistad por aquellos a los que no quieren satisfacer. Y que, a su vez, quienes se atreven a solicitar de un amigo cualquier cosa, manifiestan en el acto mismo de la solicitud que ellos harían cualquier cosa por un amigo[4]. Que por esas quejas no sólo suelen apagarse antiguas amistades, sino que además se encienden odios de por vida. Y agregaba, por fin, que las amistades se ven amenazadas, por así decirlo, de tantas fatalidades que lograr evitarlas todas le parecía no sólo fruto de la prudencia, sino también de la buena suerte.

3. Dice Marcial (8, 18, 10 s.): «Muchos amigos te darán oro, riquezas y fincas; pero raro será el que quiera sacrificarte la gloria de su ingenio».

4. Dice el refrán: «Por un amigo se llega hasta las puertas del infierno». Recuérdese el caso de Teseo y Piritoo. Cf., *supra*, Presentación, nn. 4-5.

Capítulo XI

[LO QUE PUEDEN PEDIRSE Y CONCEDERSE LOS AMIGOS ENTRE SÍ]

36 Por todo ello, veamos en primer lugar, si os parece, hasta dónde debe llegar el amor dentro de la amistad. ¿Podemos decir acaso si es que si Coriolano tuvo amigos, que debieron ellos levantarse también en armas contra la patria junto con Coriolano[1]? ¿Acaso debieron sus amigos ayudar a un Vecelino, que apetecía conseguir el reino? ¿Acaso, a un Melio[2]?

37 Ciertamente, a Tiberio Graco, que iba a destrozar la patria, lo veíamos totalmente abandonado por Quinto Tuberón y por otros amigos de su edad[3]. Por el contrario, Cayo Blosio de Cumas[4], hués-

1. Gneo Marcio Coriolano (*fl.* 494-491 a.C.) tuvo un período de buen ciudadano en Roma, por lo cual podía tener amigos en la ciudad. Luego, empeñado en pasar los derechos políticos a la plebe, fue citado a juicio y, lejos de someterse, se escapó a los volscos, los levantó contra Roma y los condujo contra la ciudad, de cuyo asedio no pudieron apartarlo más que las súplicas de su madre y de su esposa. Cf. Liv., 2, 34 s.; Val. Max., 1, 8, 4; Gell., 17, 21, 11. Se discute si murió de viejo entre los volscos o si se dio muerte él mismo. Cf. Liv., 2, 40; *Brut.*, 42.

2. De estos malos ciudadanos ya se ha hablado más arriba. Cf. § 28, nn. 8-9.

3. Tiberio Sempronio Graco, nieto del *Africano Mayor*, elegido tribuno de la plebe en el 134, quizás llevaba buenas intenciones, pero separó lastimosamente las clases sociales de Roma, ya para siempre. Sucumbió en una reacción violenta de los patricios. Cuando se enteró de su muerte su primo y cuñado Escipión, dijo repitiendo un verso de Homero: «Perezcan así todos los que obren de esa manera».

Quinto Elio Tuberón, hijo de una hermana del *Africano Menor*, por tanto nieto de Paulo Emilio, hombre recto y frugal, fue el máximo opositor frente a las demagogias de Tiberio Graco. Val. Max., 4, 4, 9; *Fin.*, 4, 23; *Tusc.*, 4, 4.

4. Parece que este filósofo estoico fue uno de los primeros instigadores de Tiberio Graco y, ciertamente, una vez que murió éste, continuó él la lucha de la demagogia. Cf. *Agr.*, 2, 93.

ped de vuestra familia, Escévola, habiendo venido a mi casa en plan de súplica, dado que yo asistía en el consejo a los cónsules Lenas y Rupilio[5], aducía para que lo perdonase, como causa eximente, que consideraba tanto a Tiberio Graco, que pensaba que tenía que hacer cuanto él quisiera. Y a esto le pregunté yo:

—¿Incluso si quería que le pegaras fuego al Capitolio?

—Jamás me hubiera ordenado él tal cosa —me respondió.

—¿Y si te lo hubiera ordenado?

—Le hubiera obedecido.

¡Ya veis qué respuesta tan abominable! Y, por Hércules, que así lo hizo e, incluso, aún más de lo que dijo. En efecto, no solamente obedeció la temeridad de Tiberio Graco, sino que se puso al frente. Y no se le ofreció como compañero de aquella locura[6], sino como jefe. Así, pues, en su demencia, aterrorizado ante aquella nuca vista investigación judicial, escapó al Asia, y se pasó a los enemigos de Roma[7], donde pagó a la República sus grandes y merecidas penas. En nada excusa, pues, de una mala acción el haberla realizado por un amigo. Pues evidentemente, dado que lo que concilia las amistades es el aprecio que se hace de la virtud, es difícil que subsista la amistad si se aparta uno de la virtud[8].

Y si establecemos como cosa justa tanto el conceder a los amigos lo que quieren, como el conseguir de ellos lo que queremos, vivimos, desde luego, conforme a una perfecta sabiduría, con tal de que esta condescendencia no conlleve vicio alguno; pero estamos hablando de esos amigos que tenemos delante de nuestros ojos, que los estamos viendo, o de aquellos de los que hemos oído hablar a nuestros mayores, los que nos da a conocer la vida común. De entre éstos hemos de sacar nosotros los ejemplos y sobre todo, desde luego, de aquellos que más se acercan a la sabiduría. 38

5. En el año 132 los cónsules Publio Popilio Lenas y Publio Rupilio abrieron un proceso extraordinario para juzgar a los cómplices de Graco y llamaron a Lelio para formar parte del tribunal, en el que prestó un servicio espléndido, como nos dice Val. Max., 4, 7, 1. Blosio, antes de huir de Roma, quiso conseguir el perdón por medio de Lelio, no de Escipión *Násica*, como dice Plutarco (*Ti. Grac.*, 20).

6. Cf. A. Taldone, «Su *insania* e *furor* in Cicerone»: BStudLat 23 (1993), pp. 3-19.

7. A la corte de Aristónico, hijo del rey Eumenes de Pérgamo. Pero cuando éste fue vencido por Roma en el año 126, Blosio se suicidó para no caer en manos de los romanos.

8. «Si tu amigo, aunque lo quisieras como a tu propia alma, te incitare en secreto diciendo: "Vamos a servir a otros dioses", no asientas, ni le escuches, ni tenga tu ojo piedad con él» (Vulg., *Deut.*, 13, 6-8).

39 Vemos que Papo Emilio —así se lo hemos oído a nuestros padres— fue amigo último de Luscino[9], cónsules por dos veces de consuno, colegas en la censura. Y también dice la tradición que Manio Curio y Tiberio Coruncanio[10] estuvieron íntimamente unidos a ellos y entre sí. Por consiguiente, no podemos siquiera sospechar que alguno de ellos pretendiera del amigo ni lo más mínimo que fuera en contra de la fidelidad[11], en contra del juramento[12] o en contra de la República. Porque tratándose de tan grandes hombres, ¿qué falta hace, en verdad, decir que, aunque lo hubiera pretendido, no lo habría conseguido, siendo como eran ellos hombres íntegros a carta cabal? Puesto que igual sacrilegio es hacer tal o cual fechoría solicitado que solicitando. Por el contrario, a Tiberio Graco le seguían Cayo Carbón y Cayo Catón[13]; pero ni por asomo, entonces, su hermano Cayo, el mismo que ahora es su defensor más acérrimo[14].

9. Quinto Emilio Papo fue cónsul dos veces con Cayo Fabricio Luscino (cf., *supra,* §§ 18, n. 8, y 28, n. 6). En el año 282, cuando venció a los etruscos y a los volscos, y en el 278, cuando luchó contra Pirro. Censor con el mismo Fabricio en el 276. Echó del senado a Publio Cornelio Rufino porque tenía en su casa demasiada plata.

10. Sobre estos romanos, véase § 18, nn. 9-10.

11. *Fides,* el fundamento de la verdad o, como dice Cicerón (*Off.,* 1, 23), «la verdad y la firmeza de las cosas dichas y prometidas».

12. *Ius iurandum,* juramento, es «la afirmación sacrosanta de que se hará algo poniendo a un dios por testigo de la promesa» (*Off.,* 3, 104).

13. Cayo Papirio Carbón (*ca.* 164-119) fue tribuno de la plebe en el 119, siendo uno de los más acérrimos partidarios de la política de los Gracos. Cayo Porcio Catón era hijo de Marco Porcio Catón Liciniano (cf., *supra,* § 9, nn. 11 y 13) y, por tanto, nieto del *Censor.* Fue cónsul en el 114 con Manio Acilio Balbo de colega.

14. Cayo Sempronio Graco, cuando el tribunado de su hermano Tiberio, tenía 9 años y pensaba vivir fuera de la política hasta que, siendo cuestor en Cerdeña, tuvo algún conflicto con el senado. Nombrado tribuno de la plebe, superó las acciones populares de su hermano y, como él, murió en un tumulto provocado por los magnates en el año 121. Naturalmente el «ahora» del texto se refiere al tiempo en que habla Lelio, cuando Cayo Graco ya se disponía a alcanzar el tribunado. Cf. Liv., *Per.,* 60-61; *infra,* § 41, n. 6.

En cuanto a la valoración política de los Gracos, ni el propio Cicerón se muestra siempre tan crítico respecto a ellos como lo hace en este tratado de *La amistad.* Según que hable para un público popular o aristocrático, su actitud es bastante distinta. Cf. I. J. García Pinilla, «Los Gracos considerados a través de los textos latinos no históricos»: *Habis* 21 (1990), pp. 93-99.

Capítulo XII

[NO SOLICITEMOS AL AMIGO NADA DESHONROSO NI LO HAGAMOS SOLICITADOS]

Sancionemos, pues, en la amistad esta ley: que no pidamos nada des- 40
honroso y que no lo hagamos aunque nos lo pidan. Porque es una excusa vergonzosa y absolutamente inaceptable en cualquier tipo de delito, pero mucho más en los crímenes contra la patria, si alguien pretexta que lo ha hecho en atención a un amigo[1]. Esto lo digo, mis

1. No pedir ni hacer nada indigno. La norma del comportamiento con los amigos la expone Cicerón en el *De officiis*: no debemos preferir la utilidad propia a la amistad y ni aun en atención a los amigos debe cometerse acto alguno contra la honestidad, la fidelidad, el juramento y la justicia. Pero he aquí las propias palabras de Cicerón: «El concepto del deber se perturba sobre todo en las amistades. Se infringe el deber no concediendo a nuestros amigos lo que la justicia permite concederles y concediéndoles lo que está prohibido. Toda esta matera se halla regulada por una norma breve y fácil. Cierto que todo lo que parece útil, honores, riquezas, placeres y otras cosas semejantes no deben anteponerse nunca a la amistad; pero cierto también que el hombre de bien no debe hacer por amistad nada que atente contra la patria o que constituya perjurio o deslealtad. Y esto, aunque intervenga como juez en una causa que le interese a un amigo suyo. Cuando se ejerce el cargo de juez, debe uno despojarse de la amistad. Solamente una cosa se le permite: preferir que la causa del amigo sea justa y conceder a éste para defenderla todo el tiempo que la ley le consienta. Pero cuando, una vez prestado el juramento, el juez se disponga a dictar sentencia, recuerde que tiene por testigo a Dios y, según mi parecer, a la propia conciencia, que es lo más divino que Dios ha otorgado a los hombres. Si la observásemos, sería una costumbre muy laudable la que heredamos de nuestros padres de dirigirse al juez usando esta fórmula: "Haz por mí lo que puedas, dejando a salvo tu conciencia". Con esta fórmula no se solicitan otros favores que los que el juez puede conceder honestamente al amigo, porque si se hubiese de otorgar todo lo que los amigos desean, no habría verdadera amistad, sino conjura» (*Off.*, 3, 43-44). Cf. S. Citroni Marchetti, «Volontà degli amici ed esercizio del potere in Cicerone»: MD N. S. 42 (1999), pp. 65-94; C. P. Craig, «The accusator as *amicus*. An original Roman tactic of ethical argumentation»: TAPhA CXI (1981), pp. 31-37.

queridos Fanio y Escévola, porque la posición social en que estamos situados es tal[2], que debemos prever desde lejos todos los peligros que puedan sobrevenir a la República. Que bastante se ha salido ya de su terreno y de su curso la costumbre de nuestros mayores[3].

41 Tiberio Graco se empeñó denodadamente en ocupar el poder absoluto o, si se quiere, «reinó»[4] durante unos pocos meses. ¿Acaso había visto u oído cosa semejante el pueblo romano? Secundándolo incluso después de su muerte sus amigos y allegados, no puedo decir sin lágrimas en los ojos qué hicieron con Publio Escipión[5]. Porque a Carbón le hicimos frente como pudimos, debido a lo reciente del castigo de Tiberio Graco. En cambio, qué es lo que yo espero del tribunado de Cayo Graco no me apetece pronosticarlo[6]. Estos males se van extendiendo subrepticiamente poco a poco y, con una sola vez que hayan sentado el precedente, se deslizan como cuesta abajo hacia la perdición. Ya veis qué gran vergüenza se co-

2. La frase puede entenderse también: «... hemos venido a un tiempo tal que...» o «... porque vivimos en tales circunstancias que...».

3. La imagen está tomada de las carreras del circo, como si la República fuera una cuadriga que, al salirse de la calle (*spatium*) que llevaba, ha perdido el rumbo de su carrera (*curriculum*). Es decir, los aristócratas se han acobardado ante la presión popular y, al haber hecho concesiones indebidas, están muy lejos de la línea política seguida por sus mayores.

4. Es decir, detentó *de facto* el poder absoluto, como si fuera un rey (*regnum*), y ejerció el poder tiránicamente (*regnauit*). Desde la expulsión de los reyes (509 a.C) el término *regnum* y todos los emparentados con él eran la peor etiqueta que se podía aplicar a un político romano, como cuando hoy se tilda a uno de «fascista» o «facha». El propio Cicerón hubo de defenderse de ella (*Sull.*, 21-25). Cf. J. Béranger, «*Tyrannus*. Notes sur la notion de tyrannie chez les Romains, particulièrement à l'époque de César et Cicéron»: REL (1935), pp. 85-94; Íd., «Le refus du pouvoir. Recherches sur l'aspect idéologique du principat»: MH V (1948), pp. 178-196; J. Hellegouarc'h, *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la Republique*, París, 1963. Cf. *etiam*, *supra*, § 28, n. 7.

5. No se refiere aquí a Escipión Emiliano, puesto que Lelio ha dicho (*supra*, § 12, n. 10) que nada cierto puede decir de su muerte; sino a Publio Cornelio Escipión *Násica*, a quien la plebe aplicó el mote de *Serapión*, por un charlatán que se llamaba así. Cónsul en el 138 con Décimo Junio Bruto *Galaico*. En su vida manifestó una gran severidad. Combatió con energía a la facción de los Gracos y fue encarcelado a propuesta de los tribunos de la plebe como presunto inductor de la muerte de Tiberio Gracio. Fue enviado luego en una misión a Asia para sustraerlo de las iras demagógicas. Tomó la legación como un destierro y murió de pena en Asia el año 132.

6. No es que no quiera, sino que no puede, pues Cayo Graco fue tribuno en el 123, algunos años, por tanto, después de la fecha de este diálogo. Y Cicerón, que es el que conoce *a posteriori* los acontecimientos que no puede conocer Lelio, tampoco puede romper su propia ficción literaria; pero hace que Lelio dé por seguro que Cayo seguirá el camino de su hermano, y visto el carácter más violento de Cayo, que se tema lo peor para cuando eso llegue. Cf. lo ya dicho en § 39, n. 12.

metió años atrás en el caso de las tablillas[7], primero con la ley Gabinia[8], y, a su vez, dos años después, con la ley Casia[9]. Ya me parece estar viendo al senado distanciado del pueblo, y que los asuntos de mayor trascendencia se resuelven por el capricho de la multitud. Pues serán muchos más los que aprendan cómo se realizan estos desórdenes que cómo resistirse a ellos. 42

¿Que a qué viene esto? Pues a que veáis que, sin cómplices, nadie intenta algo así. Hay que advertir, por consiguiente, a los buenos ciudadanos que, si por alguna casualidad han caído incautamente en amistades de este tipo, no se crean obligados hasta el punto de no apartarse de los amigos cuando delinquen gravemente. A los malos, en cambio, hay que señalarles penas, y no menores, por cierto, para los que hayan seguido a otro que para los que hayan sido personalmente los cabecillas de un impío delito. ¿Quién más esclarecido en Grecia que Temístocles? ¿Quién más poderoso? Pues éste, después de haber librado a Grecia de la esclavitud como general en jefe contra los persas[10], viéndose enviado al exilio por una mezquina envidia, no pudo soportar la injuria de la ingratitud de su patria, como debía haberlo hecho, y vino a parar en lo mismo que Coriolano veinte años antes entre nosotros[11]. Ni uno ni otro encontraron quien les secundase en su crimen contra la patria. Así que los dos se suicidaron[12].

Por tanto, una conspiración de los malvados como ésta no sola- 43
mente no debe taparse so pretexto de amistad, sino que, antes bien, hay que castigarla con toda clase de suplicios para que nadie pueda pensar que está permitido seguir a un amigo incluso aunque declare la guerra a la patria. Cosa que, por cierto, según el cariz que están

7. En época antigua, en los comicios se votaba de viva voz. Con estas dos leyes tabelarias (de 139 y 137 a. C., respectivamente) se propuso que se votara en secreto por medio de unas tablillas. Cf. *Leg.*, 3, 33-37; *Héroe de la libertad,* vol. I, pp. 20-22; *Vrbs Roma,* vol. II, pp. 27-28, 38, 47 (en los comicios), 48-50 (en los tribunales), 88-92 (en el senado), 95 (en la votación de una ley). Cf. *etiam* C. Nicolet, «Cicéron, Platon et le vote secret»: *Historia* 19 (1970), pp. 39-66; L. Troiani, «Sulla *lex de suffragiis* in Cicerone, *De legibus* III, 10»: *Athenaeum* 59 (1981), pp. 180-183.

8. Ley del año 139, para la elección de magistrados.

9. Ley del año 137, para votar en los procesos judiciales, excepto en los seguidos por la ley de lesa patria o *perduellionis.*

10. En Salamina, año 480 a. C.

11. Coriolano marchó a los volscos en el 491; Temístocles, a Persia en el 471.

12. De la conducta y suicidio tanto de Temístocles como de Coriolano, Cicerón da otra versión, ligeramente distinta, en *Brut.*, 42-44. Otros autores tampoco se ponen de acuerdo; así, Thuc., 1, 138, 2 s.; Nep., *Them.*, 10, 4. Cf., *supra,* § 36, n. 1.

tomando las cosas, no sé si no sucederá algún día. Y es que saber cómo estará la patria después de mi muerte es para mí una preocupación no menor que saber cómo está hoy en día[13].

13. Cicerón, por boca de Lelio, profetiza *ex euentu* teniendo ante sus ojos los tiempos de Mario y Sila y, sobre todo, de César, alzado en armas contra el senado.

Capítulo XIII

[OPINIONES FALSAS SOBRE LA AMISTAD]

Sancionemos, pues, como primera ley sobre la amistad que cuanto pidamos a los amigos y cuanto por ellos hagamos sea honesto y justo; que no esperemos a que nos pidan algo, sino que estemos siempre dispuestos; que no seamos nunca remorosos[1], sino que no dudemos en dar nuestros consejos con toda franqueza[2]. Que entre amigos valga mucho la autoridad del amigo que aconseja prudentemente, y que esa autoridad se ejerza avisando no sólo con franqueza, sino incluso con rigor, si el asunto lo pide[3], y una vez manifestada, que se obedezca. 44

Digo esto porque tengo la impresión de que algunos —que ha llegado a mis oídos que en Grecia pasan por sabios— se complacen con ciertas afirmaciones paradójicas. Y es que no hay nada que no se empeñen en sostener con sus argucias. Algunos de ellos dicen que hay que evitar las amistades demasiado íntimas para no verse en la necesidad de tener uno que preocuparse por muchos[4]; que a cada uno le basta y aun le sobra con sus propias preocupaciones; que es 45

1. Dice nuestro proverbio: «Cuando el amigo pide, no hay mañana». Y la copla: «El amigo verdadero / ha de ser como la sangre, / que acude presto a la herida / sin esperar que la llamen».

2. Así decía ya Eurípides: «Abrir libremente el corazón de amigo a amigo» (Eur., *Alc.*, 1008).

3. Dice el dicho: «Quien bien te quiere te hará llorar» y «No es dicho amigo quien da mal consejo».

4. Ésta es la postura de Marcial (12, 34): No hay que aficionarse demasiado porque luego se sufre. Cf. P. G. Parroni, «Marziale 12, 34, e Euripide, *Hipp.* 253-266»: RCCM 36 (1994), pp. 369-373.

demasiado molesto complicarse la vida con problemas ajenos; que lo más cómodo es dejar las riendas de la amistad tan sueltas como sea posible, para tensarlas o aflojarlas cuando nos parezca; que, en realidad, para vivir felizmente lo esencial es la *ausencia de todo cuidado*[5], de la cual no puede disfrutar el alma si, por así decirlo, «uno sólo pare por muchos».

46 Dicen que otros, en cambio, con juicio todavía más contrario a la naturaleza humana —a lo cual me he referido de pasada poco antes[6]—, afirman que las amistades deben buscarse con miras a la protección y a la ayuda que prestan y no por la benevolencia y el afecto; que, por consiguiente, cuanta menos firmeza y menos facultades tiene uno, tanto más apetece las amistades; que de ahí viene que las mujeres, pobrecitas, busquen la protección de las amistades más que los hombres, y los necesitados más que los ricos, y los desgraciados más que los que se tienen por felices.

47 ¡Qué luminosa sabiduría! Es que parece como si arrebataran el sol del mundo los que quitan de la vida la amistad[7], el don más extraordinario que nos han legado los dioses inmortales, el más grato. Porque ¿qué es esa *tranquilidad* de que hablan, suave en apariencia, pero en realidad rechazable por muchas razones? Porque no sería razonable, por evitar preocupaciones, no recibir sobre sí una empresa o una acción honesta, o abandonarla una vez recibida. Pues si huimos de la preocupación, hemos de huir también de la virtud, la cual es preciso que rechace y que odie con una cierta preocupación los conceptos contrapuestos, como la bondad a la malicia, la templanza a la liviandad, la fortaleza a la cobardía. De ahí que a los hombres justos se les vea dolerse como nadie con las injusticias, a los fuertes con las debilidades, a los mesurados con la desmesura. Por tanto, es propio de un espíritu bien formado no sólo alegrarse de las cosas buenas, sino dolerse también de sus contrarias.

48 Por todo ello, si al sabio le afecta la aflicción —como evidentemente le afecta, a menos que creamos que se ha erradicado de su alma todo sentimiento de humanidad—, ¿qué motivos hay para arrancar

5. *Securitas* en el original, término con el que Cicerón designa tanto la «ausencia de todo cuidado» o «impasibilidad» estoica (ἀπάθεια) como la «tranquilidad de espíritu» o «imperturbabilidad» epicúrea (ἀταραξία).

6. Cf., *supra*, §§ 26 y 29.

7. La frase la repite san Ambrosio casi a la letra: «Quita la amistad del trato entre las personas: será como si hubieras quitado el sol del mundo». Y la imita en algún otro lugar: «Quita el sol de la tierra, quita de los cielos los globos de las estrellas y todo se estremecerá entre las tinieblas» (Ambr., *Off.*, 1, 167; *Hex.*, 1, 28).

de raíz la amistad de la vida, para no recibir por su causa algunas molestias? ¿Qué diferencia hay si quitamos todos los sentimientos del alma, no digo ya entre un hombre y un bruto, sino entre un hombre y un tronco, o una piedra, o cualquier cosa de ese orden? Porque tampoco hay que prestar oídos a esos que quieren hacer de la virtud algo inhumano y como de hierro[8], siendo así que, en multitud de cosas y especialmente en la amistad, es delicada y tratable. Tanto, que parece como si se dilatara con los bienes del amigo y se encogiera con sus males. Por consiguiente, esa angustia que muchas veces hay que aceptar por un amigo[9] no tiene fuerza bastante como para quitar de la vida la amistad, como tampoco la tiene para que se repudien las virtudes por el solo hecho de que conllevan no pocas preocupaciones y molestias.

8. Se refiere a los estoicos.

9. Sobre las angustias que nos causa la amistad, dice san Agustín (*Ciu.*, 19, 8): «¿Qué nos consuela en esta sociedad humana, tan llena de errores y miserias, sino la fidelidad no fingida y el afecto mutuo de los verdaderos y buenos amigos? Cuantos más de éstos tenemos y en más sitios, tanto más largo y extenso es nuestro temor de que les ocurra algún daño de entre el gran cúmulo de males de nuestro siglo. Porque no solamente estamos intranquilos no sea que sufran el azote del hambre, de la guerra, de la enfermedad o de la cárcel, sino también, y en esto el temor es mucho más amargo, no sea que se vuelvan infieles, malos o viciosos. Cuando eso ocurre (y ocurre tantas más veces, cuantos más son los amigos), ¿quién, sino el que tiene parecidos sentimientos, puede comprender qué fuego quema nuestro corazón? Seguramente preferiríamos oír que han muerto, aunque tampoco esto pudiéramos oírlo sin dolor. Pues ¿cómo puede ser que no nos produzca ninguna tristeza la muerte de aquellos cuya vida nos deleitaba por el placer de su amistad?».

Capítulo XIV

[LAS AMISTADES NACEN DE LA SEMEJANZA DE LAS COSTUMBRES]

Siendo así que lo que hace contraer la amistad es, como antes he dicho[1], el haber visto algún signo luminoso de virtud, a la cual se adhiere y se une estrechamente un alma semejante, cuando esto sucede, preciso es que surja el amor.

49 Pues ¿qué extravagancia más necia que deleitarse con multitud cosas hueras, como el honor, como la gloria, como las casas, como los vestidos y el aliño del cuerpo y, en cambio, no gozarse plenamente en una alma adornada de virtud, una alma capaz tanto de amar como, por así decirlo, de «reamar»[2]? No hay nada, en efecto, más placentero que el intercambio del cariño; nada, más que la reciprocidad de afectuosos afanes y buenos oficios.

50 ¿Y qué, si además aducimos lo que puede añadirse con toda razón, que no hay nada que tanto atraiga y tanto arrastre una cosa hacia otra como la semejanza hacia la amistad[3]? Se concederá, sin duda alguna, que es verdad que los buenos aman a los buenos, y que se

1. Cf., *supra*, §§ 27-29 y 32.

2. Para traducir ἀντιφιλεῖν y siguiendo el modelo de otros términos latinos (v.gr., *dare/red-dere*, «dar/devolver», *ire/red-ire*, «ir/volver»), Cicerón inventa aquí el verbo *redamare*, «corresponder al amor». De ahí que pida permiso para utilizar el neologismo que, por cierto, tuvo fortuna y fue muy utilizado en época tardía, sobre todo por los santos Padres. Y nuestra lengua emplea «reamar» con toda ley (cf. DRAE, *s. v.* «reamar», § 2).

3. *Senect.*, 7: *Pares [...], uetere prouerbio, cum paribus facillime congregantur*, que, además de su traducción directa («los iguales se reúnen muy fácilmente con sus iguales»), podemos traducir con otro refrán, «cada oveja con su pareja», como también podría decirse: «Fácilmente se unen entre sí los que bien congenian». Y hasta: «Dios los cría y ellos se juntan».

asocian entre sí unidos por una especie de parentesco natural. Pues no hay nada que apetezca y atraiga a sus semejantes con más violencia que la naturaleza. Por eso, desde luego, mis queridos Fanio y Escévola, quede constancia de esto: que, a mi modo de ver, entre los buenos es como cosa obligada para con los buenos la benevolencia, que es una fuente de amistad establecida por la propia naturaleza. Pero esta misma bondad se extiende también hacia todos los hombres. Porque la virtud no es inhumana, ni egoísta, ni soberbia, sino que se caracteriza por proteger a todos los pueblos y mirar por ellos lo mejor posible, cosa que no haría, por cierto, si desdeñara el cariñoso afecto del común de la gente.

Es más, a mi modo de ver, los que hacen amistades en función 51 de su utilidad le quitan a la amistad su vínculo más amable. Pues no deleita tanto la utilidad conseguida a través de un amigo, cuanto el amor del amigo en sí mismo. Y así sucede que lo que viene de un amigo resulta grato si viene con una intención cariñosa. Y tan lejos está de la realidad que las amistades se cultivan debido a la indigencia, como que los más generosos y benéficos son los que, gracias a sus influencias y a sus riquezas y sobre todo a su virtud —en la que se encuentra el mayor apoyo—, no necesitan en absoluto de los demás. Y no sé yo si no será conveniente que alguna vez les falte algo a los amigos[4]. Porque ¿cómo hubiera podido yo demostrarle toda la fuerza de mi cariño si Escipión no hubiera necesitado nunca mi consejo y mi colaboración, ni en la paz ni en la guerra? Luego la amistad no es consecuencia de la utilidad, sino la utilidad de la amistad.

4. La expresión es un tanto oscura. Traducen unos: «Y me inclino a pensar que quizás no sea necesario que no falte nunca nada a los amigos». Otros: «Y aun no sé si sería de desear que los amigos nunca estuvieran necesitados de alguna cosa». Y, al pie de la letra: «Y no sé yo si ni siquiera es necesario que alguna vez nada falte enteramente a los amigos». Para nosotros, Lelio pone en duda la tesis de que es bueno que los amigos no necesiten nunca nada (que es lo que dice el texto) y defiende lo contrario: que es bueno que alguna vez necesiten algo.

Capítulo XV

[LA AMISTAD ES EL MAYOR BIEN. A VECES SE VE EXCLUIDA POR LA FORTUNA DE ALGUNOS]

52 Por tanto, no habrá que prestar oídos a esos hombres enervados por los placeres si alguna vez se ponen a disertar sobre la amistad, que no conocen ni teórica ni prácticamente. Porque ¿quién hay, a buena fe, que quiera sobreabundar en todo género de riquezas y nadar en la abundancia de todo, a condición de no amar a nadie ni ser amado por persona alguna? Tal es, en efecto, la vida de los tiranos. Una vida, por cierto, en la que no puede haber ninguna fidelidad, ningún cariño, ninguna confianza de un afecto duradero: todo está siempre lleno de sospechas, de inquietudes, sin lugar alguno para la amistad.

53 Pues ¿quién va a amar a aquel a quien teme, o por quien cree que es temido[1]? Sin embargo, se les corteja con afecto simulado, al menos por algún tiempo. Pero si acaso son derrocados, como sucede de ordinario, entonces se advierte cuán pobres eran de amigos[2]. Es lo que cuentan que dijo Tarquinio cuando salía al destierro: que

1. Dice Ennio: «Los hombres odian a los que temen y querrían ver muertos a los que odian» (Enn., *Inc.*, 410 Warm.). Cf. *Tusc.*, 5, 57-63, donde se describe la tiranía de Dionisio, que dominó 38 años sobre los siracusanos, que, sin embargo, terminó rogando a Damón y Pitias que lo admitiesen entre ellos como tercer amigo.

2. Dice el refrán: «Amigo del buen viento, se muda con el tiempo». Y san Isidoro: «La amistad en la buena fortuna es incierta, porque no se sabe si se ama a la persona o a la fortuna. Muchas veces se finge la amistad, de suerte que el que no puede aprovecharse abiertamente lo hace con artería» (Isid., *Sent.*, 3, 29, 1-2). Y es celebérrimo el dístico de Ovidio (*Tr.*, 1, 9, 5-6):

Donec eris sospes, multos numerabis amicos:
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Dístico éste que se prolonga con otros dos, menos conocidos, pero tan rotundos como el anterior abundando en la misma idea (*ibid.*, 7-10):

entonces había comprendido quiénes habían sido amigos fieles y quiénes infieles, cuando ya ni a unos ni a otros podía devolverles «el favor». 54

Aunque me extraña que, con aquella soberbia y aquella dureza de corazón, pudiera tener algún amigo. Y del mismo modo que la manera de ser de este que acabo de nombrar no pudo conciliarle amigos verdaderos, así las riquezas de muchos prepotentes excluyen las amistades fieles[3]. Pues la Fortuna no solamente es ciega ella misma, sino que por lo general ciega también a los que estrecha entre sus brazos y, en consecuencia, se dejan llevar por un altanero desdén y por la arrogancia, y no puede haber cosa más intolerable que un necio afortunado[4]. Y, desde luego, podemos ver que quienes otrora fueron de trato agradable, con un mando militar, con un poder civil, o con cualquier golpe de buena suerte, dan un cambio y empiezan a despreciar las antiguas amistades, y a aceptar de buen grado otras nuevas[5].

Por otro lado, con tantas posibilidades como dan las riquezas, 55
las influencias y los recursos, ¿qué mayor necedad que procurarse todo lo demás que puede conseguirse con dinero —como caballos,

aspicis, ut ueniant ad candida tecta columbae,
accipiat nullas sordida turris aues.
horrea formicae tendunt ad inania numquam:
nullus ad amissas ibit amicus opes.

«Mientras tengas el viento a favor, contarás con multitud de amigos; pero si el tiempo se nubla, estarás solo. Mira cómo las palomas vienen a los palomares blanqueados; cómo una torre cochambrosa no recibe ni un pájaro. Las hormigas no acuden nunca a los graneros vacíos: ni un solo amigo se arrimará a una hacienda arruinada».

3. Una de las peores diferencias que puede haber para la amistad es la producida por las riquezas: «No busques por amigo al rico ni al noble, sino al bueno aunque sea pobre», dice nuestro refrán. El capítulo 13 del *Eclesiástico* versa en gran parte sobre este tema: «No tomes sobre ti peso superior a tus fuerzas, ni trates con los que son más poderosos y ricos que tú» (*Eccli.*, 13, 2). «¿Qué le dará el caldero a la olla? Chocar con él y quebrarla» (*ibid.*, 3). «Si le eres necesario te adulará, te sonreirá y te dará esperanzas, te hablará bellas palabras y te dirá "¿qué quieres?". Te confundirá con sus halagos, pero hasta dos y tres veces te despojará, y al fin se burlará de ti. Después de esto te verá y se te hará el desconocido y te insultará, moviendo la cabeza» (*ibid.*, 7-8).

4. En su doble sentido: con suerte y con dinero.

5. «Para conocer a Juanillo, dale un carguillo», dice nuestro refrán. Y el adagio latino: *Honores mutant mores* («Honores mudan costumbres»). Cf. Isid., *Sent.*, 3, 29, 6: «Muchas veces, por el honor se cambian hasta las costumbres de algunas personas, y a los que antes manifestaban la delicadeza de su amor, después que llegan a la cima de los honores, los desprecian como si fueran enemigos».

sirvientes, vestidos magníficos, precioso menaje— y, en cambio, no procurarse amigos, como si dijéramos, el mejor y el más hermoso ajuar de la vida? El hecho es que, cuando procuran lo demás, no saben para quién lo procuran, ni en provecho de quién se afanan —pues cada una de esas cosas será luego de quien más pueda—, en cambio todos mantienen como cosa propia la posesión firme y estable de sus amistades; puesto que, aunque conservan esas otras cosas que son por así decirlo regalos de la fortuna, sin embargo una vida abandonada y huérfana de amigos no podría ser agradable. Pero de esto ya hemos hablado bastante.

Capítulo XVI

[LÍMITES DE LA AMISTAD. TRES OPINIONES]

Pero debemos fijar cuáles son los límites en la amistad o, como si dijéramos, las lindes del amor. Sobre esto veo que hay tres opiniones, ninguna de las cuales me satisface: una, que tengamos para con el amigo los mismos sentimientos que para con nosotros mismos; segunda, que el afecto que tengamos a los amigos responda con su misma medida y equidad al que ellos nos tienen a nosotros; tercera, que el aprecio que hagan de uno los amigos sea el mismo que uno hace de sí mismo[1]. 56

De estas tres opiniones, evidentemente, no estoy nada de acuerdo con ninguna. Y es que no es verdadera la primera, que cada cual debe estar animado para con el amigo de los mismos sentimientos que tiene para consigo mismo[2]. Porque ¡cuántas cosas que no haríamos nunca por nosotros mismos las hacemos por nuestros amigos! Rogar a una persona indigna, suplicarle de rodillas, incluso abordar a alguien y no dejarlo ni a sol ni a sombra, cosas éstas que, hechas en interés propio no serían muy loables, pero resultan nobilísimas cuando se hacen por los amigos[3]. Y hay muchas cosas en que los 57

1. Cf. Mart., 9, 52, sobre el aprecio sincero del amigo. En la Vulgata (*Leu.*, 19, 18): «Amarás al prójimo como ti mismo».

2. Conviene relacionar esto con *Tusc.*, 3, 73: el límite del amor al prójimo es el amor que uno se tiene a sí mismo, no más, porque entonces sería ir contra la naturaleza y se perturbaría la vida en el orden de los deberes. Por consiguiente, aquí no se pretende decir que uno debe amar más a su amigo que a sí mismo, sino que hay cosas en la vida que no las haríamos por nosotros y las hacemos por el amigo. Y de esto todos más o menos tenemos experiencias en la vida.

3. Cicerón puede estar pensando en su propio caso: conseguido el perdón de

hombres de bien sacrifican sus propias conveniencias y permiten que otros las sacrifiquen con tal de que las disfruten sus amigos antes que ellos mismos[4].

58 La segunda opinión es la que define la amistad por la paridad de deberes y voluntades. Esto, desde luego, equivale a reducir la amistad a una contabilidad demasiado estrecha y árida, de forma que cuadren las cuentas del *cargo* y *data*[5]. Más amplia y más espléndida me parece a mí que es la verdadera amistad, sin andar fijándose estrictamente no vaya a ser que se devuelva más de lo que se ha recibido. Porque en la amistad no hay que temer que haya alguna pérdida, o que algo se venga a tierra, o que de algo se acumule más de lo debido[6].

59 Pero el límite más pernicioso es el tercero: que el aprecio que hagan de uno los amigos sea el mismo que uno hace de sí mismo. Pues sucede a veces que uno es de ánimo demasiado apocado, o tiene algo abatida la esperanza de mejorar su fortuna. No es, por consiguiente, propio de un amigo el ser para con él cual es él para sí mismo, sino más bien el esforzarse por conseguir levantar el ánimo amilanado del amigo e infundirle mejores esperanzas e ideas. Hay que establecer, pues, otro límite para la verdadera amistad; pero no sin antes exponer lo que más solía censurar Escipión. Negaba que hubiera podido encontrarse ninguna expresión más enemiga de la amistad que la de aquel que dijo que «conviene amar como si algún día hubiera que odiar»[7]. Y no era posible hacerle creer, como se creía,

César a últimos de septiembre del 47 y retirado de la primera línea de la política, Cicerón sólo rompía su digno silencio para interceder ante César por los amigos que habían estado del lado de Pompeyo. El discurso *Pro Marcello,* que emocionó al propio César, puede ser un ejemplo de ese «rogar a una persona indigna». Y el *Pro Ligario,* modelo de cómo se llega a «suplicar de rodillas» o, en palabras del propio Cicerón, «echados a los pies» (*strati ad pedes*), aunque seguramente sólo en sentido figurado, no físico. Cf. *Lig.,* 13 y mi *Héroe de la libertad,* vol. II, pp. 254-268.

4. «Al buen amigo, dale tu pan y dale tu vino».

5. «No digas "como me ha tratado a mí, lo trataré yo a él y le daré lo que se merece"» (Vulg., *Prou.,* 24, 29). «Ningún deber es más imperioso que el de corresponder al beneficio recibido. Y si Hesíodo quiere que se devuelva con largueza lo que se ha recibido en préstamo, ¿qué no habremos de hacer cuando hemos sido agraciados por un beneficio? ¿No tomaremos modelo de esas tierras fértiles que rinden siempre más de lo que reciben?» (*Off.,* 1, 48).

6. «Por amor al hermano y al amigo consiente en perder tu dinero, no dejes que se te enmohezca bajo una piedra» (Vulg., *Eccli.,* 29, 13).

7. La sentencia griega atribuida por Aristóteles a Bías de Priene y por Aulo Gelio (1, 3, 30) a Quilón de Esparta, contados ambos entre los Siete Sabios, rezaba así: «Amar al amigo como si un día debiéramos odiarlo; y odiar al enemigo como si un día debiéramos amarlo».

que esto lo hubiera dicho Bías, que era tenido por uno de los Siete Sabios; [decía] que sería el parecer de algún corrompido o de un ambicioso o de alguien que todo lo orientaba a su propio interés. Pues ¿cómo puede alguien llegar a ser su amigo de aquel de quien piensa que puede ser enemigo? Más aún, será obligado desear vivamente y pedir a los dioses que el amigo caiga en falta lo más a menudo posible, para que te dé, por así decirlo, más pretextos para reprenderlo. Pero, a su vez, será preciso angustiarse, dolerse y recomerse de envidia por las buenas obras y por la prosperidad del amigo.

Por ello, ciertamente, este precepto, sea de quien fuere, es muy 85
apto para romper la amistad. Mejor hubiera sido aconsejar que, en la selección de los amigos, pongamos un cuidado tal que nunca empecemos a amar a quien podamos odiar algún día. Más aún, si hubiéramos sido poco acertados en la elección, Escipión pensaba que más vale aguantarse que andar buscando el momento oportuno para enemistarse[8].

8. «¿No es una pena mortal hacerse enemigo del amigo?» (Vulg., *Eccli.*, 37, 2). «Todo amigo dice "soy tu amigo"; pero hay muchos que no lo son más que de nombre» (*ibid.*, 1). «Hay amigo que se torna enemigo y que descubrirá para vergüenza tuya tus defectos» (*ibid.*, 6, 9).

Capítulo XVII

[DISTINTIVOS DE LA BUENA AMISTAD. SUS ENEMIGOS]

61 Éstos son, pues, en mi opinión, los límites que deben observarse en la amistad: que no sólo sean irreprochables las costumbres de los amigos, sino que también haya entre ellos una comunidad de pensamientos, de deseos y de todas las cosas sin excepción alguna[1]; que, además, si sobreviene alguna desgracia, de suerte que haya que ayudar a los amigos en deseos no del todo justos en los que esté en juego su vida o su honor, hay que desviarse del camino establecido, con tal de que no se siga una grave deshonra, pues sólo, hasta un cierto punto puede tenerse condescendencia con la amistad[2]. Y, por cierto, no hay que descuidar la buena fama, ni conviene pensar que la benevolencia de los ciudadanos es una arma poco eficaz en la gestión de los asuntos públicos. Conseguir esta benevolencia con halagos y adulaciones es vergonzoso, pero la virtud, que tiene como fruto el amor, no hay que rechazarla nunca[3].

62 Pero Escipión —a él vuelvo, en efecto, repetidas veces pues sus conversaciones versaban todas sobre la amistad— se lamentaba de que los hombres fueran en todo más diligentes [que en la amistad]; [decía] que todos y cada uno podían decir cuántas cabras y ovejas te-

1. «Entre amigos todo ha de ser común» (*Off.*, 1, 51). Cf. Mart., 10, 11.

2. Para entender rectamente estas palabras de Cicerón hemos de relacionarlas con lo que él mismo dice en *Off.*, 3, 43-44, y que ya hemos transcrito antes en una larga pero sabrosa nota. Cf., *supra*, § 40, n. 1.

3. «Amigo de Pedro y amigo de Juan, pero más amigo de la verdad», dice el refrán, haciéndose eco del célebre adagio aristotélico: «*Amicus Plato, magis amica ueritas*». Cf. *etiam* Enn., *Inc.*, 404 Warm.: «Todos dan vanos consejos, y hablan siempre según el gusto de los demás».

nían, pero que cuantos amigos tenían no podía decirlo[4]; y que ponían todo su cuidado en la adquisición de ganados, pero eran descuidados en la elección de los amigos; y que no tenían como unas ciertas contraseñas y marcas para distinguir cuales son los idóneos como amigos. Porque deben elegirse los firmes, estables y constantes[5]; pero de esta condición de personas hay mucha escasez[6]. Además resulta muy difícil el juzgar, sin haber hecho antes una prueba y, por otra parte, esta prueba es preciso hacerla en quien ya has recibido en tu amistad. Así la amistad se adelanta al juicio y no deja lugar para hacer la prueba.

Por tanto, lo propio de un hombre prudente es contener el natural impulso del afecto como el tiro de un carro: igual que éste lo utilizamos una vez probados los caballos, así la amistad, después de poner a prueba de alguna forma la manera de ser de los amigos. Muchas veces algunos muestran claramente en un dinero de nada cómo son de ligeros; otros en cambio, a quienes no pudo mover una pequeña cantidad [de dinero], se dan a conocer ante una grande. Y al contrario, si bien se encuentran algunos que juzgan que está muy feo preferir el dinero a la amistad, ¿dónde encontraremos a quien no ponga por delante de la amistad los honores públicos, las magistraturas, los mandos militares y los poderes civiles[7], y las influencias, de forma que puesto en una parte todo ello y, en otra, los derechos de la amistad, no prefiera con mucho aquello[8]? Porque la naturaleza 63

4. Cicerón imita aquí un lugar de Jenofonte: «Decía Sócrates que observaba que la mayor parte sabían la cantidad de sus haberes, aunque fueran muchos, pero en cuanto a los amigos, aun teniendo pocos, no sólo no sabían el número, sino que poniéndose a contarlos, si se les preguntaba, empezando desde el principio, siempre se dejaban alguno» (Xen., *Mem.*, 2, 4, 4).

5. «No hay que estimar la afección por el ardor con que se siente, como suelen hacer los jóvenes, sino por su solidez y firmeza» (*Off.*, 1, 47). Dice un adagio antiguo: «La amistad contraída entre las copas con frecuencia resulta de vidrio». Y se llama amigo «de taza de vino» al que lo es sólo por interés y conveniencia.

6. *Brut.*, 2: «Hay una gran escasez de ciudadanos sabios y buenos». Más explícito es el fabulista Fedro: «El nombre de amigo es corriente, pero la fidelidad es rara», verso que es la moraleja de una fábula (3, 9) en la que Sócrates, a un impertinente que le preguntaba por qué se estaba construyendo una casa en la que apenas iba a caber él, le contestó: «¡Ojalá la llene de amigos de verdad!».

7. Cf. Mart., 8, 18, 10. Cicerón distingue bien el poder civil (*magistratus*) del militar (*imperium*), porque había llegado a la convicción de que deben considerarse como dos poderes diferentes. Lo mismo que separó el Derecho civil del pontificio, en el que de ordinario se presentaba inmerso. Cf. V. Giuffré, «*Imperia* e *magistratus* in Cicerone»: *Labeo* 23 (1977), pp. 42-49.

8. Ya hemos visto antes (§ 61, n. 2; 40, n. 1) que no hay que anteponer a la amistad ningún bien aparente.

humana es demasiado débil para vencer la inclinación al poder. Y aunque éste lo hayan conseguido con desprecio de la amistad, piensan que ya se echará un velo sobre su falta, puesto que la amistad ha quedado preterida no sin causa grave.

64 En consecuencia, es muy difícil encontrar verdaderas amistades en personas que se dedican a la carrera de los honores y a la política. Pues ¿dónde encontrar a uno que anteponga el cargo[9] del amigo al suyo propio? ¿Pues qué? Por dejar esto de lado, ¡qué gravoso, qué difícil le resulta a la mayoría asociarse a las desgracias! No es fácil encontrar quien se avenga a ellas. Aunque bien dijo Ennio que «el amigo seguro se ve con seguridad en una situación insegura»[10], sin embargo las pruebas convincentes de la frivolidad y la inconsistencia de la gran mayoría son estas dos: si en la prosperidad [propia] desprecian o si en la adversidad [ajena] abandonan[11]. Por lo cual, el que en ambas circunstancias haya demostrado ser grave, constante y seguro en la amistad, a ése debemos considerarlo miembro de una casta muy rara y casi divina.

9. *Honorem*, en el original, que aquí se refiere a los cargos que forman parte de la carrera de los honores (*cursus honorum*), recién mencionada.

10. *Amicus certus in re incerta cernitur* (Enn., *Hec.*, 216 Warm., que es traducción de Eur., *Hec.*, 1202). Así también nuestro proverbio: «Más se prueban los amigos en los pesares que en los gustos».

11. Esta idea de que «hay amigos de ocasión, que no son fieles en el día de la tribulación» (Vulg., *Eccli.*, 6, 8) está mil veces repetida. Citaremos sólo algunos lugares: Vulg., *Eccli.*, 6, 10 y 11-12; 12, 8-9 y 14; 37, 4. Enn., *Inc.*, 22 Warm.; Ov., *Tr.*, 1, 9, 5-10; Petron., frg. 4; Sen., *Ep.*, 9, 8. Incluso la canta nuestra sextilla popular: «Cuando uno está en condición / tiene amigos a granel; / mas si el destino cruel / hacia una orilla nos tira, / vemos que todo es mentira / y no hay tal amigo fiel».

Capítulo XVIII

[FUNDAMENTOS DE LA CONSTANCIA EN LA AMISTAD]

Por otra parte, el fundamento de la estabilidad y constancia que buscamos en la amistad es la fidelidad, pues no es estable nada que es infiel[1]. Además, lo apropiado es elegir un amigo sincero, sociable y concorde con nosotros, esto es, que se mueva por nuestros mismos principios, cualidades todas éstas que tienen que ver con la fidelidad. Pues ni puede haber fidelidad en un carácter retorcido y lleno de dobleces, ni puede tampoco ser fiel y estable el que no se mueve por nuestros mismos ideales ni congenia con nosotros por carácter. Hay que añadir a ello que no le guste ni divulgar chismes ni dar crédito a los divulgados[2]. Esto tiene todo que ver con esa constancia de que vengo tratando hace rato. Así, resulta verdadero lo que he dicho al principio: que la amistad no puede existir más que entre los hombres de bien[3]. Porque es propio del hombre de bien, al que también podemos llamar «sabio», guardar en la amistad estos dos principios: Primero, que no haya en ella nada fingido ni simulado[4], ya 65

1. «Ama a tu amigo y muéstrate fiel con él» (Vulg., *Eccli.*, 27, 18). «El que revela secretos pierde la confianza y no encontrará a un amigo» (*ibid.*, 27, 17).

2. Dicen nuestros dichos populares: «Remilgo de amigo, que cubre con las alas y muerde con el pico»; «Con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas», es decir, «no hay que ir con melindres»; «A buen amigo no se ha de roer los zancajos». Contra los chismosos y los que levantan falsos testimonios en contra del amigo habla el libro de los *Proverbios*, 11, 13; 17, 9; 18, 8; *Eccli.*, 7, 13.

3. Cf., *supra*, § 18.

4. En el *Eclesiástico* se previene en contra del amigo fingido; así, por ejemplo, en 12, 10-11; 12, 16; 12, 18-19; *Prov.*, 27, 17. Y nuestro dicho: «De mis amigos me guarde Dios, que de mis enemigos me guardo yo».

que incluso es más propio de bien nacidos el odiar abiertamente que el disimular los sentimientos poniendo buena cara; segundo, no sólo rechazar las acusaciones lanzadas por alguien, sino, además, no ser uno mismo suspicaz, ni estar siempre pensando que el amigo le ha faltado en algo[5].

66 A esto debe añadirse una cierta amabilidad en la conversación y en las costumbres, que es un condimento nada mediocre de la amistad. En cambio, un carácter sombrío y serio en cualquier situación tiene ciertamente su digna gravedad; pero la amistad debe ser más tratable, y más franca, y más dulce, y más inclinada a ser toda dulzura y afabilidad.

5. «—Amigo, ¿quién te hirió? —Yo mismo me lo busqué, yo me lo tengo y yo me lo hallé». «Buen amigo es el gato, sino que araña». Dice san Jerónimo: «En la amistad hay que quitar toda suspicacia, y hablar con el amigo como consigo mismo».

Capítulo XIX

[AMISTADES ANTIGUAS Y NUEVAS]

Surge en este punto una cuestión un tanto difícil: si hay que anteponerlos alguna vez a los antiguos, igual que los amigos nuevos —dignos también ellos de nuestra amistad— como solemos preferir los potrancos a los caballos ya un poco viejos. ¡Duda indigna de un hombre! Porque las amistades no deben causar hastío como otras cosas. Las más antiguas, como esos vinos que ganan con los años, deben ser las más dulces[1]. Y es verdad lo que suele decirse: que hay que consumir juntos muchos modios de sal para llegar a ser perfectos amigos[2]. 67

Por su parte, las nuevas amistades, si son de tal condición que muestran en esperanza el fruto, como los trigos en hierba que no 68

1. Puede verse otra comparación con el vino viejo en *Brut.*, 287-288. Citando expresamente a Cicerón, san Jerónimo dice: «Que el amigo sea para nosotros como el viejo añejo y que lo bebamos con dulzura» (Hier., *Mich.*, 2, 1219B-C). Y dice la sagrada Escritura: «Vino nuevo es el amigo nuevo: que envejezca y lo beberás con agrado» (*Eccli.*, 9, 15).

2. El modio, medida romana de capacidad para áridos, equivalía aproximadamente a 8,75 libros, pero aquí no importa esa capacidad, pues es como si dijera que «hay que consumir muchas raciones de sal» o, quizá mejor, «hay que "tener" mucha *mili*», «hay que comer muchos chuscos», pues la expresión está tomada del lenguaje castrense, aludiendo a la ración de sal (*salarium*) que periódicamente se repartía a los soldados. La imagen había sido utilizada ya por Aristóteles (*EN*, 8, 3 *in fine*; cf. *etiam* Plut., *Moralia*, 94a = *Sobre la abundancia de amigos*, 3) y, abundando en la misma idea, dice nuestro refrán: «Amigo viejo, tocino y vino añejo». Y en el libro del *Eclesiástico*: «No abandones al amigo antiguo, que el nuevo no valdrá lo que él» (9, 14). «Como hombre que dilapida su hacienda es el que pierde la amistad de su prójimo» (*ibid.*, 27, 20); «Como quien deja escapar el ave de su ramo, así el que deja escapar al amigo, que no volverá a verlo» (*ibid.*, 21).

engañan, no hay que rechazarlas, ciertamente[3]; pero la antigüedad hay que mantenerla en su sitio, porque es muy grande la fuerza de un trato diario de años. Es más, por servirme del mismo ejemplo del caballo, del que acabo de hacer mención, si no hay dolame que lo impida, no hay nadie que no prefiera montar aquel al que está habituado, en vez de uno sin probar y desconocido[4]. Y no solamente en éste, que es un animal, sino que hasta en las cosas inanimadas tiene su fuerza la costumbre, pues incluso en cuestión de paisajes nos deleitamos con aquellos en que más tiempo hemos vivido, incluso aunque sean montañosos y boscosos[5].

69 Pero en la amistad es de suma importancia equipararse al inferior[6]. Pues muchas veces hay algunos que destacan, como Escipión en nuestra pandilla, si se me permite la expresión. Nunca se antepuso él a Filo, ni a Rupilio, ni a Mummio[7], ni a los amigos de ran-

3. Leemos en Séneca (*Ep.*, 9, 6): «Da un gran placer no solamente el trato de una amistad antigua y firme, sino también el comienzo y la consecución de una nueva». Y magníficamente dice Marcial (1, 54): «Si todavía, Fusco, puedes ser amado, pues tienes amigos de aquí y de allá, te pido un solo lugar, si es que te queda un rinconcito en el corazón. No me rechaces porque soy nuevo para ti, todos tus antiguos amigos lo fueron al principio. Tú examina solamente si este que se te ofrece puede convertirse en un viejo amigo». Y de nuevo Séneca (*Ep.*, 9, 7): «La diferencia que hay entre un agricultor que siega y el que siembra, existe también entre quien contrajo una amistad y el que la contrae».

4. Cf., *supra*, § 63. «Ése es mi amigo que muele en mi molino», dice el refrán, indicando el trato continuo.

5. A Tito Livio (21, 32, 7) tampoco le gustan los terrenos montañosos y cubiertos de bosques de los Alpes. No ocurre lo mismo con otros lugares amenos en los que poder mantener animadas tertulias. Cf. *Fin.*, 5, 1-4; *Leg.*, 2, 1-4.

6. Dice nuestra frase popular: «Buen amigo si es tu igual» y «Amor no mira linaje» o «La amistad o encuentra iguales o los hace». Así también Ovidio (*Tr.*, 3, 4, 44: «Traba amistad con los iguales a ti») y san Jerónimo (*Mich.*, 2, 1219C): «La amistad o encuentra iguales a los amigos o los hace. Donde hay desigualdad y eminencia del uno y sujeción del otro, no hay amistad, sino adulación. Por lo cual, leemos en otro lugar, el amigo es la misma alma; y el lírico ruega así por su amigo: "Guárdame la otra mitad de mi alma"» [citando el célebre lugar de Horacio (*Od.*, 1, 3, 8), referido a Virgilio y citado también por san Agustín (*Conf.*, 4, 6, 11): «Con razón dijo uno de su amigo "la mitad de mi alma"»]. «Como se parece una gota de agua a otra gota de agua, así el corazón de un hombre al de otro» (Vulg., *Prou.*, 27, 19). Sobre las desigualdades del rico y el pobre, puede verse *ibid.*, 19, 4 y 6-7.

7. Sobre Filo y Rupilio, cf., *supra*, §§ 14, n. 7; 25, n. 8 y 37, n. 5. En cuanto a Espurio Mummio, gran amigo de Escipión (*Rep.*, 1, 18), cultivó la filosofía estoica y fue orador simple y conciso (*Brut.*, 94). Acompañando a su hermano Lucio, que era el general de la guerra de Acaya, envió desde Corinto a sus amigos unas epístolas llenas de gracejos (*Att.*, 13, 3, 6; 6, 4). Y sobre la expresión por la que Lelio se disculpa, el texto dice *in nostro grege*, «en nuestro rebaño». Cf. G. Forsythe, «A philologi-

go inferior. En cambio, a su hermano Quinto Máximo[8], varón egregio de todo punto, pero que en modo alguno se le equiparaba, como era de más edad, lo respetaba como a un superior. Y quería que todos sus amigos fueran cada vez más ilustres gracias a él[9].

Esto es lo que todos deben hacer e imitar: la prestancia en el va- 70
lor, en el talento o en la fortuna, si es que han conseguido alguna, compártanla con los suyos y comuníquenla con los más íntimos, de suerte que, si han nacido de padres humildes o si tienen parientes más débiles, tanto si lo son por carácter como por su [mala] suerte, les acrecienten sus riquezas y sean para ellos timbre de honor y de gloria. Igual que, en las representaciones teatrales, los que por ignorancia de su linaje y de su cuna han estado algún tiempo en la esclavitud, sin embargo, cuando han sido reconocidos y resultan ser hijos de dioses o de reyes[10], conservan el amor hacia los pastores que durante muchos años creyeron que eran sus padres. Esto hay que hacerlo con mayor razón, por supuesto, tratándose de los padres reales y verdaderos. Pues el fruto del talento, de la virtud y, en general, de toda superioridad se recoge en mayor abundancia cuando se aplica en pro de los más allegados.

cal note on the Scipionic circle»: AJPh 112 (1991), pp. 363-364; J. P. Wilson, «*Grex Scipionis* in *De amicitia*. A reply to Gary Forsythe»: AJPh 115 (1994), pp. 269-271.

8. Quinto Fabio Máximo Emiliano era el primogénito de Paulo Emilio y, por tanto, hermano mayor de Escipión Emiliano. Como éste por los Escipiones, Quinto Máximo fue adoptado por la familia de los Fabios Máximos (año 180). Cónsul en 145, luchó en Hispania contra Viriato.

9. *Quinct.*, 38: «Todos los buenos quieren que sus padres y amigos queden honrados».

10. La *anagnórisis* o *agnición* es un recurso dramático ampliamente utilizado en el teatro grecolatino, especialmente en la comedia.

Capítulo XX

[ALGUNOS PRECEPTOS SOBRE LA AMISTAD]

71 Así, pues, de la misma forma que quienes son superiores en los vínculos de la amistad y del parentesco deben igualarse con los inferiores, así los inferiores no deben dolerse de ser superados por los suyos o en ingenio o en fortuna, o en dignidad. La mayor parte de ellos encuentran siempre algún motivo de queja o incluso de reproche, particularmente si piensan que pueden aducir que han prestado algún servicio por amistad y que les costó algún trabajo[1]. Raza de hombres realmente molesta, pronta a echar en cara sus servicios: de ellos debe acordarse el que los ha recibido, pero no traerlos a la memoria el que los ha hecho[2].

72 Por este motivo, así como los superiores deben rebajarse en la amistad, también deben, de alguna manera, elevar a los inferiores. Porque hay ciertas personas que hacen molestas las amistades por su propia sospecha de que se les desprecia, cosa que no suele acontecer

1. Esto es muy frecuente en las amistades federadas en la utilidad, en los que buscan el sacar la mayor ventaja posible de la relación con los amigos (cf. Arist., *EN,* 8, 13). «Dice el necio: "Yo no tengo amigos, no hay gratitud para mis buenas obras"» (Vulg., *Eccli.,* 20, 17). «Hay quien por respeto humano pretende al amigo, y por una nonada se le hace enemigo» (*ibid.*, 20, 25).

2. Marcial (5, 52) lo expresa así: «Me acuerdo y no me olvidaré jamás de cuanto has hecho por mí. ¿Me preguntas, Póstumo, que por qué no voy diciéndolo? Porque ya lo dices tú. Cuando empiezo a referir a alguien algún favor tuyo, enseguida me ataja: "Ya me lo ha dicho él". Hay cosas que no está bien que las hagan dos. Si quieres que hable yo, cállate tú. Créeme, Póstumo, que los regalos pierden gran parte de su valor cuando los publica quien los hace». Ya había dicho Demóstenes: «Echar en cara un beneficio es lo mismo que acusar de ingratitud» (Dem., *Cor.,* 269). Cf. *etiam* Sen., *Ben.,* 2, 10-11; Ter., *And.,* 43-44.

más que a quienes también ellos mismos se consideran despreciables. Esa opinión hay que quitársela no solamente con palabras, sino sobre todo con obras.

Mas por cada uno de los amigos hay que hacer, primero, todo 73
cuanto uno mismo pueda; luego, también cuanto sea capaz de soportar aquel a quien se ama y se ayuda. Pues, por más alto que llegues, no te será posible llevar a todos los tuyos a las más altas magistraturas. Como Escipión, que pudo hacer cónsul a Publio Rupilio, pero al hermano de éste, a Lucio, no pudo[3]. Pero aunque pudieras conferir al otro cualquier cosa, sin embargo tienes que considerar qué carga es él capaz de soportar.

En general, las amistades deben juzgarse cuando las personas ya 74
están maduras y asentadas, tanto por carácter como por edad. Y no es preciso que quienes de mozos fueron aficionados a la caza o a la pelota tengan como amigos a los que entonces apreciaron por tener esa misma afición. Porque, según esto, las nodrizas y los ayos pedirán el primer puesto en nuestro afecto por razón de antigüedad[4]. A éstos, desde luego, no hay que dejarlos desatendidos; pero hay que quererlos, por así decirlo, con un tipo distinto de aprecio. De otra forma no pueden permanecer estables las amistades[5]. Pues de caracteres dispares se siguen aficiones dispares, y esta disparidad descompone las amistades. Y no por ninguna otra causa los buenos no pueden ser amigos de los malos, ni los malos de los buenos, sino porque hay entre ellos una diferencia de caracteres y aficiones tan grande que no puede haberla mayor[6].

También es razonable en las amistades dar el precepto de que 75
una benevolencia mal entendida, cosa que sucede frecuentemente, no impida grandes ventajas a los amigos. Porque, volviendo a las leyendas, Neoptólemo no hubiera podido conquistar Troya[7] si hu-

3. Lucio Rupilio se presentó al consulado para el año 131, y a pesar del apoyo que le prestó Escipión, fue rechazado. Su hermano Publio, ya débil de salud, murió de pena (Plin., *Nat.*, 7, 122).

4. Recuérdese a Telémaco y su nodriza Euriclea (Hom., *Od.*, 19, 16-22) y a Eneas y su nodriza Gaeta (Verg., *Aen.*, 7, 1-7).

5. Cf., a este respecto, lo que dice Horacio en su *Epístola a los Pisones* sobre el niño (158-160), el joven (161-165), el hombre maduro (166-168), el anciano (169-178).

6. «¿Para qué unir el lobo con el cordero? Pues lo mismo es unir al impío con el justo» (Vulg., *Eccli.*, 13, 21); «¿Qué paz puede haber entre hiena y perro? Pues así entre el rico y el pobre» (*ibid.*, 22); «Todo animal ama a su semejante, y el hombre a su prójimo. Toda carne se une a la de su especie, y el hombre a su semejante» (*ibid.*, 13, 19-20).

7. Neoptólemo, hijo de Aquiles, también llamado Pirro. Como Calcante había

biera prestado oídos a Licomedes, en cuya casa se había criado y que, deshecho en lágrimas, se empeñaba en impedir su viaje. También se presentan muchas veces circunstancias muy comprometidas, de suerte que debe uno separarse de los amigos, y quien trate de impedir esas situaciones so pretexto de que no puede soportar la ausencia del amigo, manifiesta ser no sólo poco hombre y flaco de carácter, sino también, precisamente por ese mismo motivo, poco justo en la amistad.

76 Por tanto, en todos los asuntos debe considerarse no sólo qué pretendes de un amigo, sino también qué le permites obtener de ti.

vaticinado que Troya no sería conquistada sin la ayuda de Neoptólemo y de Filoctetes, al morir Aquiles, dejó Esciro para acudir a Troya, a pesar de la oposición de Licomedes, su abuelo materno y rey de aquella ciudad, con el que se había criado. Es probable que Lelio haga aquí referencia a alguna escena de la tragedia de Ennio titulada precisamente *Neoptólemo,* que Cicerón cita en la primera línea de *Tusc.* 2, 1.

Capítulo XXI

[DIGNIDAD EN LA RUPTURA DE LAS AMISTADES. LA AMISTAD NATURAL]

Se da también lo que diríamos que es una desgracia, obligada a veces, al tener que romper las amistades, pues ya nuestro discurso va derivando desde las familiaridades entre los sabios a las amistades corrientes: con frecuencia salen de repente a la luz los defectos de los amigos, ya en contra de los propios amigos, ya en contra de terceros, cuyo deshonor se volverá, sin embargo, contra los amigos[1]. Tales amistades deben ir cancelándose con un trato cada vez menos frecuente y, como oí decir a Catón, hay que descoserlas, mejor que rasgarlas[2], a no ser que se hubiera encendido el fuego de una injuria tan intolerable que no sería justo, ni honesto, ni posible el que no se produjera inmediatamente la separación y la ruptura.

Pero, por otra parte, si se hubiera producido algún cambio de 77
carácter o de aficiones, como suele suceder, o hubiera habido de por medio algún desacuerdo en las opiniones políticas —porque estoy hablando ya, como he advertido hace poco, no de las amistades de los sabios, sino de las comunes—, habrá que precaver que no parezca que no sólo han decaído las amistades, sino que han surgido los odios[3], pues no hay cosa más torpe que hacer la guerra con quien se ha vivido en la intimidad. Como sabéis, Escipión se apartó de la amis-

1. Hor., *Sat.*, 1, 3, 41-42, amonesta que se ponga todo el cuidado para no tomar por virtud el vicio del amigo. Y a otros les enseña a compensar los vicios con las virtudes en la consideración del amigo (*ibid.*, 69-75).

2. Sentencia que ha pasado a refrán castellano: «Las amistades hanse de descoser, mas no de romper». Cf. *etiam* Hier., *Ep.*, 8, 342: «Tú, en vez de descoser nuestra reciente amistad, la desgarras».

3. Dice el proverbio: «No hay amigo para amigo; las cañas se vuelven lanzas».

tad de Quinto Pompeyo por causa mía[4] y, a su vez, por las discrepancias que mantenían en política, rompió con mi colega Metelo[5]. En ambos rompimientos se portó con gravedad y con la superioridad de un ánimo ofendido, no irritado.

78 Por todo lo cual, hay que procurar ante todo que no haya disensión alguna entre los amigos; pero si llegara ese caso, que parezca que las amistades se han apagado, no que han sido sofocadas a la fuerza. Pero ha de precaverse no vaya a ser que las amistades se conviertan incluso en graves aborrecimientos, de los que nacen las disputas, las palabras injuriosas, los ultrajes[6]. Con todo y con eso, si las ofensas son tolerables, hay que aguantarlas[7] y a una antigua amistad hay que concederle este honor: que el culpable sea el que hace la injuria, no el que la padece[8]. En general no hay más que una sola manera de guardarse y de inmunizarse contra estos vicios y desgracias: que no empecemos a querer ni demasiado deprisa ni a quienes no sean dignos[9].

4. Quinto Pompeyo Nepote, hijo de un flautista, el primero de los Pompeyos que consiguió el consulado. Preguntado por Escipión si se presentaría candidato al consulado en el año 141, le dijo que no, y que ayudaría a Lelio con todas sus fuerzas. Pero, faltando a la palabra dada, se presentó y obtuvo el consulado derrotando a Lelio. Burlándose Escipión, dijo: «Es necedad la nuestra, como si hubiéramos de suplicar a los dioses, estar esperando al flautista». Cf. *Off.*, 3, 109; *Fin.*, 2, 54; *Rep.*, 3, 28.

5. Quinto Cecilio Metelo, llamado *el Macedónico* por la victoria que consiguió contra Andrisco en Pidna el año 148, siendo pretor. Fue cónsul en el 143 y luchó en Hispania contra los celtíberos. Luego fue censor, magistratura que desempeñó con mucha seriedad. Después de la muerte de Tiberio Graco hubo grandes disensiones entre Metelo y Escipión. Lelio lo llama «mi colega» porque los dos pertenecían al colegio de los augures.

6. Dice el refrán: «Más vale que se pierda un chiste que no un amigo», por el peligro que hay muchas veces de hacer reír en contra del amigo. Pero también se dice a la inversa: «A trueque de un buen dicho perder un amigo». Cf. Quint., *Inst.*, 6, 3, 28: «No queramos nunca zaherir y apartemos bien lejos el famoso refrán: "Antes perder un amigo que un chiste"».

7. Se dice vulgarmente: «Al amigo ámalo con su vicio». Y sobre la respuesta que hemos de dar a sus intemperancias tenemos esta estrofita: «Como el almendro florido / has de ser en los rigores. / Si un fuerte golpe recibe / suelta una lluvia de flores». Cf. Hor., *Sat.*, 1, 4, 81 ss.

8. Esta última norma es de Aristóteles, quien en su *Ética a Nicómaco* (9, 3) aconseja tener mucha consideración al que ha sido amigo en atención a la antigua amistad. Dice el refrán: «A su amigo, el gato siempre lo deja señalado».

9. En palabras de Séneca (*Ep.*, 3, 2): «Delibéralo todo con el amigo, pero antes que nada sobre él mismo. Una vez contraída la amistad hay que confiarse a él, pero antes de hacerla hay que examinarlo. Los que quebrantan los principios de Teofrasto juzgan después de entregar su cariño, y no entregan el cariño después de juzgarlo. Piensa durante mucho tiempo si alguno es digno de tu amistad. Una vez que lo

Mas «dignos de amistad» son los que tienen en sí mismos motivos para ser amados. Raro linaje[10]. Pues, en verdad, las cosas más preciosas son escasas, y nada más difícil que encontrar algo absolutamente perfecto en su género[11]. Pero la mayoría de la gente no concibe que entre las cosas humanas haya alguna buena como no dé fruto y, considerando a los amigos como ganado, quieren más que a nadie a aquellos de quienes esperan sacar el mayor provecho[12]. 79

Así, se ven privados de aquella amistad nobilísima y la más natural, que se busca por sí misma y sin ningún fin extraño a ella, y, siendo modelo de sí mismos, no conocen cuál y cuán grande es esta característica esencial de la amistad. Pues todo el mundo se ama a sí mismo[13] no para sacar de sí algún provecho de su amor, sino porque cada uno se ama a sí mismo por su propia naturaleza. Y si esto no se traslada tal cual a la amistad, jamás se encontrará un amigo verdadero, que lo es, en efecto, el que es «como un segundo uno mismo»[14]. 80

Y si en las bestias[15] —sean voladoras, acuáticas o terrestres, domésticas o salvajes— a la vista está, primero, que se aman a sí mismas 81

hayas juzgado digno, recíbelo abiertamente en tu corazón, habla con él con la confianza con que te hablas a ti mismo».

10. Dice la sabiduría popular: «Buscando un amigo la vida pasé, y no lo encontré»; «Si un amigo entre mil hallado fuere, sobre todo tesoro es de guardar»; «Aquellos son ricos que tienen amigos».

11. Como tantas otras, la idea no es original de Cicerón, pero se inscribe en la paremiología universal tal como él la acuñó, precisamente en este pasaje: «*Omnia praeclara rara*». Por otra parte, dice Horacio, nadie hay absolutamente feliz (*Od.*, 2, 16, 27) y nadie nace sin defectos y el más perfecto es el que menores los tiene (Íd., *Sat.*, 1, 3, 68-69).

12. Cf. *Nat.*, 1, 122, donde dice que, si buscamos la ganancia en la amistad, no somos amigos sino chalanes, porque la caridad y la amistad de los hombres es gratuita. Pero, desgraciadamente, dice nuestro refrán: «Ni amigo ni hermano, si no hay dinero en la mano». Y de esas actitudes interesadas surgen enseguida las rencillas y los rompimientos.

13. Sen., *Ep.*, 6, 7: «Te diré lo que acabo de leer en Hecatón: "¿Me preguntas qué progresos he hecho? He comenzado a ser amigo de mí mismo". Gran progreso hizo. Así nunca estará solo. Ten por seguro que este hombre es amigo de todo el mundo».

14. *Tamquam alter idem*, en el original. Así también Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* (9, 4). Pero Diógenes Laertes lo atribuye a Zenón de Zicio, aunque Cicerón, al parecer, creía que era de Pitágoras. Cf. *Off.*, 1, 56; *Fam.*, 7, 5, 1, donde le dice a César «que tú eres mi otro yo» (*te me esse alterum*). Imitando sin duda a Cicerón, san Ambrosio (*Spir.*, 2, 154) y san Jerónimo (*Mich.*, 2, 1219A) dicen casi exactamente las mismas palabras: «Al preguntarle a uno que qué era un amigo, contestó: "Otro yo"». También san Agustín (*Conf.*, 4, 6, 11) se hace eco de este lugar común: «Y más aún me admiraba de que yo, puesto que *era otro él*, estuviera vivo estando muerto él». Y dice nuestro refrán: «El buen amigo es un pedazo del alma de su amigo».

15. *In bestiis*, en el original, a diferencia del § 20, donde dice «fieras» (*bellua-*

—pues esta cualidad es innata en todo ser animado— y, luego, que buscan y desean animales de su misma especie para juntarse con ellos —y lo hacen con un deseo ardiente y que tiene una cierta semejanza con el amor humano—, ¡cuánto más natural no será eso en el hombre! Éste no sólo se ama a sí mismo, sino que busca afanosamente a otro con cuya alma mezclar la suya, de suerte que, de las dos, se forme casi una sola[16].

rum hoc est). En todo el tratado sólo hay dos referencias a los «sentimientos» animales, y cada vez se utiliza un término distinto. Cf. A. Cossarini, «*Bestia* e *belua* in Cicerone»: GFF 4 (1981), pp. 123-134.

16. Cf., *supra*, § 69, n. 6, e *infra*, § 92. La perspectiva de Plutarco es ligeramente distinta: no es que dos almas se fundan en una sola, sino que una sola alma está repartida en varios cuerpos (ὥσπερ μιᾶς ψυκῆς ἐν πληρημένης σώμασι). Cf. Plut., *Moralia*, 96e = *De amicorum multitudine*, 8, *in fine*. Cf. *etiam* Isid., *Sent.*, 3, 28, 3: «Los antiguos dijeron sobre la amistad de dos que eran una sola alma en dos cuerpos [...] No porque varios cuerpos tengan una sola alma, sino porque, unidos por el vínculo y el fuego del cariño, piensan siempre lo mismo sin desacuerdo ninguno».

Capítulo XXII

[NO EXIJAMOS A LOS DEMÁS CUALIDADES QUE NO TENEMOS. CONDICIONES DE LA VERDADERA AMISTAD]

Pero la mayor parte, sin razón, por no decir desvergonzadamente, 82
quieren tener un amigo que sea tal cual ellos no pueden ser, y pretenden sacar de los amigos lo que ellos no les dan[1]. En cambio, lo razonable es, primero, ser hombre de bien uno mismo y, después, buscar a otro que sea la propia imagen de uno[2]. Entre personas así es donde puede tomar consistencia esa estabilidad de la amistad de la que estamos tratando hace rato. Será entonces cuando los hombres, unidos por la benevolencia, en primer lugar, mandarán sobre las pasiones de las que los demás son esclavos y, luego, gozarán de la equidad y de la justicia. Y todo lo aceptará el uno por el otro, y jamás se pedirán el uno al otro nada que no sea honesto y recto, y no sólo se tendrán atenciones y afecto mutuos, sino que incluso se guardarán un respetuoso miramiento. Pues priva a la amistad de su mejor gala quien le quita el respeto.

Así, pues, están en un pernicioso error los que piensan que en la 83
amistad tienen vía libre todas las pasiones y pecados[3]. La naturaleza nos ha dado la amistad como auxiliar de la virtud, no como cómplice de los vicios. Para que la virtud, como a solas no sería capaz de alcanzar el sumo bien, pueda hacerlo íntimamente unida y asociada con la otra. Tanto si esta sociedad existe como si ha existido o va a

1. Dice el refrán, indicando que no se debe abusar de los amigos: «Al amigo y al caballo, no apretallo». «Si quiere ser mi amigo, no moler tanto».

2. Como ya hemos comentado (§ 69, n. 6), «la amistad o encuentra iguales o los hace».

3. Como estas amistades pronto se truecan en odios, dice el aforismo: «No quiero amigo con sobrehueso, si trae enemigo de contrapeso».

existir entre algunas personas, debe ser considerada como la mejor y más feliz compañera de viaje para esas personas hasta el sumo bien de la naturaleza[4].

84 Ésta es, repito, una sociedad en la que se conjugan todas las cosas que los hombres creen apetecibles: el honor, la gloria, la tranquilidad y alegría de espíritu, de forma que, teniendo estos bienes, la vida será feliz y sin ellos, imposible que lo sea. Como esta felicidad es el mejor y supremo bien, si queremos alcanzarlo, hemos de practicar la virtud, sin la cual no podemos alcanzar ni la amistad ni bien apetecible alguno. En cambio, si se desprecia la virtud, los que piensan que tienen amigos advierten de una vez que están equivocados cuando alguna grave desgracia los obliga a ponerlos a prueba[5].

85 Por esta razón —y hay que repetirlo muchas veces— se ha de amar después de haber pensado; no pensarlo después de haber amado[6]. No obstante, si la negligencia nos cuesta cara en muchas cosas, en ninguna como en la elección y en el mantenimiento de las amistades. Tomamos, en efecto, decisiones sin orden ni concierto y «defendemos pleitos sentenciados», cosa que nos prohíbe un viejo proverbio[7]. Pues, comprometidos mutuamente tanto por un prolongado trato como por los favores prestados, de repente y en medio de la carrera, al surgir cualquier disgusto, hacemos trizas las amistades[8].

4. Cf. *Tusc.*, 5, 80.

5. Dice una sentencia de Publilio Siro: «La calamidad te demuestra si tienes un amigo o un enemigo». Y nuestro refrán: «Para las necesidades son los amigos»; «El amigo seguro se conoce en los casos adversos»; «en lo que mucho va se conocen los amigos». Cf., *supra,* § 64, nn. 10-11.

6. Plutarco (*Moralia*, 482b = *Sobre el Del amor fraterno,* 8) atribuye la frase a Teofrasto: «A los extraños no se les debe amar y después juzgar, sino primero juzgar y después amar». Pero, con una u otra formulación, la idea es un lugar común; así, Sen., *Ep.*, 3, 2: «Una vez contraída la amistad, hay que confiar; antes de contraerla, hay que juzgar». Cf., *supra,* § 78, n. 9.

7. Así en Cicerón (*Att.*, 9, 18, 3): *Actum ne agas,* «no pleitees por lo que ya está sentenciado». Y en Plauto (*Ps.*, 260): «*Stultus es, rem actam agis*», «eres tonto, estás defendiendo un pleito ya sentenciado». Como si dijeran: «No pierdas inútilmente el tiempo y el esfuerzo». Cf. *etam* Ter., *Phor.*, 419 s.; Liv., 28, 40, 3. Se trata de un proverbio del derecho civil según el cual no debe llevarse ante los tribunales una causa ya juzgada, variante de la norma más técnica «*non bis in idem*», «no dos veces por lo mismo».

8. No hay que decir que intervino amistad verdadera, porque «Quien deja de ser amigo, no lo fue nunca», dice nuestro adagio, y «Amistad que puede llegar a tener fin, nunca fue verdadera».

Capítulo XXIII

[TODOS CONVIENEN EN LAS VENTAJAS DE LA AMISTAD]

Por eso, todavía es más vituperable tamaña incuria en cosa de la máxima importancia. Porque, entre los bienes humanos, la amistad es la única cosa en cuya utilidad todos convienen al unísono, a pesar de que muchos desprecian hasta la propia virtud y dicen que es una especie de escaparate y un alarde. Otros muchos hacen ascos a las riquezas, porque, contentos con poco, se deleitan con una mesa frugal y un modesto tenor de vida. En cuanto a los honores, que suscitan en algunos ardientes pasiones, ¡cuantísimos los desprecian hasta el punto de pensar que no hay cosa ni más huera, ni más inútil! Y lo mismo las demás cosas: las que a algunos les parecen admirables, hay muchísimos que no las valoran en nada. Por contra, sobre la amistad, todos sin excepción tienen el mismo sentir: desde los que están dedicados a la política, hasta los que disfrutan con el estudio de la filosofía y con su enseñanza, y los que, libres de cargos públicos, llevan sus propios negocios y, finalmente, los que están entregados por entero a la buena vida. Todos convienen en que la vida no es nada sin la amistad; al menos si es que quieren vivir con un cierto tono de hombres libres. 86

Porque la amistad se insinúa no sé cómo en las vidas de todos y no consiente que haya ningún estilo de vida que no tenga parte en ella. Más aún, si hay alguno de carácter tan arisco y tan poco humano que evita y detesta la compañía de la gente, como hemos oído decir que hubo en Atenas no sé qué Timón[1], ni aun ese tal podrá de- 87

1. Lelio, con este *nescio quem*, manifiesta su poco interés por la tradición de los griegos, ya que a Timón lo había inmortalizado Aristófanes. Timón vivió durante

jar de buscar a alguien ante quien vomitar la ponzoña de su acerbidad. Y la mejor prueba de esto sería que, si pudiera darse el caso de que un dios nos sacara de entre la aglomeración de gente en que vivimos y nos dejara en alguna región despoblada y, proveyéndonos allí, abundante y copiosamente, de todas las cosas necesarias a la naturaleza, nos privara, sin embargo, de toda posibilidad de ver un ser humano, ¿quién sería tan de hierro, que pudiera soportar esa vida y que la soledad no le quitara el goce de todas sus delicias[2]?

88 Cierto es, por tanto, lo que solía decir me parece que Arquitas de Tarento[3], según oí contar a nuestros abuelos como cosa que ellos habían oído a los viejos de su tiempo: «Si alguien subiese a los cielos, y contemplara la constitución del universo y la hermosura de los astros, la admiración de aquellas cosas le resultaría insulsa; pero, en cambio, le sabría a gloria si tuviera alguien a quien contársela». Así, tampoco a la naturaleza le gusta nada lo solitario y siempre se apoya en algo como si fuera un puntal, que, cuando lo es un íntimo amigo, resulta la cosa más dulce de la vida.

la guerra del Peloponeso y evitaba la compañía de la gente hasta el punto de que fue llamado *el Misántropo*, «el que odia a los hombres». En realidad odiaba a sus conciudadanos por la corrupción de sus costumbres. Se corrían muchos dichos y anécdotas que lo presentaban como huraño y extravagante; pero en Plutarco lo vemos hablando con Alcibíades de esta forma: «Timón *el Misántropo*, encontrándose con Alcibíades al tiempo que se retiraba de la junta pública muy aplaudido y con un brillante acompañamiento, no pasó de largo, ni se retiró, como solía hacerlo con todos los demás, sino que, acercándose y tomándole la mano, "¡Bravo!", le dijo. "Haces muy bien, joven, en irte engrandeciendo así, pues tu engrandecimiento será la ruina de todos éstos"» (Plut., *Alc.*, 16).

2. Sen., *Ep.*, 6, 4: «Yo quiero comunicarte todos los bienes, y me gozo de aprender para poder enseñar. No hay cosa alguna que me deleite, por exquisita y saludable que sea, si tengo que saberla para mí solo [...] Ningún bien se posee a gusto sin un compañero que lo disfrute al mismo tiempo»; *ibid.*, 9, 3: «El sabio se basta por sí mismo, y sin embargo desea tener un amigo, un vecino y un compañero, aunque él se basta a sí mismo»; *ibid.*, 9, 5: «El sabio es feliz en sí mismo, pero no quiere verse privado de un amigo; aunque puede, [...] nunca estará sin un amigo». Cf. *ibid.*, 9, 15-16; Aug., *Ep.*, 130, 4).

3. Sobre Arquitas de Tarento, cf. *Senect.*, 39-41.

Capítulo XXIV

[ENTRE AMIGOS HA DE REINAR SIEMPRE LA VERDAD]

Pero a pesar de que, con tantas señales, la misma naturaleza nos declara lo que quiere, lo que busca, lo que desea, sin embargo no sé cómo ni por qué nos hacemos los sordos y no prestamos oídos a sus amonestaciones. Porque la relación de amistad es variada y múltiple, y se presentan muchas ocasiones de tropiezos y de sospechas, que unas veces lo sensato es evitarlas, y otras, atenuarlas o soportarlas. El único enfrentamiento tolerable es el que tiene por fin que en la amistad quede a salvo tanto la utilidad como la fidelidad, pues muchas veces hay que hacer a los amigos advertencias o reproches[1], y hay que recibirlos amigablemente, cuando se hacen con buena voluntad.

No sé cómo, pero resulta verdad lo que dice mi amigo [Terencio] en su *Andria*: 89

«La complacencia pare amigos; la verdad, odios»[2].

1. «Sucede a veces que entre los amigos surge alguna pequeña discordia por la corrección mutua, que luego termina en un afecto mayor, como cuando se reprocha lo que se ve que desagrada en el amigo» (Isid., *Sent.*, 3, 32, 4). «No todo el que perdona es un amigo, ni el que censura, enemigo. Es mejor amar con severidad que engañar con blandenguerías» (Aug., *Ep.*, 93, 4). Y es célebre esta sentencia, que unos atribuyen a Publilio Siro y otros a Catón: «Al amigo corrígelo en secreto; en público, alábalo» (*amicum secreto admone, palam lauda*).

2. Ter., *And.*, 68. Aunque traído de África como esclavo, Terencio llegó a ser un gran amigo de Escipión y de Lelio. Comentando san Agustín este verso, dice: «No sé yo si existe verdadera amistad cristiana entre aquellos para quienes el proverbio vulgar "La complacencia pare amigos, la verdad odios" vale más que el *Eclesiástico* "Mejores son las heridas del que ama que los besos traicioneros del que odia"» (Aug., *Ep. ap. Hier.*, 116, 31; *Ep.*, 93, 4; Vulg., *Prou.*, 27, 6).

La verdad es amarga, puesto que de ella nace el odio, que es veneno para la amistad. Pero la complacencia es mucho más nociva, porque, condescendiendo con sus defectos, deja que el amigo vaya al precipicio. Pero la mayor culpa la tiene aquel que no sólo desprecia la verdad, sino que se deja inducir a engaño por la complacencia. Así, pues, en todo esto hay que poner cuidado y diligencia, en primer lugar para que la advertencia vaya sin aspereza[3] y, después, para que la reprensión vaya sin afrenta. Mas en la *complacencia* —puesto que con gusto utilizo el término de Terencio—, que haya cortesía y que se mantenga bien lejos la adulación, fautora de los vicios, indigna no sólo de un amigo, sino también de un hombre libre; pues de una forma se vive con un tirano, y de muy otra, con un amigo.

90 No puede esperarse que se corrija aquel cuyos oídos están cerrados a la verdad hasta el punto de no poder oírla ni de boca del amigo. Sabido es, en efecto, como otros muchos suyos, aquel dicho de Catón: «Mayor servicio prestan algunos encarnizados enemigos, que los que aparentan ser tiernos amigos: aquéllos, muchas veces, dicen la verdad; pero éstos, nunca»[4]. Además, es absurdo eso de que los que son advertidos no se molesten por lo que deberían molestarse y que se molesten por lo que no deberían preocuparse. Porque no les duele haber obrado mal, sino que les molesta ser reprendidos. Esto convendría que fuera al contrario: dolerse de la falta y gozarse de la corrección.

3. «Quien tira una piedra a los pájaros, los espanta; el que afrenta al amigo, rompe su amistad» (Vulg., *Eccli.*, 22, 25). «Si hiciste reproche al amigo, no temas; que hay lugar a la reconciliación. Pero ultrajar, revelar secretos, traicionar, son cosas que espantan a todo amigo» (*ibid.*, 27).

4. Dice el dicho popular: «El amigo imprudente es más dañino que el enemigo declarado» y «Cuanto más amigos, más claros». En los *Proverbios* (Vvlg., *Prou.*, 29, 5): «El que adula a su prójimo, tiende un lazo a sus pies». «Los falsos amigos», dice Séneca, «en lugar de aconsejar, adulan y compiten en ver quién engaña más delicadamente». «Es deber de los amigos» —dice, por su parte, Lucilio— «aconsejar bien, defender y honrar públicamente al amigo» (Lucil., 611 Marx; cf. mi propia edición, J. Guillén Cabañero, *La sátira latina*, Akal, Madrid, 1991, p. 105, frg. 484).

Capítulo XXV

[EL MAYOR MAL EN LA AMISTAD ES LA ADULACIÓN]

Por consiguiente, igual que es propio de la verdadera amistad tanto el corregir como el ser corregido y hacer lo uno con franqueza, sin acritud, y lo otro recibirlo con paciencia y sin enojo, del mismo modo debe tenerse en cuenta que no hay peste mayor en las amistades que la adulación, el halago y el servilismo; pues, aunque con muchos nombres, es éste un vicio que debe ser censurado como propio de hombres sin principios y falaces, que lo dicen todo por complacer y que nunca hablan conforme a la verdad[1]. 91

Por otra parte, siendo en todo caso viciosa la simulación —pues suprime y adultera la verdad del juicio—, es incompatible sobre todo con la amistad, pues destruye la verdad, sin la cual no puede tener valor alguno el nombre de amigo[2]. Pues consistiendo la esencia de la amistad en hacer, por así decirlo, de varias almas una sola, ¿cómo podrá ser esto, si ni siquiera el alma de cada cual es una y siempre la misma, sino varia, mudable y con muchos pliegues? 92

Pues ¿qué puede haber tan flexible y tan vago como el alma de quien se muda no diré ante el sentir manifiesto y la voluntad del otro, sino incluso ante su semblante y su ceño? 93

«Que uno dice que no, niego; que dice que sí, afirmo.
Me he impuesto, en suma, la norma de condescender en todo»,

1. Dice el refrán: «No es dicho amigo el que da mal consejo». Y también: «No te acompañes con amigo lisonjero, ni con fraile callejero». Y el libro del *Eclesiástico* (12, 15): «El enemigo te acariciará con sus labios, pero en su corazón meditará cómo echarte a la fosa».

2. «El mentir a un amigo o a un familiar no es cosa mía» (Lucil., 953 Marx = 488 Guillén Cabañero, *op. cit.*, p. 105).

como dice el mismo Terencio[3]; pero él lo dijo por boca del personaje de Gnatón[4], pues admitir un amigo de tal índole sería propio de la más absoluta ligereza.

94 Mas hay muchos que parecen *Gnatones*, y como son superiores a él por su cuna, fortuna y fama, su adulación es más dañina, dado que añaden su autoridad a la vacuidad de las apariencias.

95 Pero, poniendo cuidado, resulta tan fácil separar y distinguir al amigo adulador del de verdad, como todos los afeites y maquillajes de lo natural y verdadero. La asamblea popular, aunque formada por la gente más ignorante, sin embargo distingue juiciosamente la diferencia que hay entre un demagogo, esto es, entre un ciudadano adulador y frívolo y otro constante, severo y grave[5].

96 ¡Con qué lisonjas se insinuaba hace poco Cayo Papirio a los oídos de la asamblea, cuando proponía la ley de la reelección de los tribunos de la plebe[6]! La disuadimos nosotros, pero no quiero hablar de mí, prefiero hacerlo de Escipión[7]. ¡Qué gravedad la suya, oh dioses inmortales! ¡Qué majestad la de su discurso[8]! Tanta, que fácilmente se hubiera dicho que era el guía del pueblo romano, y no uno más de la comitiva[9]. Pero estuvisteis presentes, y el discurso co-

3. Ter., *Eun.*, 252.

4. Es el *parasitus*, que, por sacar una comida, está dispuesto a bailar a cualquier son que le toquen.

5. Sobre la acción de estos hombres, *Off.*, 2, 73. Cf. *etiam* E. Remy, «Le concept cicéronien de la *grauitas* et de quelques notions connexes»: *Nova et Vetera* (B) 4 (1921), pp. 5-14; Z. Yavetz, «*Leuitas popularis*»: *Atene e Roma*, N. S., 10 (1965), pp. 137 ss. Por lo demás, la cuestión que Cicerón toca aquí de pasada es un tópico de los tratados sobre la amistad desde Aristóteles y Teofrasto. Plutarco le dedicó uno de sus opúsculos morales: *Cómo distinguir a un adulador de un amigo* (*Moralia*, 48e-74e). El tópico pasó también a la retórica: *De or.*, 3, 117.

6. Siendo tribuno de la plebe en el año 131, Cayo Papirio Carbón propuso a la aprobación del pueblo una ley que permitía la reelección del mismo candidato al tribunado todos los años seguidos que quisiera, sin ningún intervalo de carencia.

7. Esta salvedad y el elogio del discurso de Escipión que viene a continuación hacen que el plural utilizado por Lelio no sea «de autor», sino «sociativo», uniéndose a Escipión, que fue quien realmente «disuadió» la ley con su discurso.

8. Se recuerda este hecho en la *Períoca* del libro 59 de Livio: «Habiendo propuesto el tribuno de la plebe Carbón un proyecto de ley para que pudiera ser elegido tribuno de la plebe cuantas veces quisiera el mismo individuo, Publio *el Africano* habló contra semejante ley pronunciando un discurso maravilloso, en que dijo que parecía que Tiberio Graco había sido muerto con toda justicia. Defendió la ley Cayo Graco, pero Escipión hizo prevalecer su opinión». Cf. *etiam De or.*, 2, 106; *Mil.*, 8; Vell., 2, 4, 4; Val. Max., 6, 2, 3; Plut., *Ti. Grac.*, 21.

9. Es decir, aunque entonces Escipión no tuviera ningún cargo público, siendo por tanto simple ciudadano, seguía siendo el líder, no un ciudadano más.

rre por ahí de mano en mano. Así, pues, aquella ley para agradar al pueblo fue rechazada por los votos del pueblo.

Y volviendo a mí, recordáis, siendo cónsules Quinto Máximo, el hermano de Escipión, y Lucio Mancino[10], qué popular parecía la ley de Cayo Licinio Craso sobre los sacerdocios. En efecto, la cooptación de los colegios se trasladaba a la elección por el pueblo. Además, éste fue el primero que empezó a hablar al pueblo vuelto de cara al foro. Sin embargo, su discurso, halagador para el pueblo, pudo vencerlo sin dificultad el religioso respeto a los dioses inmortales, por la defensa que yo hice. Y esto sucedió en mi pretura, cinco años antes de ser elegido cónsul. Así que aquella causa fue defendida por la verdad del argumento más que por la suprema autoridad [del cargo].

10. Año 145. Siendo tribuno de la plebe, Cayo Licinio Craso propuso una ley por la que los sacerdotes serían elegidos directamente por el pueblo y no por simple cooptación de sus respectivos colegios sacerdotales. Para conseguir mejor su propósito, se puso a hablar mirando hacia el foro, donde se encontraba el pueblo llano, en vez de mirar hacia la curia y el comicio, como era costumbre. Esa atención política agradó al pueblo, pero pudo más la palabra autorizada de Lelio, que veía en ello una profanación de la *religio sacrorum*. Pasados bastantes años, en el 104, presentó la misma ley Gneo Domicio Ahenobarbo y quedó aprobada. Cf. *Brut.*, 83; *Nat.*, 3, 5 y 43; *Rep.*, 6, 2, 2.

Capítulo XXVI

[PRECAUCIONES CON LOS ADULADORES. VARIOS TIPOS DE LISONJAS]

97 Pues si en el escenario, esto es, en la asamblea del pueblo, en que tanto lugar se concede a la ficción y a las promesas vanas, prevalece sin embargo la fuerza de la verdad, con tal de que se exponga abierta y claramente, ¿qué conviene hacer en la amistad, que se mide toda ella según la verdad? Si en ella, como suele decirse, no ves abierto el corazón del amigo y no muestras igualmente el tuyo, no tendrás nada fiable, nada de que puedas estar cierto, ni siquiera el amar o ser amado, puesto que ignoras cómo de verdadero es ese amor[1]. Aunque la dichosa adulación, por más que sea perniciosa, sin embargo no puede perjudicar a nadie más que a quien la acepta y se complace en ella. Así resulta que, a estos aduladores, quien más de par en par abre sus oídos a los aduladores es el que se goza en su propia adulación y está lleno de sí mismo.

98 Es verdad que la virtud se ama a sí misma, porque ella se conoce a sí misma perfectamente y comprende cuán digna es de amor[2]. Mas yo no hablo ahora de la virtud, sino de la apariencia de virtud. Porque hay muchos que no se esfuerzan tanto en ser realmente virtuosos como en parecerlo. A éstos les satisface la adulación y, cuando se les dirige un lenguaje acomodado a su propio gusto, toman ese vano discurso como testimonio de sus propios méritos. Por tanto, no

1. Dice el refrán: «Entre amigos no hay secretos».

2. El pensamiento deriva de Arist., *EN*, 9, 4: «El que es bueno se vende a sí mismo porque hace siempre el bien para sí, mientras que los malos no son amigos ni con otros ni consigo mismos». Y Séneca, en *Ep.*, 9, 22, repite: «Solamente al sabio satisfacen sus bienes».

hay amistad ninguna cuando el uno no quiere oír la verdad y el otro
está dispuesto a mentir. Y no nos parecería graciosa en las comedias
la adulación de los parásitos, si no hubiera soldados fanfarrones:

> «¿Qué dices, que Tais me da a mí muchas gracias?»[3].

Hubiera sido suficiente responder «muchas», pero dice «infini-
tas». El adulador exagera siempre lo que quiere que sea grande aquel
en cuyo gusto habla.

Por lo tanto, aunque esta halagadora apariencia influye mucho 99
entre aquellos que la provocan y estimulan halagando ellos mismos,
sin embargo hasta a las personas más serias y de más sólidos princi-
pios hay que avisarles para que estén alerta, no vayan a verse atra-
pados por una adulación hecha con artería. Pues a un adulador a
ara descubierta nadie dejará de conocerlo, como no sea un zopen-
o. Contra quien hay que precaverse cuidadosamente, no sea que se
ısinúe, es contra el astuto y solapado. Porque a éste no es nada fá-
il conocerlo, ya que a veces adula contradiciendo y, simulando que
iscute, está halagando y, al final, se declara vencido, dejándose ga-
ıar para que quien ha sido burlado parezca que ha tenido más vis-
a. Pero ¿qué mayor vergüenza que ser burlado? Que esto no suce-
la es lo que más hay que precaver:

> «¡Qué bien me la has pegado hoy y cómo te has burlado de mí!
> ¡Aun más que de todos esos viejos tontos de las comedias!»[4].

Porque hasta en las comedias el personaje más estúpido es el de 100
os ancianos imprevisores y crédulos[5]. Pero, sin saber cómo, desde la
ımistad de los hombres ejemplares, es decir de los sabios —hablo de
a sabiduría ésta que parece accesible a los humanos—, mi discurso
ıa derivado hacia las amistades frívolas. Así, pues, volvamos a las
›rimeras y concluyamos de una vez con ellas nuestro discurso.

3. Ter., *Eun.*, 391-392. Es en el segundo verso, al que Lelio se refiere sin citarlo, donde, a esa pregunta, Gnatón responde: «Infinitas» (*ingentis*).

4. Caecil., *Fab. inc. fr.*, Ribbeck, pp. 46-47; Warm., 236-237. Parece que esta comedia se titulaba *Epiclero*.

5. Cf. *Senect.*, 36: «*Quos ait Caecilius "comicos stultos senes", hos significat credulos, obliviosos, dissolutos*» («A los que Cecilio llama "cómicos viejos tontos", a éstos los caracteriza como crédulos, olvidadizos, disolutos»).

Capítulo XXVII

[LA VIRTUD CONCILIA Y MANTIENE LAS AMISTADES. EL GOZO DE HABER SIDO AMIGO DE ESCIPIÓN]

La virtud, la virtud, repito, Cayo Fanio y tú, Quinto Mucio, es lo que concilia las amistades y las mantiene. En ella reside, en efecto, la armonía perfecta de las cosas; en ella, su estabilidad; en ella, su continuidad. Cuando ésta se alza y expande su luz y divisa y reconoce en otro ese mismo resplandor, se siente atraída hacia él y recibe, a su vez, la luz que el otro tiene. De resultas de ello se enciende la llama tanto del amor como de la amistad[1], pues ambas palabras derivan de «amar»[2]. Y amar, por su parte, no es otra cosa que distinguir con el cariño a la persona que se ama, sin ser inducido a ello por ninguna necesidad, sin buscar ningún provecho, por más que éste brota por sí mismo de la amistad, aun sin haberlo buscado uno.

101 Con este afecto amé yo de joven a ancianos tan famosos como Lucio Paulo, Marco Catón, Cayo Galo[3], Publio *Násica*[4] y Tiberio Graco, suegro de mi querido Escipión[5]. Pero este afecto brilla toda-

1. Sobre esta metáfora del «incendio» y el «fuego» del amor y de la amistad, cf. Catul., 50, 8, y M. F. Williams, «Catullus 50 and the language of friendship»: *Latomus* 47 (1988), pp. 69-73.

2. Cf., *supra,* § 26, n. 2.

3. Se trata de los tantas veces citados, aunque con el nombre algo cambiado, Lucio Emilio Paulo (§§ 9; 21; 24, n. 5; 69, n. 8), Marco Porcio Catón (§§ 4-6; 9-11; 21; 76; 90 y *passim*) y Cayo Sulpicio Galo (§§ 9 y 21).

4. Publio Cornelio Escipión *Násica Córculo*, yerno del *Africano Mayor* y padre de *Násica Serapión*. Intervino en la muerte de Tiberio Graco. Cónsul en los años 162 y 155 y censor en el 159.

5. Escipión estaba casado con Sempronia, hija de Tiberio Sempronio Graco y de Cornelia, hija del primer *Africano*. Era, por tanto, yerno y sobrino de Tiberio Graco, el padre. Éste fue cónsul en los años 177 y 163 y dominó la Cerdeña. Censor en

vía más entre los de la misma edad, como entre Escipión y yo, y Lucio Furio, Publio Rupilio o Espurio Mummio[6]. Pero los ancianos, a nuestra vez, descansamos en el amor de los jóvenes, como en el vuestro, como en el de Quinto Tuberón[7]. Y por mi parte también gozo sobremanera con el trato de Publio Rutilio y de Aulo Virginio[8]. Y puesto que la ley de la vida y de nuestra naturaleza está regulada de tal manera que una generación sucede a otra, es desde luego muy de ambicionar el poder llegar «a la cal», como suele decirse, con los mismos con quienes saliste, por así decirlo, «de las cocheras»[9].

Pero como las cosas humanas son frágiles y caducas, debemos 102
buscar siempre afanosamente a nuestro alrededor algunos a los que amar y que nos amen. Porque, si se le quita a la vida el cariño y el afecto, se le ha quitado todo su encanto[10]. Para mí, desde luego, Escipión, aunque me lo han quitado súbitamente, sin embargo vive y siempre vivirá. Porque en un hombre como él he amado su virtud, que no se ha extinguido. Y no la tengo ante los ojos sólo yo, que la he tenido siempre a la mano, sino que también será preclara e insigne a los ojos de la posteridad[11]. No habrá nunca nadie que conciba los más altos ideales o esperanzas y que no crea que debe imitar la memoria de su ejemplo.

el 169, fue uno de los grandes romanos aun en el tiempo de los gigantes. Padre de Tiberio y Cayo Graco, a los que hemos visto enfrentados contra Escipión y Lelio.

6. A Lucio Furio ya lo hemos visto en §§ 14, 25 y 29. A Publio Rupilio, en §§ 37, 69 y 73. Y a Espurio Mummio, en § 69.

7. Cf. § 37.

8. No debe confundirse a publio Rutilio con Publio Rupilio (cf., *supra*, n. 6, con los lugares allí citados). De quien aquí se trata es de Publio Rutilio Rufo, filósofo estoico, discípulo de Panecio, buen orador (cf. *Brut.*, 147; *De or.*, 1, 181). Luchó en la guerra de Numancia a las órdenes de Escipión como tribuno miliar (año 133) y, luego, en África, contra Yugurta. Cónsul en el 105. Fue administrador justo y severo de la provincia de Asia. Desterrado por los silanos a Esmirna, cuando Sila le ofreció la posibilidad de volver, la rechazó valientemente: «Prefiero que la patria sienta vergüenza de mi destierro, que tristeza por mi vuelta» (cf. Vell., 2, 13, 2; Val. Max., 2, 10, 5; Sen., *Ben.*, 6, 37). De Virginio no tenemos más noticias que ésta, aparte de que se le cita en los *Digestos* como jurisconsulto.

9. La misma comparación de la vida con una carrera, en *Senect.*, 83: «Pues no me gustaría que, una vez cubierto el recorrido, me devolvieran a las cocheras *desde la cal*». Se refiere a las carreras del circo, en donde los carros salían de las cocheras (*carceres*), daban siete vueltas y triunfaba el que llegaba primero a la meta, marcada en el suelo por una raya de cal. De ahí la frase proverbial «llegar a la cal» (*ad calcem peruenire*), por «llegar a la meta». Cf. mi *Vrbs Roma,* vol. II, pp. 371-373.

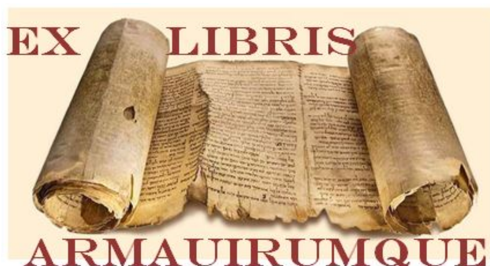
10. Cf., *supra*, § 47.

11. Esta idea la aplica luego Tácito al escribir la vida de su suegro Gneo Julio Agrícola, general de Domiciano. Cf. Tac., *Agr.*, 46, 4.

103 En cuanto a mí, de todos los bienes que me ha concedido tanto la fortuna como la naturaleza, no tengo nada que poder comparar con la amistad de Escipión. En ella encontré una perfecta conformidad de pareceres en los asuntos públicos; en ella, consejo para los privados; en ella también, un descanso lleno de placer. Nunca le ofendí ni siquiera en lo más mínimo, al menos dándome yo cuenta. Nunca le oí ni una sola cosa que me desagradara. Una era nuestra casa; uno y común, nuestro modo de vivir. Y comunes, no sólo las campañas militares, sino también los viajes y las temporadas en el campo[12].

104 Pues ¿qué decir de nuestra afición por conocer y aprender siempre algo? En ello hemos gastado todos nuestros ratos de ocio retirados de la vista de la gente. Si el recuerdo y la memoria de todo esto hubiera desaparecido junto con él, yo no podría soportar en modo alguno la pena por la falta del más entrañable y el más cariñoso de los hombres. Pero estos recuerdos no se han extinguido, sino que más bien se alimentan y crecen con mis pensamientos y mis evocaciones. Y aunque hubiera quedado completamente huérfano de ellos, sin embargo mi propia edad me aporta un gran consuelo. Porque no puedo durar ya mucho tiempo con esta nostalgia y, por otra parte, toda o lo breve debe ser tolerable, por grave que sea[13].

Esto es lo que tenía que decir sobre la amistad[14]. Pero os exhorto a que valoréis tanto la virtud, sin la cual no puede haber amistad, que penséis que, exceptuada ella, nada es preferible a la amistad[15].



12. Cf., *supra*, § 15.

13. «A la adolescencia, a la juventud» —dice Frontón (190, 8 *in fine*)— «se les conceden amplios espacios de vida [...] la vejez, en cambio, es un crepúsculo, que no puede ser largo».

14. Fórmula idéntica a la utilizada en *La ancianidad*. Cf. *Senect.*, 85: *«Haec habui, de senectute quae dicerem»* («Esto es lo que tenía que decir sobre la ancianidad»).

15. *Amicitia, amor, beneuolentia*. Recordemos: *Vbi caritas et amor, Deus ibi est*, «Donde hay caridad y amor, allí está Dios» (de la liturgia del Jueves Santo, día del amor fraterno..., *qua die has litterulas exarabam*).

INDEX LOCORVM

1. Tanto para los nombres de los autores como para los títulos de las obras utilizamos las abreviaturas del Diccionario latino (DL) dirigido por el profesor Mariner (cf. *Fascículo 0,* Instituto «Antonio de Nebrija» del CSIC, Madrid, 1984) y, para los autores griegos, las del *Diccionario Griego-Español* (DGE), dirigido por el profesor Rodríguez Adrados, aunque en este segundo caso hemos introducido algunas modificaciones para hacer más transparente la abreviatura; así, por ejemplo, ponemos Eur en vez de «E» (= Eurípides) o «Thuc» por «Th» (= Tucídides < Thucydides).
2. Lo que se indica entre paréntesis es el significado de los números de las citas.
3. Las referencias remiten al capítulo (XIII) y a la nota (7).